

TIERRA FIRME

REVISTA TRIMESTRAL

- A. CASTRO: *Poesía y realidad en el Poema del Cid.*
G. R. LAFORA: *La personalidad y el carácter de Cajal.*
J. HUIZINGA: *Carta a M. Julien Benda.*
KARL MANNHEIM: *La Sociología Alemana (1918-1933).*
S. WAGEMANN: *La Economía de empresa.*
A. ROSENBLAT: *Población indígena de América.*
Documentos.
Notas.

TIERRA FIRME

S. Aguirre, impresor.—General Alvarez de Castro, 40.—Teléfono 30366.

TIERRA FIRME



REVISTA TRIMESTRAL



1935

Número I

TIERRA FIRME

DIRECTOR: ENRIQUE DíEZ-CANEDO

REDACTOR JEFE:
J. F. MONTESINOS

SECRETARIO:
ANTONIO MORÓN

SUMARIO

	Páginas
Américo Castro, <i>Poesía y realidad en el Poema del Cid</i>	7
Gonzalo R. Lafora, <i>La influencia de la personalidad y el carácter de Cajal sobre su obra</i>	31
J. Huizinga, <i>Carta a M. Julien Benda</i> . (De «Correspondance», publicado por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual).....	55
Karl Mannheim, <i>La Sociología Alemana de 1918 a 1933</i> . (De «Política», núm. 1, 1934, publicada por la «London School of Economics and Political Science»).....	71
Ernst Wagemann, <i>La Economía de empresa entre nieblas</i> . (De la «Europäische Revue», 1934).....	103

INVESTIGACIÓN

Angel Rosenblat, <i>El desarrollo de la población indígena de América</i>	115
---	-----

DOCUMENTOS

J. F. C., <i>Vidas de Filósofos. — Estudios documentales sobre Spinoza y Nietzsche</i>	135
--	-----

NOTAS

G. PITTALUGA, *Revista de Ambos Mundos* (145).—N. PÉREZ SERRANO, *¿Neoconstitucionalismo o Seudoconstitucionalismo?* (152).—RAMÓN CARANDE, *Los tesoros de Indias y los precios en España* (155).—A. TOVAR, *Sobre Werner Jaeger, Paideia, Die Formung des griechischen Menschen* (163).—E. L., *Dos libros de historia del Arte* (165).

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

España, 15 pesetas al año; Hispanoamérica, 20; Extranjero, 24.

NÚMERO SUELTO:

España, 4 pesetas; Hispanoamérica, 5; Extranjero, 6.

REDACCIÓN: MEDINACELI, 4, MADRID.—TELÉFONO 24660.

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA DE E. PRIETO, PRECIADOS, 48. MADRID.—TELÉFONO 22120.

TIERRA FIRME quisiera justificar su título dándole sentido de aspiración más que de seguridad y confianza en sí misma. Su papel, entre las revistas muy valiosas que ven la luz en lengua española, podría reducirse a lo que se expresaba un siglo ha con denominaciones más largas: espíritu de las principales publicaciones literarias o científicas. Ese espíritu no lo ha de convertir en mera reseña de lo que en España y fuera de España se publica; pero no quisiera que su criterio selectivo desdeñase ninguna aportación fundamental entre las manifestaciones múltiples del pensar de nuestros días. Limitada a temas de orden espiritual, doctrinalmente expuestos, y a hechos, ideas, figuras de nuestro tiempo, anhela mantenerse en la serena zona expositiva, y, tocante a polémicas y discusiones, ofrecer a todas las tendencias un campo abierto, en donde se contrasten depuradas de sus movimientos apasionados.

Busca a un público de habla española que, en los ámbitos de nuestra cultura, espera con afán una información exacta y un índice de temas que no puede hallar sino tras la consulta de muchas publicaciones, en idiomas diversos y no siempre fácilmente asequibles. Los

problemas españoles y del mundo hispano, y con ellos las tendencias del pensamiento universal que el hombre moderno necesita conocer para acomodar su vida mental al ritmo del tiempo, han de ser tratados aquí por autorizadas firmas. España no puede permanecer aislada, confinada en el estudio de sí misma, contemplando su propia historia. Ha de hacerse como todos los pueblos, día por día, en comunión permanente con los de su gran familia cultural, ante todo.

Nuestra actitud, además, querría ser la de un mediador de buena fe. Aspiramos a presentar un índice de cuestiones actuales, y ello ha de ser obra del tiempo. Los comienzos de una tarea como la nuestra no pueden hacer frente, de una vez, a tan amplio programa, que, por otra parte, el tiempo mismo ha de ir delineando y extendiendo. Queremos sustituir la retórica y divagación con que se han tratado los más vitales temas hispánicos por el dato exacto y la comprensión más severa.

Si a TIERRA FIRME se le reconoce únicamente, en estos principios, pulcritud de propósito, estará en las mejores condiciones para seguir el camino que se ha trazado, y que hoy emprende con ánimo cordial y deseo de colaboración eficaz en la obra común.

POESIA Y REALIDAD EN EL POEMA DEL CID



La forma en que lo que denominamos realidad esté presente en la obra poética, es cosa insuficientemente averiguada. Tal ignorancia no es para extrañar, puesto que tampoco se conoce cómo acontezca el hecho prodigioso de que el mundo objetivo venga a hacerse presente, en maravillosa cifra, dentro de la conciencia. Cuando leemos un trozo de prosa científica, constantemente vamos refiriendo conceptos e ideas al mundo del cual aspiran a ser expresión rigurosa, realizamos un acto de comprobación: se nos dice que las cosas son de este o del otro modo, y en la medida de nuestras fuerzas vamos viendo si es en verdad así. En la obra poética, por el contrario, el viaje que el mundo hace a la conciencia artística, a la obra artística, no tiene vuelta. Cuando Valéry dice en el *Cimetière marin*

Zénon! Cruel Zénon! Zénon d'Elée!
M'as-tu percé de cette flèche ailée,
qui vibre, vole et qui ne vole pas!

a nadie le ocurre la necesidad de ir a ver si Cenón de Elea realizó ese extraño acto de traspasar a una persona

con una flecha que ni sabemos siquiera si vuela; a lo mejor nunca disparó una flecha, y sólo aludió a ella con motivo de sus ideas acerca de no existir el movimiento. Y aun cuando admitiéramos que un poeta alude a un disparo de flecha, en verdad acaecido, siempre resultaría una de estas dos posibilidades: si al referir al hecho objetivo lo expresado poéticamente se agota en realidades cotidianas, entonces es que no había poesía, se trataba a lo más de una simulación de poesía; si no es así, lo que no sea aquello será justamente lo poético, lo insoluble en el mundo extrapoético. Lo poético es el tope, el *hortus conclusus* de nuestra contemplación.

Consecuencia de la dificultad de analizar certera y adecuadamente la esencia de una obra de arte es el dar vueltas en torno a ella, sin penetrar en efecto hasta su último y singular recinto. Solemos hablar desde fuera de la obra, se buscan, se solicitan cuantos lazos y conexiones existan entre aquélla y su prehistoria o su periferia; incluso se llega a forjar, intentando explicarla, otra obra de arte, a favor de las irradiaciones de belleza que la creación observada proyecta sobre quien la contempla ahincadamente. Pero el arca de siete sellos sigue intacta, es decir, viviendo en verdad en cuanto inefable, por falta de adecuados medios de penetración y de elementos intermediarios—transformadores—entre la poesía allí dada y los juicios de quien pura y claramente se aproxima a ella. El símbolo poético, aunque intuído y gozado, se nos va de las manos al querer aprisionarlo en una figuración objetivable y conforme con su ser.

Mas a pesar de que el misterio sigue guardando avaramente lo poético, ha habido grandes avances en los últimos tiempos, merced a los cuales se ha ido delimitando la zona cerrada y exclusiva de lo estético. Entre ciertos estudios literarios que leíamos en la mocedad y algunos actuales hay tanta distancia como entre el carro

de mulas y el ágil aeroplano. Era antes frecuente, y bastantes escritos reflejan todavía esa postura, reducir la obra literaria a los efectos que produce en el ánimo de quien la contempla, por tanto, a una manera de culto y a adjetivos encomiásticos y acariciadores. El análisis es entonces cántico amoroso, cosa en sí no reprochable, porque cuando esas laudes son sinceras y no estereotipadas, significan por lo menos que la obra ha cumplido su misión de hacerse amar. Ahora bien; las dificultades surgen al investigar si la emoción—que incluso puede estar condicionada por motivos ajenos a la obra—permite plenamente llegar a intuir el ser de aquélla.

Parece también cosa clara que lo singular y exclusivo de la obra literaria o poética no sea su prehistoria ni su periferia. Por valiosa que aparezca la investigación de las fuentes, ni el *Decamerón* ni el *Orlando furioso* son sus fuentes, maravillosamente estudiadas por Landau y Rajna. Esas búsquedas y compilaciones tienen en sí valor, para conocer la historia de la fantasía, de las tendencias representativas, que a su vez podrán encerrar valores estéticos; pero el *Decamerón* y el *Orlando* son objetos únicos, en último extremo incomparables con ningún otro. Hecha conscientemente, con sentido de su alcance, la busca de las fuentes es necesaria e interesante; lo que no es admisible es que pretenda situarse en lugar del examen mismo de la obra. A veces, el historiador choca contra la entrada hermética de lo específicamente artístico, y de rebote cae en los modelos, en los veneros o en los ecos. Incluso ha venido valiendo como grande y esencial mérito el que la obra poética correspondiera en ajuste apretado con el mundo circundante, fuera trasunto de la realidad. De *Rinconete y Cortadillo* se ha dicho que está basado en testimonios fehacientes que el novelador copió de la realidad. Sobre *Rabelais*, la investigación extrarabelesiana llega a extremos

casi insuperables en la edición monumental de Lefranc; en cambio, lo irreductiblemente rabeliano apenas está aproximado.

Cierto es que todos procuramos, al acercarnos a la obra de arte, averiguar cómo sea tratada la realidad hasta convertirse en sustancia poética; mas, si somos sinceros, hay que declarar que se hace con más ahinco el camino de la poesía hacia el mundo exterior, que no el inverso. Esa pesquisa en torno a la obra es indispensable, porque nada existe sin ambiente y condiciones que lo hagan posible. Mas eso no es lo propio de la obra de arte, como las murallas y las puertas no son todavía la ciudad. Cuidemos, pues, de trazar los límites hasta donde se llega, para que la visión de ese ulterior vacío descubra lo no sabido—o más bien lo intuído—, lo más o menos claramente sentido, y que, por el momento, inefable, se resiste a ser expresado. Que el lector no pueda pensar que, con la mejor y más sana intención, le estamos dando una cosa por otra. Tal exigencia complica mucho el examen de cualquier creación valiosa en el orden literario; mas no es ya posible, sin tales temores, acercarse al transmundo del arte.

Discurrirá tiempo antes de que el historiador de literatura—pasada o contemporánea—se sienta obligado a fijar claramente los supuestos desde los cuales aspira a penetrar en la obra artística o a valorarla, es decir, el método que observe. Es posible, no obstante, vislumbrar algo de los criterios tácitamente usados, en los que suelen amalgamarse tendencias muy distintas. El observador combina el examen intelectual de la creación poética con el intento de expresar lo que él siente y vive al dejarse penetrar por el ser de la obra, la cual, queramos o no, nos hace vivir algo que no somos nosotros, y que viene a instalarse como un huésped—más o menos grato—en el interior de nuestra vida. Con lo anterior se une a me-

nudo el intento a que antes aludía de establecer contactos entre lo que la obra sea y sus correlatos en la realidad extrapoética. Se habla de realismo, de naturalismo, de reflejo de la vida, de correlación en suma con el mundo.

Mas no pienso en este momento escribir una disquisición teórica sobre lo que sea la obra literaria, ni examinar nuevamente el modo hasta hoy misterioso de producirse la vivencia artística en el ánimo de quien crea o contempla la sutil alquimia de la poesía. Aspiro más sencillamente a contemplar una obra máxima, el *Poema del Cid*, en cuanto intención poética, como forma especial de vida (poetizar es también vivir), sin entrar por ahora en la debatida cuestión de si el poema es más o menos real, es decir, si lo poético enlaza mucho o poco con lo que no es poético. Hay preocupación, sobre todo fuera de España, por determinar si el arte español es realista o contrarrealista, si se acerca a la vida o si huye de ella. Se hace menos hincapié en el hecho de que la intención artística, una vez disparada, se sitúa en un mundo que le es propio, peculiar, mantenido en vilo a fuerza de factura, de *poiesis*.

En 1929 llamaba la atención sobre la estructura curiosa del *Poema del Cid*: "El juglar se deja impregnar de las sustancias ideales de su tiempo, en la misma forma que al versificar las hazañas de su héroe se incluye en la atmósfera internacional de la expresión épica. Las instituciones jurídicas no son en esa obra elementos que, por decir así, pudieran desglosarse, sino que están trabados con su misma razón de ser... Cuando el Cid es informado de la afrenta de Corpes, un lector moderno esperaría alguna explosión de cólera. El Cid quiere vengarse, sin duda alguna, mas toda la rabia que brama en su alma va a verterse por cauces jurídicos. El Cid gana la partida, señero y espléndido, aunque proce-

diendo según las normas rigurosas del gran juego medieval.”

En 1931, Leo Spitzer¹ alude a algo semejante: “Puede ya descubrirse cierta severidad razonable en el antiguo *Poema del Cid*, el cual parece prosaico frente a la *Chanson de Roland*”. Lo que yo miro como un rasgo positivo y fecundo en armonía con el ambiente medieval, Spitzer lo prolonga—acre, sin estima—hasta la época moderna: “una tendencia a lo jurídico racional, a un simbolismo conforme a razón, que corre por el fantástico ciclo de los Infantes de Lara y por la abundante literatura didáctica de la Edad Media, didactismo que ya recarga la obra prerrenacentista de la *Celestina*, y aun infecciona *La Dorotea* de Lope”. Y más adelante, con motivo de *El Alcalde de Zalamea*: “Este realismo testarudo y cáustico recuerda la atmósfera del antiguo poema del Cid y del Romancero: aquí sale a luz la España dura, inlímica e imperturbable. En realidad es *El Alcalde de Zalamea* la más fantástica tragedia de Calderón, porque envuelve en formas pseudo-correctas, de derecho penal, una justicia arbitraria y criminal. La más alta fantasía se describe realistamente, como si fuera verdadera justicia y no ficción.”

Con toda estima para los eminentes historiadores que así meditan sobre el alma de España, vengo encontrando, por ejemplo en los juicios de Spitzer, cierto exceso de adjetivación; quizá se crea que una vez lanzadas esas palabras realismo, fantasía, contrarrealismo, sobrerrealismo, que el objeto examinado queda incluso en un último perfil, cuando en verdad, no obstante estas algo presurosas denominaciones, seguimos ansiando saber, o intuir, lo que sea realidad o realismo en poesía, y qué es lo que no es eso. En suma, me parece que hasta tanto que no podamos penetrar en efecto en el misterio

¹ *Romanische Stil- und Literaturstudien*, II, 192.

de la obra de arte, debemos usar de más parsimonia y de menos dogmatismo. Los españoles vamos estando algo fatigados de este afán de negación y de aire definitorio. Si somos duros, inliricos, excesivamente didácticos, imperturbables, testarudos, si es criminal y pseudo-jurídico el Alcalde de Zalamea, sea todo ello en buen hora, mas, por lo menos, que no se nos enhebre en palabras excesivas y que tan poco dicen. El análisis literario no es etnografía, ni remota y esquemática arqueología; la contemplación literaria es ante todo un agradable menester, que exige gestos afables y reposados (como los de Vossler), y un gusto manifiesto por las valoraciones afirmativas. Acabaremos por proferir un poco de sonrisa humana o de limpio ingenio al mazacote de la erudición porque sí, o al prurito de conceptuar el arte mediante determinaciones rigurosas sólo en lo exterior.

Las páginas que ahora siguen fueron escritas, en parte, pensando en la enseñanza secundaria, y es posible que todavía conserven alguna huella de su intención original. Aspiran a destacar algún aspecto de la gesta, a observar una vez más su estilo solemne, a repensarla un poco, a "re-sentirla". Me doy cuenta de que la observación no es bastante honda, ni suficientemente amplia; no responde a todas las exigencias que previamente me he trazado, y se limita a querer seguir, como sea ahora posible, la vía que lleva de la disposición poética del autor al estilo en que se moldea su propósito.

Como se sabe, el Poema fué escrito hacia 1140. Es la primera obra poética en lengua española de que hay noticia; mas es tan compleja y de estructura tan trabada y consecuente, que está excluída la hipótesis de que nos hallemos ante un primario balbuceo. El Poema es una composición lograda, y su autor sabía lo que aspiraba a crear. El plan es riguroso y revela personalidad firme

en el anónimo artista. Hay que suponer una no breve gestación alimentada por escritos latinos, tal vez también en romance, y por poemas franceses. Ya hacia 1090, según fecha con acierto Menéndez Pidal, surge el *Carmen latinum*, en vida del héroe. Llegará día en que se haga leve la separación, hoy demasiado honda, entre la poesía latina y la románica durante la Edad Media. El autor de esta breve poesía latina (por lo visto un catalán) sabe que hay una épica griega y latina, de la cual tendrá la idea que se quiera, pero sabe que hubo allá lejos, en unos tiempos que entonces no caían hacia ninguna parte determinable, ciertos seres cantados por Homero: Paris, Pirro, Eneas. El Cid, vivo y batallante, es preferido a tamañas antiguallas:

Sed paganorum quid juvabunt acta,
dum jam vilescent vetustate multa?
Modo canamus Roderici nova
principis bella.

“Homero—añade—no podría ni aun con sumo esfuerzo y en mil libros recoger todas las hazañas de tan magno vencedor.” Los hechos de los paganos no ayudan por consiguiente al autor del *Carmen*, según él dice; mas es innegable que, al ir a montar en rimos latinos la figura del Campidoctor, ha sentido la apremiante necesidad de engarzarla (como quiera que ello sea) en unos moldes épicos, en una tradición indoeuropea, milenaria y venerable. No lo perdamos de vista.

Mio Cid es un poema épico; pero mio Cid Ruy Díaz fué un señor del siglo XI, muerto en 1099. ¿Cómo pudo ocurrir que un infanzón que andaba por el mundo se convirtiera en un ser poético, y precisamente en un tema de poesía épica? De la realidad histórica (esa realidad que los documentos y los cronistas reflejan con el único

propósito de dejar constancia de algo y sintiéndose ser intermediarios transparentes entre algo que pasa y alguien que se entera de ello), de esa realidad quedan amplios y continuos reflejos en el Poema; aunque siempre habrá que tener en cuenta que todo lo que el juglar dice y allega está pensado como *elemento de una construcción*, son materiales para obtener a la postre un determinado efecto, que él sabe cuál va a ser. Por eso el Poema no es nunca del todo una crónica rimada; el cronista narra, narra, a salga el desenlace que saliere; el poeta épico narra, describe, imagina, da factura, refuerza, atenúa según lo exige su propósito, su intención.

Gracias a los estudios admirables de Menéndez Pidal se sabe cuáles son esos materiales históricos empleados en la gesta cidiana, que el juglar no ha fabricado, que yacían ahí fuera de él: personajes tanto grandes como minúsculos, los molinos de Ubierna, propiedad del Cid; precisiones geográficas, etc. Junto a ellos, constituyendo el retablo sobre que se alza la vida poética del héroe, hay hechos que parecen verdad y no lo son, y que el juglar presenta como si fueran ciertos, lo que prueba que le da lo mismo que sea o no verdad lo que cuenta o canta; lo que esencialmente le importa es la construcción de la figura. La corte en que los Infantes de Carrión son juzgados y humillados, cumbre de la acción poemática, "quizá nunca se celebró...; seguramente el juglar exagera al decir que los infantes fueron vencidos ante el rey...; el trato matrimonial de los infantes y las hijas del Cid no ocurrió después de la conquista de Valencia, sino antes" (Menéndez Pidal, *España del Cid*, 597, 600). Otras veces el juglar inventa unos reyes moros que nunca fueron, "fantasea a su capricho" (edic. del Poema en *Clásicos Castellanos*, pág. 167). Por nuestra parte creeríamos que es asimismo exaltación imaginativa ese

visir que el héroe taja a cercén, no de arriba a abajo, sino por la cintura:

diól tal espadada con el so diestro brazo,
cortól por la cintura, el medio echó al campo.

Mas lo poético del Poema, ¿sería sólo lo inventado? ¿Basta con inventar hazañas para incidir en lo épico? Desde luego que no. Esa es la dificultad que aparece al ir a precisar la naturaleza poética de una representación de lo real, la existencia de una persona en el actual caso. Porque es manifiesto que llega un punto en que esa representación se despega de lo objetivable o "consabible"—de lo prosaico—, y comienza a ser algo singular, nuevo, no sólo porque se trate de algo comprobable o no por la experiencia, sino por la forma en que es expuesto, y por la tensión e intención del creador y de quien incluye lo poetizado en el ámbito de su vida. El estado psíquico de quien contempla la obra de arte es factor decisivo. La escala de la percepción y del interés artísticos es relativa, como lo es toda percepción o valoración.

Volviendo al Poema, advirtamos el riesgo de conceder demasiada importancia a los contactos entre los histórico y lo poético, y de que el lector pase los versos de la gesta como si fueran los de una crónica asonantada. La cuestión es difícil y no puede afrontarse corto y por derecho. Un desvío podría sernos útil. Una de las mayores dificultades en tales casos es la imprecisión o vulgaridad de los términos usados, que cual fantasmas mudos se arrastran por los juicios que se formulan. Cualquier ensayo por obtener claridad—por leve que sea—será preferible a no darnos cuenta. Ahora interesa el término *épico*.

Lo épico brota en último término de una actitud pri-

maria y mítica¹ del hombre ante el mundo, previa a toda comprobación de experiencia o conocimiento; merced a ella, el horizonte sensible se ha poblado de seres maravillosos: las erupciones del Etna son causadas por la agitación de Encélado, gigante vencido por Júpiter y soterrado bajo esa mole. A eso se llama un mito, en griego, un cuento o una fábula. La experiencia y el conocimiento han ido angostando el área de las interpretaciones fantásticas de la naturaleza de las cosas. No se piense sin embargo que tales interpretaciones quedan adscritas a cierto período de la vida humana, o a estados previos de incultura que se diesen hoy, como en la antigüedad remota. La tendencia al mito no constituye una fase dentro de la historia de la civilización, sino que es una manera elemental de acercarse a la vida, de vivir, como la manera religiosa, jurídica o artística. En la génesis del mito se da un doble movimiento: de una parte, las fuerzas o los seres naturales son atraídos a la zona de lo humano (Apolo guía el carro del sol); de otra, el ser humano se evade más o menos de su naturaleza habitual, real, y de esa suerte puede realizar actos extraños, como volar montado en una escoba, vivir años incontables, hacer milagros, rodearse de un halo maravilloso, etc. La función mitificadora descansa sobre el hecho innegable de que el hombre no cabe plenamente dentro de los límites que le marcan la experiencia y el conocimiento comprobable. El mito es, pues, una mane-

¹ "La épica nace del mito, como un pueblo brota del caos de las invasiones... Para que un poeta moderno pudiese planear algo épico, tendría que surgir antes un mundo nebuloso, del cual, como de un cosmos, brotaría lo épico como por encanto. Este mundo nebuloso puede pensarse sólo como un mundo legendario, entrelazado con el mito, y, como tal, supuesto de lo épico." (HERMANN COHEN, *Aesthetik des reinen Gefühls*, I, 391; II, 5.)

ra especial de fantasía, en que lo imaginado no es simple imitación verosímil de lo conocido (un cuento de Boccaccio, por ejemplo), sino resultado de una ruptura (mayor o menor) de los diques que separan lo humano de lo transhumano, región donde audazmente aspiraríamos a instalarnos.

En el proceso de mitificación hay grados y matices. Si decimos que Apolo conduce el carro del sol, sin duda humanizamos el sol, mas por la misma vía se nos escurre hasta la menor parcela de humanidad apolínea. He ahí un mito absoluto, total. En otros casos el mito vive como una especie intermedia entre lo posible humano, lo comprobable, y lo transhumano o prodigioso. Los mortales pasan su vivir tascando el freno de la racionalidad y de lo verosímil, y parece como si aguardaran el menor desliz para dispararse, con burla para la cuidadosa guarda que la razón ejerce. La prensa mundial está llena de materiales para semejante observación, que puede hacerse entre pueblos cultos e incultos, porque ningún enlace tiene con la cultura el que las simientes de la arboleda mítica intenten salir al día. Lo que la cultura hará es ahogar en brote lo que en otros tiempos podía llegar a florecer selvática y bellamente. Hoy el mito del licenciado Torralba difícilmente habría tomado cuerpo de leyenda.

Lo que ahora importa es hacer ver cómo el mito tiene unas veces más valor que otras, y desplaza mayor o menor volumen dentro del espíritu colectivo. El hombre de la antigüedad solía percibir el mundo a través del cristal mítico. Bosques, ríos y astros eran máscaras encubridoras de un divino substratum. La Edad Media cristiana heredó bastante de la tendencia al mito, aunque la relación entre lo real y lo divino no fuera la de los siglos paganos. Lo esencial es que el conocimiento estricto y comprobado no interesa con exceso al hombre

medieval¹, y queda así amplio campo para que el afán mitificador se abra camino, y se instale en zonas valiosas de la civilización coetánea. El mito sirve entonces de ingrediente artístico, y con él se construyen obras de belleza: un prodigio integra a otro.

La épica medieval se organiza mediante tejidos míticos o en trance de llegar a serlo. Lo que dentro de aquellos poemas no sea eso, en rigor estricto no es épica; será sustancia inerte desde el punto de vista artístico (lo que con seguro instinto se denomina prosaico); o será fondo normal histórico para sobre él hacer rebotar lo épico; o será incluso lo antimítico² que pugna por retener, destacándolo, el vuelo del tema épico-mítico, audaz y cautivante cuando es bien logrado.

Urge poner ejemplos para que este largo desvío muestre su utilidad y su necesidad. *Mío Cid* se halla en Valencia con todos los suyos, y con sus yernos, los infantes de Carrión. El héroe realiza un menester nada sobrehumano: duerme, probablemente la siesta, tras una bien especiada comida, una "grant cozina" como aquélla que el que en buen hora nació dispuso para el conde de Barcelona. Entretanto el león—fieras en casa, costumbre de gran señor—se escapa de la red. Alboroto, temor de los infantes, que, despavoridos, se ocultan sin rebozar su falta de ánimo. Los barones cercan el escaño donde su señor reposaba; como simples mortales se aprestan a luchar con la fiera, manto al brazo y espada en la diestra. Mas en esto despierta el que en buen hora ciñó espada, ajeno a toda menuda circuns-

¹ De ahí la para nosotros absurda prueba judicial: si el acusado se quema al tocar un hierro ardiendo es culpable, y si no, inocente; la justicia pende del resultado de un combate. Claro que aun hoy día la supremacía de la fuerza decide de la justicia de la guerra y de la revolución. La razón se declara en quiebra, y es legal lo triunfante.

² Como el episodio en el *Mío Cid* de las arcas henchidas de arena y no de riquezas: germen de oposición novelesca. Cf. mi *Pensamiento de Cervantes*, pág. 77.

tancia, como figura épica que es. Sus movimientos serán descritos como conviene a un ser de su rango:

Mio Cid fincó el cobdo, en pie se levantó.

Ritual, sacralmente, el héroe, sin necesidad de otro detalle, se encamina hacia el temible animal, sin requerir manto ni armas ("el manto trae al cuello"):

el león cuando lo vío, assí *envergonçó*,
ante Mio Cid la cabeça premió e el rostro fincó.
Mio Cid don Rodrigo al cuello lo tomó,
e liévalo adestrando, en la red lo metió.
A maravilla lo han cuantos que y son.

El Campeador histórico se despega del suelo y hace rumbo a la maravilla, al mito. Mio Cid, en ése como en otros casos, es plenamente épico. Los que asisten a sus hazañas, dentro del poema y entre los escuchadores del juglar, aguardan anhelantes la esperada transfiguración.

Cada nueva lectura descubre en el *Mio Cid* renovados atractivos, no sospechadas complejidades. Parece cada vez más español, lo cual sería redundante si no se añadiera que en el poema se observan rasgos que más tarde serán expresión del genio literario de España. Comparado con la *Chanson de Roland*, ésta aparecerá más épica, más mítica que el Cantar. Allí es el estilo más subido, planea a mayor vuelo sobre lo cotidiano y elemental. Al alba se muestra Carlo Magno:

messe e matines ad li reïs escultet,
sur l'erbe verte estut devant sun tref.

La figura destaca pictóricamente contra la tienda y el verde césped. El juglar busca efectos de paisaje y de

luminosidad. Cuando las galeras de los paganos se acercan a la costa, “en la punta de los mástiles y sobre las altas proas, los carbunclos y los fanales brillan numerosos; lanzan tal claridad desde lo alto, que el mar en la noche aparece más hermoso. Al acercarse a la tierra de España, toda la costa brilla y resplandece”. Un episodio análogo en *Mío Cid* carece de relieve; así llegan las naves almorávides:

entraron sobre mar, en las barcas son metidos,
van buscar a Valencia a mio Cid don Rodrigo.
Arribado an las naves, fuera eran exidos.

Hay una épica desbocada y otra a media rienda. La española parece de esta última clase, sin que ello signifique en sí ningún demérito, porque lo épico es una manera de arte, no necesariamente una brillante manera de arte; hay un cierto modo de belleza épica, lo cual es otro asunto. Las hazañas bélicas en *Roland* bordean lo fabuloso, es decir, que hay que perder completamente pie para seguir al poeta en su vuelo mítico; en el *Cid* basta con erguirse y alzar bien la vista. Además, rasgo muy español, el mito a base de experiencia sensible, deja lugar al prodigio fundado en una experiencia moral. Es igualmente muy cosa nuestra el que no haya que alejarse definitivamente de lo usual para convivir con lo bellamente poético.

En otro lugar he escrito: “Al autor, en ocasiones, no le interesa discriminar el ambiente en que se le ofrece un tema de pensamiento o de sensibilidad, el complejo íntimo en que lo concibe y el proceso de la gestación: todo se vierte en la obra, que surge acompañada de cuantos reflejos y adherencias ocupaban el espíritu del artista...”¹. La purificación maravillosa de semejante téc-

¹ *Santa Teresa y otros ensayos*, pág. 11.

nica se nos dará en *Las Meninas*, donde el pintor se complace en llevar al lienzo su caballete, su paleta y aun los curiosos que asomen por el taller.

Esta técnica, habría que añadir ahora, es la que hará posible un día el nacimiento de la novela, invento español: una realidad aspirante, hacia el mito (Don Quijote en Clavileño), y otra realidad que la refrena, como la cuerda al globo cautivo (la función de Sancho y sus afines). Ese procedimiento supone tal vez mayor interés por el proceso del vivir que por el vivir mismo, por el reflejo moral de las cosas (el problema de la conducta) más que por las cosas mismas. En lejanía remota el *Mío Cid* deja vislumbrar la novela moderna, la de Cervantes, como el *Roland* parece anunciar el libro de caballerías.

Confiamos en que comience a verse claro cómo en el *Poema del Cid* lo histórico tiene como misión y sentido servir de sostén a lo poético (a lo épicomítico), y que la técnica artística de la obra consiste en ir alzando, estirando la figura central desde el plano de la experiencia al de lo extraordinario, como en un delicioso viaje en que tuviéramos presentes el lugar de partida y el de arribo.

Tomando ahora otro punto de vista, recordemos que antes se aludía a la doble forma en que se realiza el proceso de exaltación del héroe: en el sentido de la experiencia sensible, y también en el de la experiencia moral. Rodrigo vence batalla tras batalla con esfuerzo increíble, rechaza a los almorávides, reduce a un león con su mera presencia, el ángel Gabriel se le aparece: la maravilla muestra su perfil. Ahora bien: paralelamente a esto, las victorias y proezas en el alma del personaje poetizado llegan a cimas no menos prodigiosas. La técnica del artista no es ni ingenua ni ruda: es medieval, y bastante compleja. De una parte *Mío Cid* da suelta

a sus energías vitales y arremete impetuoso contra moros o cristianos, siempre dentro de los usos jurídicos de la época; entonces se arrollan todos los obstáculos y la sangre chorrea por el codo ayuso. En otra dirección, sin embargo, opuesta a esa corriente de violencia hacia afuera, el juglar nos presenta el espectáculo amortiguado y sutil de los combates hacia adentro. Ese juego a base de una doble e inversa corriente—ataque al mundo y resistencia a sus estímulos—se ofrece ya muy perceptible en la escena del Cid y la niña. En ese momento, todo el ímpetu cidiano se quiebra ante la voz cristalina de una niña de nueve años, que recuerda la orden regia, “el rey lo ha vedado”, límite irrebasable ideal y poéticamente. La bota de acero ha golpeado la puerta, y ésta hubiera podido ser quebrantada; mas la niña ha dicho que en su mal el Cid no ganaría nada, y esas mansas palabras sirven de dique al bravo oleaje que hierve en el alma del desterrado. El héroe gana esta primera escaramuza contra el dragón interior, prólogo de otros formidables encuentros en que su alma, sostenida por los principios transcendentales que dan sentido a su tiempo, conocerá triunfos de grandeza insólita. A lo largo de esa vía se sitúa el proceder elegante y señorial de Mio Cid al libertar al conde de Barcelona, decidido, en el despecho de la derrota, a dejarse fenecer de hambre. Su vencedor pone como precio de la libertad que el Conde renuncie a aquella injustificada testarudez. Y una vez más los estímulos de menor valía quedan hollados.

Mas el momento máximo en la poetización moral del personaje ocurre con motivo de la injuria inferida a sus hijas por los infantes de Carrión. El Cid, guerrero de amplitudes nacionales y europeas, da su nota mayor venciendo al almorávide Yúzuf frente a Valencia; el Cid, héroe también en los combates del alma, alcanza su cénit al responder como lo hace al acto irres-

ponsable y cínico de los infantes de Carrión. Al recibir a sus hijas, que ligadas a un árbol y medio desnudas habían sido infamadas, azotadas y espoleadas por sus maridos, Rodrigo conserva impasible serenidad: domina siempre las circunstancias y no es afectado por ellas, rasgo esencial del personaje épicomítico:

besándolas a aras, tornós a sonrisar:
 “¿Venides, mis fijas? ¡Dios vos curie de mal!
 Yo tomé el casamiento, mas non osé dezir al.
 Plega al Criador, que en cielo está,
 que vos vea mejor casadas d’aquí en adelant.
 De mios yernos de Carrión, Dios me faga vengar.”

Palabras ecuanímes, medidas, que revelan esencias del alma castellana, a las que un día Cervantes y Velázquez darán la máxima transcendencia. El Cid reprime todo impulso violento, no exterioriza ningún sentimiento elemental. Su indignación se aísla, se sume en los senos de lo jurídico: el rey casó sus hijas, y a él le toca querellarse por el deshonor inferido a doña Elvira y a doña Sol:

si desondra y cabe alguna contra nos,
 la poca e la grant toda es de mio señor.

Pide que el rey ordene el modo en que “aya derecho de ifantes de Carrión.

ca tan grant es la rencura dentro de mi corazón”.

Rencura no es aquí tanto el rencor moderno como la “queja que da base a una querella judicial”. La posición del individuo se resuelve en principios transcendentales, que existen fuera de él, y que desde fuera regulan y prestan sentido a sus actividades. Así es la Edad Me-

dia¹, y por eso mismo la figura algo extraordinaria, en lo profano o en lo religioso, se aureola fácilmente de irrisaciones míticas. En el punto culminante a que llega la acción del *Mío Cid*, la figura del héroe se desdobra; su ser empírico, pasional o irritable queda soterrado, y lo que asciende es un paradigma de hombre medieval², orlado de mito, que no hay que interpretar con los conceptos actuales de bondad y violencia. El Cid no es un ser virtuoso, santificado, que perdona las injurias; dentro del Poema asume la postura más elevada que para el contemporáneo podía ofrecer un hombre en el horizonte vital: ser sostenido por Dios en el juicio solemne que va a ser abierto ante la corte regia, en esa corte que el juglar se inventa. Era en efecto esencial, en el proceso de transhumanización de un personaje, que el poema latino comparaba ya con Paris y con Héctor³. El autor de ese Carmen, según ya vimos, cree que las proezas cidianas no cabrían en mil libros y necesitarían un Homero:

Tanti victoris nam si retexere
ceperim cuncta, non haec libri mille
capere possent, Homero canente,
summo labore.

¹ V. A. CASTRO, *Algo de Edad Media*, en *Santa Teresa y otros ensayos*, pág. 76. Cuando en la época renacentista la inmanencia sustituya a la trascendencia, Don Quijote será construido, determinado desde su ser interior: lee unos libros, come lentejas, duerme mal y se le seca el cerebro. Supuestos de esa clase son impensables en el Cid. En el romance de *Flamenca* los celos de Archambaut le caen desde fuera como un accidente cósmico, carecen de fundamento; las desventuras de *Aucassin* y *Nicolette* provienen de una arbitrariedad caprichosa del conde de Beaucaire, etc. Siempre el proceso de fuera a dentro.

² De hecho el Cid era "sabidor en derecho". (M. PIDAL, *España del Cid*, pág. 245.)

³ V. el texto del Carmen latino (compuesto hacia 1090, antes de morir el Cid) en Menéndez Pidal, *España del Cid*, pág. 893.

No es, pues, por santidad por lo que el juglar hace que el Cid ahogue su cólera, sino por exigencia de la técnica épicomítica, dentro de la concepción que la Edad Media se forja del mundo. Mio Cid oficia solemnemente según los más severos ritos. Ha dejado crecer su barba, y se presenta en la corte imponente y magnífico; todos los ojos se clavan en él:

Catando están a mio Cid quantos ha en la cort,
a la barba que avie luenga e presa con el cordón.

Así recogida, nadie podrá tocarle a un pelo de su faz, relicario de la dignidad varonil. El espectáculo es prodigioso:

Nos fartan de catarle quantos ha en la cort.

El arte del poeta ha consistido en darnos a la vez la visión del espectáculo y de los espectadores, la región épicomítica y la de los simples mortales (este plano elemental, de referencia y contraste, no aparece en la *Chanson de Roland*, distinción capital en cuanto a la técnica).

Pero el juglar del Cid ha hecho además algo delicioso, y es que en un momento de ritualidad máxima, el personaje se vuelve transparente y percibimos el brinco de su corazón, inquieto y alborotado bajo esa triple coraza de sonrisas, hieratismo y fórmulas jurídicas:

¿A quém descubriestes las telas del corazón?
A la salida de Valencia mis fijas vos di yo...
¿a qué las firiestes a cinchas e a espolones?

Las telas del corazón han tenido que descubrirse; la ritualidad impávida de aquellas declaraciones se inte-

rrumpe un momento, con lo cual no hace sino ganar en relieve humano y poético:

por mis fijas quem dexaron yo non he desonor.

Esto confirma lo antes dicho. El juglar nos da la escala que va de lo elemental humano a la sublimación mítica, del grito lírico salido de esas telas desgarradas del corazón a la objetividad transcendente de las fórmulas y de las ceremonias, de la rigurosa precisión en el detalle histórico al invento libre a tono con la marcha ascensional del personaje, figura monumental que todos contemplan sin llegar a saciar sus ojos. Por este camino habría que llegar a determinar lo que sea el realismo poético del *Mio Cid*: todo él es una compacta y grandiosa realidad, un plus de la vida, mas a condición de admitir que esta vida es también en ocasiones mítica, sacra y ritual.

Después de lo escrito se ve distintamente que lo jurídico y lo didáctico no es ganga que arrastre el Poema, sino elemento esencial de cierta concepción de la vida, base de la civilización coetánea. El moralismo va integrado en el mismo ser épico del personaje, que nace a la vida desde el momento en que el artista logra concebir en un estilo la visión serena y enérgica que le entrega su fantasía. Hay aquí gravedad y aparato, como es propio de una figura archisolemne. Las acciones y los movimientos adquieren por eso capital importancia, y el gesto pasa a ser categoría esencial en la estructura artística. Lo que en el simple mortal sería baladí, es ahora rasgo muy para ser destacado, porque el mero hecho de notar tales menudencias las desvulgariza, les da otro sentido que el acostumbrado, por lo cual no cabe reducir las sencillamente al nivel de lo que acontece fuera del recinto poemático. De ahí el valor singular que asume todo

detalle indumentario, toda descripción de movimientos. El vestido es ya un principio de singularización y a la vez un modo de recortar el ser del personaje respecto del mundo extrapoético: función de escena, de coturno. Cuando todavía la novela del siglo último experimentaba la ineludible necesidad de describir la vestimenta de sus individuos, continuaba, desvaidamente y sin darse de ello cuenta, los procedimientos de poetización de la épica lejana, que necesitaba ante todo la acción de presencia de sus imágenes, su andanza mágica. Cuando la novela moderna desiste del indumento, como necesidad inicial, se rompe uno de los hilos que ataban el género a sus remotos orígenes.

Véase ahora el alcance de que el *Carmen latinum*, al mismo tiempo que enlaza su factura, su *poiesis*, con la tradición homérica, haya sentido la urgencia de “vestir” a su héroe:

Primus et ipse indutus lorica
nec meliorem homo vidit illa;
romphea cinctus, auro fabrefacta
manu magistra.

Y prosigue el detalle maravilloso de la lanza, el escudo (*in quo depictus ferox erat draco*), el casco y el caballo. Y la consecuencia lógica—poéticamente—es que ni Paris ni Héctor pudieron gloriarse de armas tan primas en la pugna troyana:

Talibus armis ornatus et equo,
Paris vel Hector meliores illo
nunquam fuerunt in troiano bello
sunt neque modo.

Desde hace mucho, como antes indicaba, pienso que no es conveniente separar la literatura concebida en latín

durante la Edad Media de su coetánea en romance. Un día vendrá en que no se hará entre ambas ningún apartijo. Los fermentos de poesía cidiana que elaborará la gesta laten ya en el carmen de 1090. El poeta de Medinaceli, escolarizado en poética, sabidor de que había que alzar en una alentada la figura que imagina, su nimbo y su escena, cumple como bueno con las reglas de su mester, mucho más sin pecado de lo que juzgó el autor del *Alexandre*, poco discriminador de clases poéticas. El juglar de esta alta juglaría sabe que ha de cuidar todo movimiento del héroe, y por eso les consagra una ternura minuciosa y de primitivo, para quien no hay grande ni pequeño, lejos ni cerca:

Meció mio Cid los hombros e engrameó la tiesta (13).

Sacó el pie del estribera, una feridal dava (38).

La cara del cavallo tornó a Santa Maria,
alçó su mano diestra, la cara se santigua (215).

Enclinó las manos la barba vellida,
a las sues fijas en braço las prendía (274).

Sinava la cara (411), tornós a sonrisar (298).

En mano trae desnuda la espada (471).

El Campeador fermoso sonrisava (923).

Yal crece la barba e vale allongando (1238).

Mio Cid fincó el cobdó, en pie se levantó (2296).

Alegrósle tod el cuerpo, sonrisós de coraçón,

alçava la mano, a la barba se tomó (3185), etc., etc.¹

Y de ese modo una figura histórica fué adquiriendo dimensión poética. Ingresando en el paraíso mítico, el personaje irá haciéndose cada vez más legendario, más inseguible. Así ocurre en el poema *Rodrigo*, y en parte en el *Romancero*, en donde los bríos del héroe se escapan

¹ Todo esto desaparece al ser prosificado el Poema en la *Crónica general* de Alfonso el Sabio. La *Crónica* despoja a las gestas que prosifica de su estilo épicomítico, como es natural. Un estudio de ambos estilos—el poemático y el histórico—ilustraría mucho cuanto vengo diciendo.

por las resquebrajaduras del vacilante orden medieval, que ya no es último e ideal plano para el artista: "por besar mano de rey no me tengo por honrado". A todo ello preferimos ahora la sabia moderación del juglar primitivo (tan finamente vista por Menéndez Pidal), que sin brillos ni luminarias excesivas—sin las cuales también hay encanto artístico—supo darnos un Cid emergiendo, con calculado equilibrio, por sobre la prosa cotidiana, y sin disolverse en una fantasmagoría que habría hecho saltar los mismos supuestos sobre que se alza la figura soñada del "buen vasallo". Dos siglos más tarde dirá el Arcipreste de Hita:

Con buen servicio vencen caballeros de España.

AMÉRICO CASTRO

LA INFLUENCIA DE LA PERSONALIDAD Y EL CARACTER DE CAJAL SOBRE SU OBRA

Son muchos los grandes hombres de las artes o las ciencias que han legado a la posteridad memorias y escritos en los cuales podemos estudiar con todo detalle las causas y los mecanismos generadores de su grandeza genial. Es éste uno de los caminos emprendidos por la psicología para estudiar el arduo problema del genio; de otros métodos utilizados por aquélla habremos de hablar después.

Afortunadamente Cajal nos ha dejado dos sustanciosos libros de memorias y algunos más que complementan la información necesaria para conocerle en profundidad, sobre todo si a ello agregamos los datos referidos por quienes le conocieron personalmente, y que empiezan a divulgarse ahora con motivo de su muerte. Su libro de la madurez, *Recuerdos de mi vida*, nos informa en su tercera edición de 1923 de sus recuerdos e ideas hasta los setenta años de su gloriosa carrera de hombre de ciencia y de patriota emérito. Después, un libro de la senectud, *El mundo visto a los ochenta años*, interesante por la visión certera y juvenil, muchas veces, y convencional y conservadora, otras, menos frecuentes, por fortuna, nos presenta a Cajal en los con-

flictos espirituales de la decadencia vital y en la lucha entre el deseo inagotable de pensar, de producir ciencia y de alcanzar gloria, y la impedimenta cada vez más agobiante y cercenadora de una senilidad progresiva; con los sentidos desfallecientes, la memoria ruínosa, la fatiga derivada de la concentración espiritual.

Otros libros suyos, como el muy importante y comentado *Reglas y consejos sobre investigación científica*, traducido recientemente al alemán por el profesor húngaro Miskolczy, y *Charlas de café* o reunión de pensamientos y comentarios sobre los hombres y las cosas, que ya comenté hace años, completan todo lo que podemos desear para hacer el estudio de la influencia que el carácter y la personalidad de Cajal han tenido sobre su vida científica.

En diversas ocasiones los discípulos de Cajal hemos tenido que discutir con hombres de letras y filósofos, cuando éstos ponían en duda que pudiese ser un genio un investigador de la histología por la sola razón de haber descubierto múltiples detalles histológicos; algunos, como el inolvidable Achúcarro, llegaron a disputas violentas con grandes pensadores hispanos. Otras veces escritores dilectos, que tanto admiramos, estamparon opiniones semejantes en las que se retenía exclusivamente para los artistas la calificación de *genio*. Queremos ahora dedicar estos pensamientos a la refutación de esas opiniones y a demostrar, no sólo con argumentos propios, sino también con otros más valiosos de escritores y psicólogos, que también en la ciencia existe la inspiración armoniosa y la intuición genial, y que cuando ésta no existe con todos sus antecedentes de disposiciones y cualidades geniales heredadas, el llamado hombre de ciencia no es más que un *obrero* de la ciencia, pero de ningún modo un *genio* de la ciencia.

Las opiniones opuestas a la posibilidad del genio en el investigador científico tienen un rancio e ilustre abo-lengo. Algunos filósofos como Kant las sustentaron con impresionante cúmulo de razones. Queriendo Kant elu-cidar la naturaleza y función del genio en su *Crítica del juicio* (1790) o estudio sobre lo bello y lo sublime, se negó a reconocer la existencia del genio científico y filo-sófico. Para Kant se debe reservar el calificativo de *genio* a lo que resulta estrictamente inimitable para los discí-pulos, porque en su origen no puede ser descomponible. La creación científica es una adquisición racional demos-trable paso a paso y transmisible a los demás. No existe, pues, creación intransmisibile más que en el arte. Según este modo de ver, algo discutible, la potencia creadora y original del genio es intransmisibile e irreductible.

Las ideas de Kant son limitadas en su concepción del genio. Posteriormente pensadores de este gran proble-ma espiritual han ampliado sus puntos de vista. Así Segond, en su reciente libro sobre el problema del ge-nio *Le problème du génie* (París, 1930), nos dice que: "La habilidad del genio consiste en la posesión segura y el manejo fácil de la *técnica* propia de cada disciplina. Dicha técnica es un sistema coherente de procederes por los cuales se expresa el pensamiento que encarna el ge-nio. La técnica del genio se modela en cada caso sobre lo que él es, es decir, que procede del poder de inven-ción y no lo constituye... No pueden formularse re-glas universales relativas a esta técnica—dice Segond—, que es propia de cada inventor, el cual las inventará siguiendo el modo original de su espíritu. Las reglas formulables para todos no tendrán nunca más que una naturaleza muy vaga. Casi siempre son formu-ladas por los teóricos no técnicos y que no son crea-dores o inventores. Si ocurre alguna vez que el ver-dadero creador se preocupe de satisfacer esta necesi-

dad será pura preocupación suya y efecto de una cultura extraña o impuesta a su genio." Estas opiniones de Segond se confirman en los escritos de Leonardo de Vinci, de Tolstoy y otros, entre los artistas, y de Claudio Bernard y de Cajal, entre los biólogos. El libro de las *Reglas y consejos*, de Cajal, como la *Introduction à l'étude de la Médecine expérimentale* (1865), de Claudio Bernard, sin querer dar normas universales para la invención técnica, orientan al estudioso en los requisitos facilitadores de la investigación, pero naturalmente dejan sin tocar el problema candente e increable, el de la personalidad genial del investigador, necesaria para que llegue a ser un genio científico.

Cuando analicemos después en las memorias de Cajal la ruta de su personalidad y de su espíritu desde sus tiernos años hasta lo que él llama sus *años decisivos* o de los grandes descubrimientos, veremos cumplirse allí las condiciones que el estudio psicológico de otros hombres geniales han revelado como manifestaciones temperamentales y caracterológicas propias del genio científico.

Refiriéndose a estas condiciones psíquicas necesarias al investigador genial, dice Claudio Bernard: "El método experimental no dará, pues, ideas nuevas y fecundas al que no las tenga; sólo servirá para dirigir las ideas a aquellos que las tienen y para desarrollarlas a fin de conseguir los mejores resultados posibles. La idea es el grano y el método es el suelo que le provee las condiciones para desarrollarse... El método por sí mismo no crea nada, y es un error de ciertos filósofos haber atribuido demasiado poder al método en este aspecto."

"La idea experimental resulta de una suerte de presentimiento del espíritu que juzga que las cosas deben suceder de cierta manera. Puede decirse con relación a esto que nosotros tenemos en el espíritu la intuición o el sentimiento de las leyes de la naturaleza, pero no co-

nocemos la forma. La experiencia es la que sólo puede enseñárnosla.”

“Los hombres que tienen el presentimiento de las verdades nuevas son raros; en todas las ciencias, la mayoría de los hombres persiguen y desarrollan las ideas que han sugerido un pequeño número de otros hombres. Los que hacen los *descubrimientos* son los promotores de ideas nuevas y fecundas. Se da generalmente el nombre de descubrimiento al conocimiento de un hecho nuevo; pero yo pienso que es la idea unida al descubrimiento lo que constituye en realidad el descubrimiento.”

Todas las panaceas de la invención científica contenidas en el *Novum organum*, de Bacon, y en el *Discurso del método*, de Descartes, tan recomendado por Cl. Bernard, pueden hacer pensar, pero no enseñan a descubrir. Como dice Cajal, “los descubrimientos más brillantes se han debido, no al conocimiento de la lógica escrita, sino a esa lógica viva que el hombre posee en su espíritu”. Por eso declara “que no hay recetas lógicas para hacer descubrimientos, y menos todavía para convertir en afortunados experimentadores a personas desprovistas del arte discursivo natural”.

El genio es un producto de la coincidencia de ciertas disposiciones psíquicas individuales, generalmente heredadas, con circunstancias favorables del medio, que no sólo facilitan su desarrollo, sino que reaccionan favorablemente a su obra creándole un ambiente de gloria, la llamada *coyuntura sociológica*.

En la ciencia puede darse un descubrimiento feliz, llevado a cabo por un hombre modesto intelectualmente, inspirado por algún conductor genial. Pero cuando un solo investigador descubre sucesivamente numerosos hechos y elabora siempre nuevas hipótesis de trabajo, tendremos que convenir en que sus éxitos no son producto del azar ni del trabajo colectivo, ni siquiera de la

evolución natural de la ciencia, sino más bien del trabajo metódico y de la intuición genial del investigador.

“Un descubrimiento—ha escrito J. Picard en su *Essai sur les conditions positives de l'invention dans les sciences* (París, 1928; pág. 32)—y una invención nacen y se desarrollan casi fatalmente si el estado de la ciencia lo permite... En la mayoría de los casos, la gloria de los grandes inventores es usurpada, puesto que ellos han contribuido en pequeña medida a sus descubrimientos; en ciertos casos, no obstante, el número y la importancia de los descubrimientos hechos por el mismo hombre nos obliga a admitir que no hay allí una coincidencia fortuita y que el hombre ha desempeñado un papel indiscutible en sus descubrimientos, pero entonces hay que buscar la explicación de esta cosecha de descubrimientos y de invenciones no tanto en las facultades intelectuales excepcionales y en esa facultad misteriosa del genio, como en causas bien conocidas: el trabajo perseverante y metódico.”

Veamos ahora en la biografía de Cajal cómo la herencia paterna constituye el precedente que favorece la disposición intelectual al desarrollo del genio y cómo después las cualidades psicológicas y caracterológicas individuales van modelando las condiciones imprescindibles para que el genio de Cajal se sazone y dé la rica fructificación de sus numerosos descubrimientos y de sus famosas teorías funcionales del sistema nervioso.

FACTORES HEREDITARIOS.

En los datos que sobre la disposición hereditaria encontramos en las obras de Cajal vemos que el padre era un hombre enérgico, laborioso, inteligente, tenaz, lleno de noble ambición, y que la madre era una fuerte y bon-

dadosa montañesa de Aragón, económica, modesta y aficionada a las novelas románticas, que guardaba cuidadosamente en un baúl, para prestárselas a sus hijos adolescentes a espaldas del enérgico padre, que las consideraba perjudiciales. De los abuelos y tíos no sabemos nada.

He aquí varios fragmentos en que Cajal habla preferentemente de su padre: "Fué mi padre—escribe—un carácter enérgico, extraordinariamente laborioso, lleno de noble ambición." Nacido de modesta familia de labradores empieza de niño a trabajar como mancebo de un cierto practicante-cirujano en un pueblo de Huesca. Allí se aficiona a las lecturas médicas y a esta profesión, y cuando cumple veintidós años marcha con unos ahorros a Barcelona, donde con la ayuda de su trabajo de barbero consigue el diploma de cirujano de segunda clase. Con este título empieza su labor profesional en Petilla de Aragón (Navarra), lugar de nacimiento de Cajal. Pero su ambición no se detiene aquí. Desea llegar a más: quiere ser cirujano de renombre. Así, pues, resuelve economizar lo necesario para terminar el ciclo de su carrera médica. Con las pequeñas economías logradas tras ocho años de grandes privaciones, ejerciendo como cirujano de segunda clase, viene unos meses a Madrid y consigue, ya casado y con cuatro hijos, el título de médico-cirujano, con lo que pronto llega a ser un médico de extenso renombre en la alta Navarra y Aragón. Poseía mentalidad vigorosa, voluntad perseverante, fe en sí mismo y en el éxito que sigue a todo esfuerzo ahincado y persistente, ambición de llegar a ser, a costa de todos los sacrificios necesarios, decisión de no torcer la trayectoria marcada por causas menudas. Gozaba además de una memoria portentosa para retener infinitos datos, nombres y frases, ayudándose para ello de medios mnemotécnicos de su propia invención. En cambio, "ca-

recía casi totalmente de sentido artístico y repudiaba o menospreciaba toda cultura literaria y de pura ornamentación y recreo. Se había formado de la vida un ideal extremadamente austero y positivo". Era un puro *intelectualista*, que consideraba al hombre como mero instrumento de conocimiento y producción.

Por sus esfuerzos llegó, como médico de partidos modestos, a conseguir los suficientes ahorros para trasladarse a Zaragoza en 1870, y allí, con la ayuda de su sueldo de profesor interino de disección en la Facultad de Medicina, poder dar carrera a sus dos hijos varones (Santiago y Pedro), los cuales llegaron después al profesorado universitario y a la fama mundial, dato que nos demuestra la herencia familiar de cualidades sobresalientes. Dotado el padre de Cajal de un gran entusiasmo pedagógico, lo ejercía no solamente con sus hijos, sino con cualquier niño, porque consideraba la ignorancia como la peor de las desgracias. Así enseñó a Cajal a escribir correctamente a los seis años y además nociones de geografía, francés e historia, utilizándole ya desde entonces como secretario. Cuando se trasladó a Zaragoza en 1870 le hizo trabajar con él en la Anatomía durante tres años, consiguiendo que hiciese un atlas anatómico de excelentes dibujos en color. Por estas razones escribe Cajal: "no puedo quejarme de la herencia biológica paterna". El parecido físico de Cajal con su padre era tan grande que cuantos conocieron de joven al padre le reconocían años después en el hijo.

En otras partes del libro nos dice Cajal: "Mi padre, enérgico siempre conmigo, continuaba señalándome el rumbo del profesorado como ideal más conforme con mis estudios y aficiones, ya que mis disposiciones para la clínica dejaban harto que desear." Así guiado y movido por la fuerte voluntad paterna llega Cajal hasta el profesorado universitario después de tres oposiciones,

abundantes en todos los defectos y vicios de este falso método selectivo, que narra Cajal detenidamente.

Como hijo de padres fuertes y robustos resulta Cajal un muchacho hercúleo, aficionado a la gimnasia y orgulloso de su energía física.

DOTES ESPIRITUALES Y CARÁCTER.

Del cotejo de múltiples fragmentos de las Memorias de Cajal y de otras observaciones, puede deducirse que desde pequeño fué tímido, retraído, soñador, romántico, aventurero, terco y ambicioso; y más tarde, de adulto, el carácter se hace algo colérico y muestra su rasgo distintivo: la tenacidad; es además paciente, ambicioso de gloria, técnicamente habilísimo en cualquier trabajo, artista, desprendido, honrado y modesto. Su pensamiento idealista y fantástico le lleva de continuo a empresas diversas en las que su tenacidad y habilidad manual le hacen salir siempre victorioso. Así la voluntad se afirma en la idea del éxito obligado ante la perseverancia. Su capacidad lógica y discursiva se va desarrollando con el continuo esfuerzo de lecturas y trabajos prácticos, y así llega a polarizar su vida en una dirección de trabajo investigador donde la materia se rinde obediente ante la persistente interrogación del genio.

Veamos demostradas estas afirmaciones en las propias confesiones de Cajal. Al tratar de su *timidez* escribe: "Mi encogimiento y cortedad al encontrarme entre personas mayores constituía gran contrariedad para mis padres...; durante mi niñez fuí criatura díscola, excesivamente misteriosa, retraída y antipática. Aún hoy (1923), consciente de mis defectos, y después de haber trabajado heroicamente por corregirlos, perdura en mí algo de esa arisca insociabilidad tan censurada por mis

padres y amigos." De niño, nos confiesa, "los juegos en cuadrilla no me interesaban tanto como los paseos y excursiones solitarias". Esta timidez continúa en la edad adulta, dificultándole su actividad social y sus ambiciones de gloria. "Acariciaba yo nobles ambiciones. Aunque luchando *con un carácter excesivamente apocado y retraído*, aspiraba a ser algo, a emerger briosamente del plano *de la mediocridad*." Aquí vemos la voluntad de poder luchando con la timidez y sobrecompensándola en un esfuerzo victorioso.

Al venir a Madrid para hacer sus primeras oposiciones quiere vencerse y aprender las maneras sociales, como él dice: "en cuanto mi natural, un tanto brusco y arisco, consintiese".

Perdidas las oposiciones, donde sólo le ha votado el presidente Martínez Molina, se vuelve a Zaragoza sin tener valor de visitar a éste para darle las gracias por el voto. "... tan tímido y huraño era yo entonces—dice—que ni siquiera me atreví a visitarle para agradecerle su honrosa y tonificadora atención".

Y, sin embargo, al llegar a la vejez le molestan los epítetos de *hosco*, huraño, adusto, orgulloso y gruñón que al parecer le aplicaron algunos periodistas a quienes no quiso recibir. Y es que, como él mismo nos dice, trabajó toda su vida para vencer su tendencia arisca a la soledad, procurando en todas las ciudades acudir a las peñas intelectuales de cafés o círculos para hacerse un ente sociable y oír conversaciones interesantes que le apartasen momentáneamente del círculo restringido de sus trabajos. "Este oreo literario y político—dice—hízome mucho bien, evitando a mi cerebro esas terribles atrofias compensadoras del especialismo profesional"... que hacen discurrir sin cordura a los especialistas en cuanto se les saca de sus estudios habituales.

Pero aun en este esfuerzo de sociabilidad impone sus

limitaciones: “estimo prudente—escribe—para salvar la santa libertad no extremar el trato amistoso hasta esa pegajosa intimidad que merma nuestro tiempo, se entromete en caseros asuntos y coarta gustos e iniciativas”. Sólo con un amigo (Victoriano García de la Cruz) tiene una intimidad confiada.

Su cortedad también le hace, de muchacho, sumamente tímido en el amor.

Otra peculiaridad caracterológica de Cajal adolescente es su *terquedad*. Un día un profesor de patología, después de una discusión con el discípulo, le dice a su padre: “Tienes un hijo tan testarudo, que como él crea tener razón, no callará, aunque de su silencio dependiera la vida de sus padres.”

A diferencia de la paterna, que fué excelente, la memoria era escasa para la retentiva de nombres y cosas. Por el contrario, la memoria de ideas o lógica, “sin ser notable, era pasadera y regular mi comprensión”.

Su constitución atlética y su carácter solitario, soñador y tímido se complicaba con fáciles reacciones coléricas, “pasión—dice—a la que entonces era yo extraordinariamente propenso”.

LAS TENDENCIAS ESTÉTICAS.

Cualidades importantísimas en el futuro biólogo e investigador son sus *aficiones artísticas y su amor a la naturaleza*. Ya desde pequeño nos dice: “No me saciaba de contemplar los esplendores del sol, la magia de los crepúsculos, las alternativas de la vida vegetal con sus fastuosas fiestas primaverales, el misterio de la resurrección de los insectos y la decoración variada y pintoresca de las montañas...; como derivación de estos gustos, sobrevino luego en mí la pasión por los anima-

les, singularmente los pájaros, de que hacía gran colección.” Cogía nidos, criaba los pájaros con gran esmero y les construía jaulas de mimbre o caña. A los trece años hizo una colección de huevos de aves, que llegó a contar 30 ejemplares distintos. Nunca torturaba a los animales como hacen otros niños; cuando no podía conservar los pájaros, los devolvía a la libertad de los aires. “En estos caprichos—escribe—no entraba para nada el interés gastronómico ni la vanidad del cazador, sino el *instinto del naturalista*.” Se extasiaba al contemplar el maravilloso proceso de incubación, de la salida de los polluelos, seguir las metamorfosis del crecimiento hasta sorprender los primeros aleteos. Sus paseos solitarios de mozalbete le llevaban a los ríos próximos, que recorría. “Sentado en la orilla del río Aragón—dice—, embelesábame contemplando los cristalinos raudales y atisbando a través del inquieto oleaje los plateados pececillos y los pintados guijarros del alveo.” Esta admiración por la naturaleza le sigue toda la vida. Estudiando en el Instituto de Huesca se entretenía en paseos solitarios por los sotos y vergeles del Isuela. “Entonces—escribe—pinté yo cuanto embelesaba mis ojos... diseños de rocas y árboles, de ramilletes de flores silvestres, de mariposas de vistosas libreas, de arroyos deslizados entre guijas, juncos y nenúfares.”

Hacia los ocho o nueve años empieza Cajal a dibujar con un entusiasmo artístico incansable. Todo papel, cuaderno, pared o puerta era ilustrado prontamente. De las paredes y papeles coloreados obtenía el color para sus ilustraciones, obligado por la falta de medios adecuados. Así llega a reunir bastantes dibujos del natural y copiados que un día su padre confía a un pintor revocador de Ayerbe para que opine sobre ellos. El fallo del crítico fué decisivo: “el chico no será jamás un artista”. Desde aquel momento su padre hizo “oposición obstina-

dísima contra una vocación tan claramente afirmada y definida”, oposición que persistió, hasta que al fin murieron sus aspiraciones, y a pesar de que el profesor de dibujo del Instituto de Huesca le consideró su mejor discípulo y visitó a su padre en Ayerbe para aconsejarle que le dedicara a la pintura. Sólo ya de médico satisfizo Cajal sus aficiones plásticas mediante la fotografía, “porque sólo el objetivo fotográfico—escribe—puede saciar el hambre de belleza plástica de quienes no gozaron del vagar necesario para ejercitar metódicamente el pincel y la paleta...”

¿Qué significación tiene esta tendencia innata de Cajal a contemplar la naturaleza en sus manifestaciones estéticas, a dibujarla, a analizarla (colección de huevos, seriaciones de colores, etc.) y estudiarla sintéticamente? Es ésta una *cualidad fundamental* del genio para la investigación biológica original.

Un psicólogo holandés, A. F. M. Reijnders, ha publicado hace pocos años un libro sobre la psicología de los biólogos (*Die Psychologie der Biologen*, La Haya, 1929) donde aborda el estudio de la disposición psicológica de los biólogos de un modo experimental. Reijnders, en vez de estudiar las biografías de los biólogos famosos, como es corriente, ha utilizado el método de las encuestas entre 124 estudiantes universitarios holandeses de biología, entregándoles un cuestionario de 112 preguntas sobre el estudio de la biología y los rasgos de su carácter.

Trata así de determinar las reacciones individuales de los biólogos respecto del material biológico (los seres vivos y su ambiente) y la actividad psíquica científica. Varios factores contribuyen a esta inclinación hacia los estudios biológicos: el primero es el sentimiento o *inclinación estética* hacia la naturaleza; el segundo, el *interés teórico*, analítico o sintético.

La admiración por la belleza de la naturaleza inclina hacia los estudios comparativos de las formas y colores, y el joven estudiante espera satisfacer su curiosidad en las excursiones, visitas a museos y laboratorios. En cambio, el amor sentimental a los animales y las plantas, el gusto por cuidarlos y sentir efectivamente su vida no conduce a la biología, sino a otras actividades diversas, por ejemplo, la zoofilia, la sociedad de protección a los animales, el antiviviseccionismo, etc.

El segundo factor importante que determina la inclinación hacia el estudio de la biología es el *interés teórico*, o impulso de intentar comprender los fenómenos biológicos o de los seres vivos, de resolver los problemas pendientes y de plantearse otros nuevos. Esta función psíquica científico-lógica puede descomponerse en dos elementos: el pensamiento analítico y el sintético. En unos hombres domina la tendencia analítica a concentrar su interés en casos individuales, en objetos precisos, mientras que en otros predomina la inclinación sintética a encontrar relaciones vastas entre los fenómenos biológicos, para alcanzar así un todo o una ley general. Paulhan (Paulhan: *Analystes et esprits synthétiques*, Alcan, París, 1903) opina que: "La combinaison a peu près harmonieuse de l'analyse et de la synthèse, quand elle s'opère chez un esprit supérieur, donne un des plus beaux types intellectuels, des plus élevés dans la compréhension et dans la création."

Esta combinación armoniosa del espíritu de análisis con la tendencia a las grandes síntesis y a las leyes biológicas generales es lo que encontramos en la obra de Cajal como características de su espíritu.

Reijnders divide a los biólogos en tres tipos principales: *estéticos*, *teóricos puros* y *estético-teóricos o multitudotados*. En cada uno de estos tres tipos fundamenta-

les hay tres variantes según la disposición analítica, sintética, o difusa incoherente (diletantismo).

Estos son los grupos principales de los *biólogos de talento*, pues en la biología encontramos a veces personas equivocadas o desorientadas, que Reijnders llama *biólogos casuales u ocasionales*.

Del estudio estadístico de Reijnders resultan ser muy escasos los multidotados homogéneos, es decir, los dotados de tendencias estéticas y de capacidad analítica y sintética armoniosa sin dispersión excesiva de sus aficiones e intereses. Y de este escaso número de capacitados raro es después el que destaca por su espíritu genial, aun en medio de las más favorables condiciones, como se dan en los países de alto nivel cultural.

De aquí el valor inmenso que representa el caso Cajal en nuestro país, donde las condiciones son poco favorables a la eclosión del espíritu investigador puro en biología.

LAS CUALIDADES ANALÍTICO-SINTÉTICAS.

Sigamos viendo en sus *Recuerdos* lo que nos enseñan sobre sus *dotes analítico-sintéticas para la investigación biológica*. Ya desde pequeño muestra Cajal una capacidad destacada para descomponer la materia en sus elementos, *analizarla* y reconstruirla después en un *trabajo sintético*. Su habilidad artística y de manipulador manual era un eficaz complemento a estas condiciones. De niño, para poder pintar con colores sus dibujos, se los proporcionaba “raspando las pinturas de las paredes o poniendo a remojo el forro, carmesí o azul oscuro, de los librillos de fumar”. Ya de adolescente, “falto de dinero para comprar pólvora—escribe—, procuré averiguar cómo se fabricaba. Y al fin, a fuerza de probaturas, salí

con mi empeño. Proporcionábame el azufre en la tienda, el nitro en la cueva de la casa y el carbón en las maderas ligeras chamuscadas. Obtenida la mezcla graneábala con exquisito cuidado y la secaba al sol." Su espíritu de sistematización se revela también pronto. A la edad de doce años, estudiando en el Instituto, concibe el proyecto, que realiza, de hacer un álbum cromático con todos los matices del color de los objetos naturales, ejecutando una especie de diccionario pictórico, donde a falta de nombre, cada color complejo figurase en una página con un número de orden y junto a él la imagen del objeto correspondiente.

Hablando de las placas fotográficas cuya técnica perfeccionó, siendo ya auxiliar de anatomía, dice, tuve que "convertirme en fabricante de placas extrarrápidas de gelatino-bromuro" a petición de los fotógrafos. Preparó éstas en un obrador del granero de su casa, ayudándole su mujer.

De este modo van desarrollándose gradualmente en él todas las cualidades y dotes necesarias para la investigación biológica genial, que han de llevarle después, con su perseverancia y tenacidad, a la cima de la gloria. Estas dotes excepcionales son: "paciencia rayana en la obstinación para el adueñamiento de los métodos histológicos; destreza y maña para reemplazar disposiciones experimentales costosas con sencillos e improvisados artilugios; continuidad y celo infatigables para la observación de los hechos, y, en fin, la mejor de todas, flexibilidad para cambiar bruscamente de opinión y corregir errores y ligerezas". Su entusiasmo no tenía rival. Una vez pasa veinte horas seguidas al microscopio siguiendo los movimientos de un leucocito.

"Las ideas—escribe—no se muestran fecundas con quien las sugiere o las aplica por primera vez, sino con los tenaces que las sienten con vehemencia y en cuya

virtualidad ponen toda su fe y todo su amor. Bajo este aspecto, bien puede afirmarse que las conquistas científicas son creaciones de la voluntad y ofrendas de la pasión.”

Su tenacidad y su perseverancia, cualidades heredadas directamente de su padre, le hacen como a éste no confiar nada al azar, sino todo al propio esfuerzo. “Empecé a trabajar—dice—en la soledad, sin maestros y con no muy sobrados medios; mas a todo suplía mi ingenuo entusiasmo y mi fuerza de voluntad.” Venciendo a su timidez social se lanza cada vez a intentos más difíciles: “sin cierta inmodestia—afirma—nadie acomete empresa de importancia”. Y en otro pasaje de sus *Recuerdos* leemos esta afirmación transcendental y de gran enseñanza para todos, jóvenes y maduros: “Jamás he sentido la superstición de la *suerte*... Los negocios de la vida marchan y se desenlazan con arreglo a una lógica inexorable y absolutamente limpia de toda influencia mística... Sólo existe una fuente racional y segura de prosperidad económica: el trabajo intenso, fecundado por la cultura intelectual.”

Hemos visto hasta ahora cómo, gradualmente, se va formando el espíritu de un gran hombre y cómo el análisis de su curva vital pone de relieve todas las etapas formativas de su personalidad. Digamos ahora algo sobre su vida austera y modesta.

En 1888 decide publicar en Barcelona, donde es profesor de Histología, una revista nueva (*Revista trimestral de Histología normal y patológica*), que él mismo escribe, dibuja y hace sus litografías; aunque sólo publica 60 ejemplares, esto consume sus recursos ordinarios y extraordinarios. Al comentar esta época de su vida escribe estas frases sencillas: “Ante aquella racha asoladora de gastos, mi pobre mujer, atareada con la casa y

vigilancia de cinco diablillos..., *resolvió pasarse sin sirvienta.*" Esta vida de modestia ha continuado después a pesar de los éxitos de todo orden.

AÑOS DECISIVOS Y TRIUNFALES.

En 1888, el año que él llama "mi año cumbre", realiza Cajal los grandes descubrimientos que había esperado y apetecido ansiosamente. Los perfeccionamientos a que consigue llevar el método de Golgi de impregnación con el cromato de plata, mediante su nueva técnica de la "doble impregnación", y la insistencia enorme con que lo ensaya en animales de todas clases y de diversas edades le lleva a la idea de aplicarlo a embriones y animales recién nacidos, para así conseguir imágenes más sencillas y sintéticas de la textura cerebral, pues en éstos aparecen las células nerviosas mejor impregnadas, más pequeñas y simples, y descatóndose íntegras con más claridad y precisión que en la compleja textura de los animales adultos. Dicha idea la habían abandonado otros prematuramente. La perseverancia de Cajal le llevó al éxito. Con ella pudo demostrar palmariamente que las células nerviosas no se continúan unas con otras formando redes, sino que son individualidades aisladas, relacionadas entre sí por superficies o *puntos de contacto*, y cada una con su función individual (teoría neuronal). El entusiasmo febril que puso en estos estudios lo describe llanamente así: "consciente de haber encontrado una dirección fecunda, procuré aprovecharme de ella, consagrándome al trabajo, *no ya con ahinco, sino con furia.* Al compás de los nuevos hechos aparecidos en mis preparaciones, las ideas bullían y se atropellaban en mi espíritu. Una fiebre de publicidad me devoraba".

Aquí podemos seguir el proceso de cómo surge la

idea inspiradora en la mente del genio y cómo después su aplicación en gran escala le lleva al descubrimiento transcendental y a la *deducción sintética de una ley biológica general*, la independencia anatómica y funcional de la neurona, que había de ser enormemente fructífera en el estudio de la patología nerviosa.

De 1888 a 1889 este esfuerzo febril le permite descubrir numerosos hechos nuevos en la textura del cerebelo de las aves y mamíferos, en la retina, en la medula espinal y en el lóbulo óptico de las aves. Descubre, por ejemplo, que el cilindro eje de las células estrelladas pequeñas del cerebelo termina en forma de cesto alrededor del cuerpo de las células de Purkinje. Igualmente descubre las terminaciones de las fibras musgosas y de las trepadoras que confirman la relación por contacto entre unas células y otras por sus terminaciones libres, y que éste se verifica entre las arborizaciones de los cilindros ejes de una célula y el soma o cuerpo celular y prolongaciones protoplásmicas de otra célula. Semejantes confirmaciones obtiene en la medula, lóbulo cerebral eléctrico del pez torpedo, en la medula espinal de aves y mamíferos, en el lóbulo óptico de las aves.

Esta gran serie de descubrimientos extrañaban a los histólogos extranjeros, que los acogían con escepticismo o prescindían de mencionarlos. Cajal decide entonces marchar a Berlín en 1889. Presenta sus magníficas preparaciones al Congreso de Anatómicos, y sólo un escaso número de sabios (His, Schwalbe, Retzius, Waldeyer y sobre todo Kölliker) se interesan por conocer los impresionantes detalles técnicos; pero los demás no le prestan atención. La desconfianza era tal—ha escrito después van Gehuchten—que Cajal encontrábase solo, “no suscitando en torno suyo sino sonrisas incrédulas”. Meses más tarde la confirmación de sus hallazgos por Kölliker y otros sabios hicieron que las ideas

de Cajal tuviesen una rápida difusión y resonancia en el mundo científico.

Los años siguientes de 1890 y 1891 fueron de intensa labor. Tenía entonces Cajal treinta y ocho años, y estaba en el apogeo de su energía física e intelectual. Sólo en 1890 publica 14 monografías. “Mi tarea—dice—comenzaba a las nueve de la mañana y solía prolongarse hasta cerca de la media noche. Y lo más curioso es que el trabajo me causaba placer. Era una embriaguez deliciosa, un encanto irresistible.” Aquella actividad devoradora desconcertaba a los más laboriosos investigadores del orbe. “¡Cuán a menudo, tras una tarea agotante y un letargo profundo—escribe—, surgió con la aurora, como escrita por invisible mano, la solución a un problema de morfología o de conexión ansiosamente perseguido!”

No podríamos seguirle después en sus innumerables investigaciones sucesivas, en sus nuevos métodos, en sus continuos descubrimientos por todas las zonas del sistema nervioso del hombre y los animales, vertebrados e invertebrados, hasta llegar a completar su gran obra de conjunto *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* (1897-1904), “formidable trabajo de benedictino—como él lo llama—en que me ocupé ahincadamente durante diez años”. El es el primero que señala en la corteza cerebral de las distintas zonas, variaciones regionales que supone relacionadas con la función distinta de cada territorio cortical, ciencia que después, en manos de Campbell, Brodmann, Vogt, Economo y otros, constituye la moderna *Arquitectura cerebral*. El también es quien, con van Gehuchten, descubre las leyes de la *polarización dinámica* de las neuronas, y las de *economía funcional*. Más tarde se lanza a inducciones fisiológicas sacadas de la morfología neuronal, y trata de explicar his-

tofisiológicamente el hábito, el progreso mental en la escala zoológica, el talento y el genio. Muy importantes son también sus conjeturas sobre el mecanismo del sueño, de la atención y la asociación. Formula también las leyes de ahorro: de espacio, de materia y de tiempo de conducción, en la organización funcional de los centros nerviosos.

Sería interminable mencionar sólo la lista de sus descubrimientos y de sus concepciones teóricas. De su lectura se obtiene la impresión abrumadora de la potencia creadora y de trabajo del genio que acabamos de perder. De ahí la razón de tantos premios y condecoraciones, que quizá no haya reunido ningún otro hombre de ciencia en el siglo actual.

A todos estos innumerables méritos, a sus 250 monografías y a su docena de libros importantes, se une su labor docente, su afán por crear una escuela que continuase su obra en el ambiente poco favorable de nuestra vida cultural. Así se ha creado la Escuela Cajal con su Instituto en formación, que debemos al gran prestigio nacional del genio desaparecido, y que hoy dirige su discípulo predilecto Dr. Tello. Citemos ahora los honores más importantes que recibió.

En 1894 es invitado por la Universidad de Cambridge (Inglaterra) a dar unas conferencias sobre la estructura fina de los centros nerviosos y es después nombrado Doctor honorario. Semejante honor le concede en 1899 la Universidad de Clark (Estados Unidos), precisamente un año después de la guerra hispanoamericana, invitándole a dar tres conferencias sobre la corteza cerebral humana. En 1900 se le otorga en París el Premio de Moscou; cinco años más tarde (1905) es honrado con la medalla de Helmholtz, y al año siguiente (1906) con el Premio Nóbel, primera vez que éste se

concede a dos histólogos, Golgi y él. Todo ocurre en diez años.

Pero no todo son honores y halagos para el hombre de ciencia, siquiera sea éste tan independiente y ecuánime como Cajal. Al año siguiente de ser elevado a lo más excelso de la fama mundial, tiene que sufrir una violenta campaña crítica por parte de dos investigadores, Held y Apathy, en la cual, a las objeciones científicas, se mezclaban ataques personales que pusieron a Cajal en un estado de gran excitación. En nuevos trabajos ulteriores zanjó definitivamente la cuestión sobre si las neurofibrillas de unas neuronas se continuaban o no con las de las otras, mostrando su independencia y las relaciones por contacto (de esférulas terminales) entre unas células y otras; así también demostró que los conos de crecimiento de los axones embrionarios no avanzan por un sistema de tubos preformados, sino que caminan libremente por entre los elementos extraños, hasta llegar a su destino.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL GENIO.

En su libro sobre los *Hombres geniales* (*Geniale Menschen*, Berlín, 1929) ha escrito Kretschmer que el origen de la gloria del genio o fama está intensamente acondicionada por la *coyuntura sociológica*. En la duración relativa de la fama está el principal motivo diferencial entre el auténtico genio y el falso o circunstancial. A este último le olvida pronto la historia, mientras que los verdaderos valores personales resisten la prueba del fuego de la sucesiva antítesis a que toda gloria es sometida en las síntesis culturales de las siguientes generaciones. Entonces las magnitudes típicas de la moda se esfuman en las ulteriores críticas históricas de la ciencia y el arte, o sólo se las menciona después como curiosida-

des del estilo de una época; mientras que aquellos valores, fundados en las leyes de la psicología humana, adquieren un relieve cada día mayor. Sólo algunas personalidades mal conocidas pueden escapar a esta ley.

A Cajal le preocupaba grandemente el olvido rápido de la historia con los naturalistas y biólogos, cuyos hechos nuevos pronto se hacen independientes del hombre que los descubrió.

El valor interno de los hombres geniales estriba en el hecho de que son poseedores por disposición hereditaria de una estructura espiritual que les permite producir en alto grado determinados valores vitales o de goce artístico, los cuales llevan el sello personal de su peculiar individualidad. Son, pues, más bien "creadores de valores" que "aportadores de valores".

Se ha dicho que el trabajo científico, a diferencia del artístico, es muy individual, tiene cierta *sequedad*; pero esto no es exacto. El verdadero trabajo de investigación científica, como el del artista, está lleno de sufrimientos apasionantes y de intuiciones bruscas; es la resultante de difíciles combinaciones de mecanismos ideativos y afectivos, ligados a disposiciones psíquicas hereditarias, que sólo pocos hombres poseen.

Toda investigación científica genial es dirigida por una especie de idea *prevalente o preocupación* intensa. La superconcentración de la atención del investigador en su idea predominante le hace distraerse y cometer equivocaciones, cómicas a veces, y, a su vez, huir de toda vida social dispersadora. Esta *capacidad de aislamiento* y de enfoque limitado es una cualidad congénita o heredada de muchos investigadores, y que no se puede conseguir por medio del esfuerzo perseverante.

Si se profundiza en la psicología de los grandes investigadores originales o geniales descubrimos, como en Cajal, bajo la aparente calma del trabajo perseveran-

te, un núcleo pasional, con gran tensión interna y exquisita sensibilidad, o un mundo de deseos cuidadosamente oculto (ambición de gloria, deseo de inmortalidad).

Que su ejemplo admirable fructifique entre la juventud y que sirva como guía a los que sienten en su interior las vibraciones y las angustias del espíritu investigador y creador.

GONZALO R. LAFORA

CARTA A M. JULIEN BENDA

A M. Julien Benda.

Leiden.

Coincidió el amable envío de su libro, *Discours à la nation européenne*, con la carta que me dirige M. Henri Bonnet, recordándome la promesa que le había hecho en París de tomar parte en la correspondencia iniciada con el volumen *Pour une société des Esprits*. He aquí cómo he hallado, a un tiempo, corresponsal y tema.

Encuentro en su libro, que todavía no conocía, las ideas básicas del razonamiento opuesto por usted al esbozado por mí en nuestras conversaciones de octubre¹. Mi más vivo deseo sería que esta carta fuera continuación de las breves palabras que un día tuve el gusto de cambiar con usted. El punto discutido permanece idéntico, a saber: ¿Hasta dónde debe atenuarse y aun esfumarse por completo la idea de nación particular para que se realice la Europa que deseamos?

¹ *L'avenir de l'Esprit Européen*. Conversaciones, 3.ª serie. Textos de Julien Benda, Edouard Bénès, Em. Brodero, H. Bonnet, Emile Borrel, V. Broendal, L. Brunschvicg, J. Cantacuzène, Fr. Coppola, J. Dantas, G. Duhamel, F. Enríquez, H. Focillon, J. Huizinga, Aldous Huxley, Comte Keyserling, R. P. de la Brière, E. de las Cases, J. Limburg, S. de Madariaga, Thomas Mann, W. Martin, A. de Moncie, D. Parodi, J. Rais, G. Rageot, J. Romain, Comte Teleki, Paul Valéry. (Ediciones del Instituto Internacional de Cooperación intelectual y Librería Stok.)

Quisiera apoyar a usted sin dejar por eso de combatirle. Usted me aplicará el antiguo proverbio de que “bon mise fait plaie puante”, porque voy a suplicarle que mitigue la severidad de sus preceptos tan elevados y tan puros, sin exigir ciento por ciento a la multitud necia y débil de que todos formamos parte, y que nos haga accesibles las alturas adonde quiere elevarnos.

Voy, pues, a intentar defender lo legítimo de un sentimiento de nacionalidad destacada en esta Europa de civilización depurada, a la que aspiro casi en la misma medida que usted. Volveré a subrayar el valor indispensable de las lenguas nacionales aun en medio de la unidad general de los espíritus. Tomaré el partido de la sensibilidad, como fuente de comprensión mutua, al lado o más bien bajo el imperio de “la religión de la claridad”, que usted quiere ver restaurado.

Sin embargo, quiero expresarle, ante todo, la intensa alegría que me ha proporcionado la lectura de sus discursos. Qué reconfortante gozo el de compartir las admiraciones y desprecios que le han decidido a lanzar, frente a la ciega embriaguez en que hemos caído, la afirmación de principios, aunque perdidos, inalterables y recuperables. Sabía que usted no quema incienso en el altar del archidiablo *Catoblepas*, encarnado tres veces durante un solo siglo, que nos invita a no levantar los ojos del barro y al recuerdo de nuestros pañales cuando el espíritu se agita dentro de nosotros. Usted es uno de los que conocen el valor de la sabiduría y la rectitud de las edades pretéritas, con frecuencia superiores a las nuestras, y comprende, por ejemplo, que sólo la categoría de los siete pecados capitales, como norma de la vida y el juicio, vale por toda la psicología moderna. Los nacionalismos que usted combate viven justamente de aquellos vicios: orgullo, avaricia, cólera y envidia.

Se nos ha hablado de fuerzas telúricas¹ como de un poder que aspira a tener vigencia y al que es preciso respetar, con quien hay al menos que contemporizar, aun cuando vaya contra el espíritu y el bien. Usted y yo sabemos que esas fuerzas terrenales han encontrado su justa evaluación hace mil quinientos años, cuando San Agustín opuso la Ciudad de Dios a la ciudad de la tierra, la cual, en el fondo, es la ciudad del mal si no está santificada por la justicia. Se nos repite que el derecho no es sino una forma de la fuerza, y que ésta debe reinar. Se ha olvidado la diferencia, que señaló Aristóteles, entre el rey y el tirano; que la dominación en sí es mala, y se ha olvidado también la gran máxima de San Agustín: *Quid sunt regna sine justitia nisi magna latrocinia?*

Todo esto hace reír; no es moderno. Conceptos generales en los que ya no se cree; justicia, verdad, libertad, en tanto que ideas abstractas constituyen un conjunto de divinidades periclitadas. Negando todo aquello se descuida una cosa, y es que se puede llegar, a fuerza de filosofía y teoría del conocimiento, a negar la realidad de todas las virtudes; mas para un entendimiento sano y sincero es imposible negar la realidad de los vicios. Se puede prescindir de los términos positivos, pero no de sus contrarios. Y aunque se nos probase que el derecho puede ser llamado fuerza organizada, la injusticia quedaría siendo algo más que fuerza no organizada para herir continuamente nuestra conciencia. Así, la servidumbre opuesta a la libertad, la mentira a la verdad, etc.

Fuerzas telúricas; magnífica cosa, pero el inventario romántico que se evoca bajo este nombre se halla de alto abajo repleto de mentiras. La civilización llamada moderna está henchida de tres debilidades eternas del alma humana, que desearía mencionar: puerilidad, supersti-

¹ Cf. Intervenciones del Conde Keyserling en las conversaciones citadas sobre *L'Avenir de l'Esprit européen*.

ción e insinceridad. La puerilidad, que otro tiempo encontrara su expansión en las diversiones populares, ha llegado a ser pública, oficial, reconocida y organizada. La propaganda política, nacional o de cualquiera otra clase, ha reemplazado en ella al elemento de verdadero culto que ennoblecía a la juventud griega. Los gobiernos honran y cultivan todo cuanto supone ostentación, competencias en asuntos de perfección técnica, y exaltación jactanciosa de méritos nacionales. El fondo sociológico de esta expansión moderna de la puerilidad debe buscarse entre las condiciones que ha descrito tan bien, en su libro *La rebelión de las masas*, el Sr. Ortega y Gasset.

La civilización moderna se cree ilustrada, cuando está repleta de supersticiones. No pienso en los mil extravíos del falso misticismo. Me refiero a las supersticiones técnicas y políticas, la creencia en la eficacia ulterior de los submarinos, los cruceros, la guerra aérea o química. Una edad futura calificará todo esto de pura superstición más perniciosa y burda que todos los amuletos y sortilegios del mundo entero.

Tales creencias, como toda superstición, jamás son perfectamente sinceras. Siempre hay en ellas un elemento de afectación y de impostura hacia sí mismo. En el fondo no caemos en el lazo. El tirano, en la noche, cuando se dispone al reposo, conoce por un momento toda la vanidad de la mentira en la que se encuentra sumergido. Es también el Sr. Ortega y Gasset quien ha indicado, en un terreno ligeramente distinto, este fondo de insinceridad profunda que constituye lo viciado de todas las pretendidas convicciones políticas demasiado doctrinarias.

La puerta de entrada de estas tres enfermedades públicas, puerilidad, superstición e insinceridad, es, ante todo, el nacionalismo, que tomo siempre en su sentido de

sentimiento rebasado, caricatura de aquel otro sano y natural sentirse ligado a la patria. Su crecimiento desmesurado se debe a los elementos puramente mecánicos de nuestra civilización, a la facilidad de las comunicaciones, a la publicidad y, sobre todo, a la organización social. La organización, en tanto que mecanización, implica dominio, es decir: sujeción y nivelación. Siendo dominación sin justicia será mala. Es al mismo tiempo segregación, lo que quiere decir hostilidad y orgullo. No tengo necesidad de hablar de ello al autor de *La Trahison des Clercs*. A diario vemos cómo la perfección de las organizaciones políticas, sociales, económicas y, en suma, mentales, dió por resultado una rigidez de formas y fuerzas sociales que impide la total y libre expansión de la cultura. En las condiciones técnicas de hoy, todo poder, una vez organizado, desarrolla un peso muerto enorme que le hace casi inmovible.

Combatimos a un enemigo que es siempre nuestro tiránico dueño: el espíritu técnico. No menospreciemos sus fuerzas.

Y paso a mis objeciones sobre el contenido de su libro. Usted nos predica el retorno a una vida del espíritu más sencilla, más verdadera y más clara. He leído con un sentimiento de liberación el reto que lanza a los falsos dioses de la época.

“Decid a Europa que ella no será realizada si no disminuye un tanto su valoración del mundo sensible ni modera su espíritu práctico.” Es preciso “morir en la religión bárbara de la invención, de la creación y de la originalidad”, rechazar el *schibboleth* del “dinamismo”, y sobre todo, el desvergonzado culto del yo, la peor de las modas literarias. A todo ello me adhiero muy de veras. Hace trece años escribí que el cuerpo de nuestra civilización pletórica tendrá necesidad de una gran reab-

sorción de humores antes de reafirmarse. Pero sepamos que eso significa un ascetismo cultural del que las masas serán incapaces. Tengamos en cuenta lo realizable. Usted instruye a los intelectuales para que vayan a sembrar la buena palabra por el mundo. No olvidemos que es preciso contar siempre con un "mundo", con una multitud de espíritu opaco que permanecerá indiferente u hostil. Siempre habrá, al lado de los incurables, una cantidad enorme de débiles de buena voluntad. ¿No sería prudente abstenerse de escandalizarles?

Quiere usted tomarnos la mitad de nuestra cultura para que Europa se construya con lo que sobre. Lanza usted un anatema contra el dominio íntegro de la sensibilidad. Nos exhorta a restaurar el espíritu apolíneo y a reivindicar la primacía de la inteligencia sobre la sensibilidad, "porque la inteligencia de los pueblos puede... hacerse independiente de sus genios particulares, mientras que su sensibilidad lo puede mucho menos". Nos pone usted en guardia contra todo lo que sea romanticismo y nos muestra el enemigo en todos "los sectarios de lo pintoresco", en "los que admiran las cimas, los abismos". "Los pueblos se afanaron por sentirse en la porción más irracional de su ser: raza, lengua, territorio, leyenda, es decir, en lo que les anfiaza más decididamente a sus personalidades incambiables, en lo que les opone uno a otro más inalterablemente. Tal es la obra del siglo XIX, cuyos efectos hemos visto. —Digo que os será necesario destruir esta obra." (págs. 119 y 120).

Europa, instada a renunciar a los tesoros del romanticismo (de igual manera que usted, tomo siempre esta palabra en una acepción muy extensa), se verá ante la opción del joven rico del Evangelio.

Por lo que a mí se refiere no creo que esta renuncia sea inevitable para el crecimiento de una Europa justa y sabia.

Conozco todas las sinrazones y destrozos causados por el espíritu romántico y los veo encruelecerse dentro del racismo actual, considerado, no sin razón, por algunos, como un efecto del romanticismo del burgués menudo. Detesto igual que usted la desdichada retórica de la sangre y el suelo. Me asombra la extraña clientela que se cobija bajo el dios Dionisos. Sin embargo, me parece que, aparte de todo esto, existe un romanticismo bueno y fecundo. No olvide que si los franceses, después de haber sido durante siglos los que conferían los dones, han podido profundizar a su vez en el espíritu de los pueblos germánicos, fué gracias al romanticismo. Si los pueblos en un rincón de su alma tienen un poco de conocimiento íntimo y de secreto amor los unos por los otros, es gracias a las obras de la sensibilidad. Nada hace olvidar tan bien todo lo que le separa de Alemania como un *lied* de Schubert (Bach y Mozart están por encima de las pugnas terrenales), ni le hará sentir mejor el alma rusa que Tolstoi y Dostoievski. El romanticismo, si bien germánico de nacimiento, es en el fondo muy europeo. Usted nos vuelve a llamar a la luz, pero siempre nos será necesario también un poco de crepúsculo.

No proscriba por completo la sensibilidad; tendremos necesidad de ella para aprender a conocernos y amarnos. Déjenos usted margen para las nostalgias y el trato con lo bajo; no nos prive de la felicidad de soñar.

Reprueba usted como de orden inferior todo sentimiento de ligamen a la nacionalidad particular y distinta. Así, pues, en la valoración que usted hace del principio "nación", creo encontrar una equivocación histórica muy difundida incluso entre los historiadores. La encuentro en el Sr. Ortega y Gasset, en una carta de

M. Kelsen y también en *L'Histoire sincère de la nation française*—en la parte dedicada a la Edad Media—que acaba de ofrecernos M. Seignobos. Usted contempla la génesis de una nación como un conglomerado más o menos fortuito condicionado por móviles de crecimiento y desarrollo de las propiedades territoriales. Sin negar la existencia de ese elemento fortuito es preciso observar que, por ejemplo, los Capetos, aun en el tiempo del consumado fraccionamiento feudal, fueron siempre algo más que simples señores y propietarios. Eran reyes, es decir, jueces, de un gran imperio en el cual subsistía virtualmente el de Carlomagno. Francia fué construída por ellos merced a esta posición de juez supremo, jamás puesta en duda, de donde han tomado su vuelo los órganos centrales del reino. Francia—y éste es el caso de la mayor parte de los Estados y las naciones de Europa—se ha formado justamente en este “dominio del juez” que usted llama “transcendente al *tú* y al *yo*” (pág. 74), fundado sobre la idea de una comunidad de justicia real. Esta *idea*, de la que usted habla, y en la que los franceses han tenido puestos los ojos siempre que tuvieron necesidad de reconstruir la nación, era la idea sagrada de una unidad de derecho.

¿Por qué Europa ha visto nacer desde la alta Edad Media tres reinos escandinavos que acabaron por ser tres naciones distintas? De ninguna manera por una diferenciación lingüística—que es efecto y no causa—, sino porque en la base de estos tres países se habían formado tres comunidades de derecho. La nación, en tanto que surge de una idea de justicia, es de noble nacimiento. Y si los reinos, desde la Edad Media, han vivido siempre de la violación del derecho ajeno, nunca, en ocasiones anteriores, como usted nos ha demostrado tan cumplidamente en *La Trahison des Clercs*, han subordinado esta

idea de un derecho general e inalterable a la noción del reino o de la nación.

Por otra parte, me parece que hace usted demasiado honor a los universalistas prácticos que conoce la historia, aun llamándoles, sin embargo, tiranos (pág. 31), y reprochándoles el que lo hayan ignorado "todo del alma de sus pueblos" (pág. 35). Les supone demasiada visión de justicia, demasiada aspiración consciente de unidad y de paz. Estas profesiones de ideas universalistas son justificaciones *a posteriori* de su espíritu de dominio. Y además, los universalismos de estos unificadores eran irrealizables. La Europa pretécnica no permitía el ser ordenada sino en demarcaciones restringidas. No; los ensayos de una Europa unificada precisan buscarse solamente en el dominio del espíritu, en los grandes conceptos del género humano, de la cristiandad, de la caballería, del renacimiento clásico, de la república de las letras, de la humanidad libre. Si se les quiere llamar otras tantas ilusiones, su continua reaparición, y siempre en forma nueva, prueba su naturaleza de necesidad imperativa.

"Europa quería estar desunida" (pág. 43). No se lo eche en cara, y póngase en guardia contra el antropomorfismo falaz que se desliza tan fácilmente en toda concepción hegeliana. No corrija la historia. La tensión polar entre la necesidad de ser *nosotros* y la de ser *todos*, subsistirá siempre. Las dos ciudades de San Agustín, en tanto que dure el mundo, permanecerán *perplexae* y *permixtae*. "Deje hacer a Dios, que es hombre viejo", decía el antiguo proverbio francés, del que quizá sin saberlo el Sr. de Madariaga da, en su carta a M. Paul Valéry, una variante¹. Usted nos quiere obligar a los letrados, para capacitarnos como predicadores de un europeísmo

¹ Cf. *Pour une Société des Esprits*. Premier volume de *Correspondance* (pág. 104).

puro y fuerte, a un ascetismo que renovaría la renuncia a todo lo que es hogar, familia y patria. No olvide la juventud de los educadores a quienes exige tamaña renuncia. No les pida el clarificado espíritu de la vejez.

Tenga usted paciencia. El nacionalismo que aborrece se halla a punto de hundirse en el ridículo. Hace dos años, los sabios rusos llegados a Londres para asistir a un congreso de historia de las ciencias, provocaron unánimes sonrisas con sus esfuerzos por obedecer la consigna que les obligaba a buscar la base económica de todo progreso del espíritu científico. (Permítame que trate aquí el bolchevismo como puro nacionalismo.) El triste espectáculo de los matemáticos alemanes al definir las relaciones de su ciencia con el Tercer Reich y exaltar las matemáticas modernas como una gloria del espíritu fáustico, monopolio de los alemanes, sólo será dañoso para la autoridad de la ciencia alemana. ¿Qué hombre que piense, hoy, no ha tomado por costumbre el no aceptar, si no es a beneficio de inventario, todo producto científico llegado de los países dominados por el nacionalismo? No nos entristezca el hecho de que en el presente las masas sean adoctrinadas e intoxicadas por sistemas temporales de autoridad que ordenan cerrar las ventanas abiertas hacia el cielo. Hay que admitir la parte, que no falta, de espíritu de sacrificio y amor. Dentro de cien años todo eso estará más pasado que el sentimentalismo teatral de los "federados" de 1790.

Tolere usted que la naturaleza conserve sus derechos; es inevitable. Combatirá usted en vano los instintos sociales. Siempre habrá "grupos de nosotros" (*we groups*), aun entre los sabios y los santos. Los egoísmos colectivos que usted reprueba no impiden a toda voluntad y a toda capacidad el pensarse en lo universal, del mismo modo que no es necesario al individuo des-

prenderse de todo lo que le liga a su casa, a sus hijos, para elevarse a la altura de un deber público. Reconozca esta tensión polar que puede hacernos nacionales y europeos a la vez.

Desde que usted admita, al lado del “nacionalismo” execrado como voluntad perversa, la “nacionalidad” como propiedad natural e histórica que no podemos rebasar, con su complemento sentimental de sano patriotismo, podremos esperar el advenimiento de una Europa sin el sacrificio imposible de las naciones que usted quería imponernos. Las razones que nos obligan a conciliar la nacionalidad con la moralidad no son necesariamente “políticas o sentimentales” como usted las denuesta (página 187). Es la ciencia: sociología, psicología, historia, quien nos las enseña. Y si usted me plantea de nuevo el que la formación de una nacionalidad se realiza siempre en contra de otra, tengo que contestar negativamente. Una formación nacional está contenida en sí misma en tanto que tienda a la justicia, entendida esta palabra en su sentido más elevado y absoluto. Además, aunque las naciones se hayan formado siempre levantándose contra un principio enemigo, puede que, a la larga, este elemento de hostilidad primordial se borre y desaparezca. Este es el caso de las pequeñas naciones de independencia antigua. ¿Conoce usted pueblos más guerreros que los escandinavos de la Edad Media más antigua, y todavía más tarde, la Suecia del siglo XVII? Han llegado a ser las naciones más pacíficas, las más abiertas, por así decir, de la Europa actual. Ha cambiado su naturaleza sin esas grandes renunciaciones que usted juzga indispensables. El eterno “contra alguien” es la maldición de las grandes naciones. Si éstas sólo pudiesen verse pequeñas, minúsculas, *sub specie aeternitatis*—o si lo eterno, simplemente bajo la especie de extensión material de este universo donde la tierra es como un grano

de polvo, no tuviese sentido para el sujeto pensante—, nada se opondría a la armonía de una Europa en la que subsistiesen las distintas naciones.

¿Por qué no esperar de una concordia nacional otra cosa que la amalgama de los egoísmos? ¿Por qué esta profunda desconfianza en el acorde armonioso? Este acuerdo se realizará, si los espíritus lo quieren, antes de que se establezca sólidamente sobre el terreno político. Pensemos a Europa en términos musicales: polifonía, sinfonía, instrumentación, orquesta. ¿Desinteresarnos de nuestras naciones? ¿Sentirnos en una región donde se borran las diferencias nacionales? ¿Esperar que se amortecinen las almas nacionales? (págs. 98, 76, 180). Pero ¿y las lenguas?

Usted nos recomienda el francés en lugar del latín, que ha llegado a hacerse imposible. Nosotros tocaríamos demasiado mal un instrumento tan puro y claro como es el francés cuandouviésemos necesidad de hacernos entender por Europa. No esperará usted que nos baste, pero tampoco bastaría a la misma Europa considerada como unidad tener el francés como único medio de expresión. Equivaldría esto a prohibir al buen catador todos los vinos menos el Burdeos.

La vida del espíritu en su matiz infinito, necesita de una pluralidad de lenguas, desarrolladas, en su lucha contra la ignorancia, que es la medula de la historia de los pueblos: de ello estoy plenamente convencido; el turismo, curioso, cuida poco de aprender a conocer y amar a las otras naciones. Lo importante no es conversar corrientemente con el negociante o el funcionario, sino leer. Todavía constituye una felicidad para las pequeñas naciones el encontrarse obligadas a aprender varias lenguas. Leyendo en el original las literaturas extranjeras ganarán con ello vida interior esas fuerzas del alma, producto del entendimiento y el afecto, cuyo fruto será la

paz (pág. 178). No veo por qué el hombre instruído de las grandes naciones no habría de poseer también, de quererlo, cuatro o cinco idiomas. Las lenguas modernas de Europa, que continúan bebiendo en la fuente bendita del latín, se aproximan cada vez más, no sólo en vocabulario, sino también en sintaxis, modo de expresión, etc. Sin embargo, lo que se internacionaliza de tal suerte es la parte exterior del pensamiento. Es el lenguaje técnico, el mecanismo útil; no la savia del organismo. Tal es la lección que recibe quien se encuentra obligado a escribir en una lengua extraña. No nos llegan más que las palabras secas y duras, las expresiones internacionales sin encanto ni color. Mucho admiro la defensa que usted hace de la razón—la necesita—, mas por causa de la razón misma es por lo que defiende la multiplicidad de lenguas en la Europa que deseamos.

¿Convendría usted en que nuestra tarea común, en cuanto actividad intelectual, es la de hallar en conjunto los símbolos o, si usted quiere, las metáforas, las imágenes relativamente más adecuadas para concebir esta parte de la verdad que nos es dado conocer? Bien. Llevamos a esta tarea nuestros puntos de vista que guardan profundamente el sello de ese ser particular de unidad lingüística al que deben su forma. Si el pensamiento carece de nacionalidad, el modo de expresión la tiene. Admitirá usted que planteada la cuestión en un terreno más amplio que el de Europa, le recuerde el hecho de que la India antigua, para no hablar de China, ha desarrollado categorías fundamentales, distintas de las nuestras, de las que está ausente, por ejemplo, la tríada de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, soluciones del problema eterno, que nos producen una especie de vértigo al entreverlas.

En la distinción entre *Geist* y *Esprit*, hay algo más que una despreciable controversia de orgullo nacional

(página 94). Estas dos palabras no recubren el mismo espacio mental. Y éste es el caso de muchos otros vocablos que se relacionan precisamente con los conceptos más fundamentales del espíritu. Para hacer resaltar la insuficiente equivalencia de los términos generales en las lenguas modernas, desearía que usted considerase que *Erlösung* tiene un sentido mucho más amplio que *Redemption* o *Salut*; que, de otra parte, *Foi* y *Faith* encierran más que *Glaube*; que *Raison* no es idéntico a *Ver-nunft*, y que *Schuld*, en su sentido muy general y profundamente ético, no tiene equivalente verbal en francés ni en inglés. Esta sería una obra más útil para los edificadores de Europa que la de inventariar todos los conceptos sobre los cuales muestran estar de acuerdo las diferentes lenguas, y jalonar así el terreno, libre desde entonces, para una perfecta inteligencia.

Bien sabemos que la obra realizable no es, en primer término, de orden intelectual. Trátase de restablecer una convicción moral, la que usted tan fervorosamente nos muestra como el tesoro de las pasadas edades, perdido en el siglo XIX: los principios éticos absolutos e inalterables que proclaman una justicia por encima de todo lo que es Estado, nación o política. Habrá que extirpar la creencia blasfema en una moral subordinada al interés de un pueblo o de una clase, será preciso confundir al miserable inventor de aquella máxima según la cual los Estados no necesitan conducirse conforme a la moral común.

He aquí la naturaleza ética de este defecto de nuestro tiempo y de la tarea que nos incumbe, justificativa del pesimismo profundo con que concluía su libro *Trahi-son des Clercs*. Con perfecto derecho no ha encontrado usted, para cerrar sus discursos, una nota menos sombría que la palabra del Evangelio:

Es preciso que volváis a nacer.

Tengamos paciencia. El péndulo de los tiempos llega al extremo de su carrera. Los espíritus están maduros para la antítesis que realce la tesis. Los excesos de un nacionalismo desenfrenado vistos por el año que termina van a conducirlo al absurdo y al ridículo. La exasperación nacional que ha llevado al delirio nobles espíritus será útil, al fin, para la idea de Europa. Remitirá la fiebre. Los grandes errores pasaron siempre.



Diciembre 1933.

J. HUIZINGA

LA SOCIOLOGIA ALEMANA DE 1918 a 1933

Todo colapso, temporal o permanente, de una cosa importante, incita a lanzar sobre ella una mirada retrospectiva y a sopesar sus virtudes y deméritos. Acabamos de presenciar ahora el derrumbamiento en Alemania de una de las formas más importantes de la cultura: la cultura democrática, que había alcanzado en este país un muy alto nivel de desarrollo. Es el momento, por consiguiente, de empezar a hacer el balance de los resultados obtenidos por esa cultura en sus diferentes esferas. Este artículo no se propone sino presentar el balance de lo conseguido en la esfera de la sociología. Conviene anotar desde el principio algo que después desarrollaremos con más detenimiento: en el campo de la sociología es precisamente donde recogemos reflejos de importancia vital, ya que ha sido justamente en ese campo donde las fuerzas espirituales y culturales de la Alemania de la postguerra trataron de modelarse a sí mismas. A través de los nuevos aspectos de la sociología, alcanzan su realización plena, tanto el panorama cotidiano del mundo como las ciencias particulares, y a la inversa, la sociología, realizada con honradez científica, intenta incorporarse todo el caudal de nuevos conocimientos que las ciencias particulares y la misma vida cotidiana le ofrecen. Nuestro análisis no debe ser considerado en ningún

sentido como una descripción detallada de los resultados de la sociología alemana después de la guerra. Intentamos, más bien, presentar una imagen viva del desarrollo más reciente de esa ciencia, buscando las características de ese desarrollo con referencia al fondo social sobre que se ha producido, para terminar comparando, de un modo sucinto, el carácter del trabajo de los sociólogos alemanes en el período iniciado en 1918, con los resultados de la sociología en otros países. En resumen, lo que nos proponemos es presentar toda una constelación intelectual, que acaba de desvanecerse, ante los ojos del público extranjero. Pese a todas las actuales tendencias autárquicas, también quizás como reacción contra ellas, gana terreno en ciertos círculos la convicción de que, siendo el conocimiento propiedad común del mundo entero, es deber urgente intentar salvar por todos los medios lo que determinadas fuerzas tratan de aniquilar. Aún más; nosotros creemos que nuestro desarrollo histórico y social nos capacita para salvar, no sólo individuos, sino también, cuando ello importe, constelaciones completas de cultura, trayéndolas, si es necesario, a terreno más propicio para que logren su definitivo desenvolvimiento.

Frente a tales problemas, estas páginas tratan de diseñar la vitalidad interna del movimiento sociológico de Alemania en el momento mismo en que ha sobrevenido su colapso. Con esta mira, concederemos con frecuencia más importancia a obras recientes y a nombres de jóvenes científicos aún no conocidos del gran público, y a punto de consolidar su reputación, que a otros ya suficientemente conocidos en el extranjero.

Empezaré trazando los rasgos característicos generales, para considerar después las condiciones históricas esenciales de ese período de desarrollo científico y concluir con un análisis de las obras, problemas y personalidades de la fase más reciente de la ciencia sociológica.

I

Si tuviese que resumir en una frase lo que significa la sociología alemana a partir de 1918, diría: *la sociología alemana es el producto de una de las mayores disoluciones y reajustes sociales, acompañado de las formas más elevadas de autoconciencia y autocrítica*. Para entender debidamente esta frase, precisa que analicemos su alcance con algún detenimiento. Lo primero en que debemos convenir es que un proceso de disolución social y de crisis no es, sin más, un proceso negativo. Porque la esencia de las crisis no radica en ser simplemente desintegraciones, sino más bien, en lo que tienen de intentos que hace la sociedad para superar su organización toda; y en el curso de esos intentos, la utilidad y el valor de cada institución y cada forma de relación espiritual y cultural son puestas con el máximo rigor sobre el tapete, para ser analizadas a la luz de condiciones enteramente nuevas. En este sentido, la sociología no es sólo el producto de un proceso de disolución, sino al mismo tiempo un intento de participar racionalmente en la reorganización de la sociedad humana, de colaborar a ella y a la readaptación del individuo a los nuevos moldes. Lo que leemos en los textos y tratados de sociología no es con frecuencia otra cosa que una recolección retrospectiva de puntos de vista que fueron en un día buenos y se lograron durante períodos semejantes de inquietud social. En las obras de Saint-Simon y Comte, por ejemplo, son aún visibles los impactos de experiencias de ese tipo. Si consideramos de este modo la función de una época de crisis y trastornos, el período iniciado en 1918 puede ser conceptuado sin duda alguna como el más dinámico de la historia de la sociedad alemana. En estos veinte

años hemos presenciado un naufragio y un desplazamiento incesantes de fuerzas sociales. Por mucho valor que demos, sin embargo, al factor dinámico en la vida social, el cambio por sí mismo no engendra ciencia sociológica; si no, todo período de inestabilidad social produciría sin más un enriquecimiento de esa ciencia. Para que esto ocurra, es indispensable que el cambio vaya acompañado de una capacidad altamente desarrollada de percepción objetiva. Sólo cuando una auténtica conciencia de la propia experiencia nos permite expresarla, cabe esperar que aflore una investigación sociológica fecunda. El contenido de la sociología alemana más reciente ha brotado de la experiencia de los últimos catorce años, pero la capacitación mental indispensable para formular los problemas planteados por los acontecimientos de esos años, ha sido a su vez el fruto de un largo proceso de desarrollo histórico, del que más adelante nos vamos a ocupar.

La sociología alemana debe a las fuerzas dinámicas producidas en esos catorce últimos años tres cosas:

1. La conciencia de que todo hecho social se encuentra en función del tiempo y lugar en que ocurre. Pero el tiempo y lugar, a su vez, no tienen sentido sino referidos al todo de una sociedad dada. Como afirmación simple y obvia esta convicción, naturalmente, no es nueva. Pero hasta ahora no había pasado de ser una tentativa de hipótesis del científico; ahora se la ha hecho sufrir la prueba de la experiencia. Las personas que viven en una sociedad bien estabilizada, con una tradición fija, no notan la variación y la interdependencia de los fenómenos sociales; ven cada cosa aislada e imaginan que todo posee existencia independiente. Por el contrario, cuanto más adelantado esté el proceso de disolución de una sociedad y cuanto más hayan sufrido nuestros hábitos los cambios dictados por las situaciones al-

teradas, más clara se nos aparecerá la interdependencia funcional de los hechos. En consecuencia, el valor para la sociología de un período de radical disolución en la sociedad estriba en lo siguiente:

a) Permite alcanzar una visión fundada de la variabilidad de los factores sociales.

b) Proporciona una comprensión de la interdependencia ineludible de los factores sociales.

c) Habitúa a considerar cada factor en su relación con el todo de una sociedad dada.

2. No sólo la variabilidad de los llamados hechos sociales objetivos: la institución de la familia, los partidos políticos, las constituciones políticas, etc., sino la esfera toda de la vida espiritual se nos aparece a la luz de esa variabilidad incesante.

La primera e ineludible consecuencia de esa inestabilidad social es el surgir una conciencia general de la relatividad de los valores morales, estéticos e intelectuales. Tarde o temprano sobreviene inevitablemente una crisis moral, de la que no se puede escapar sino por dos caminos. Las masas, incapaces de comprender la significación de estos cambios, reclaman insistentemente un retorno a las viejas formas de organización y a las normas éticas que parecían tan estables y detrás de las cuales el individuo se sentía tan seguro; ésta es una de las sendas que conducen a las masas al fascismo. Los grupos intelectuales que forman parte de estas masas y que pueden examinar la estructura de esa incertidumbre, pero que no son lo suficientemente cándidos para conformarse con retrasar el reloj de la historia, defienden la teoría "del decisionismo". Decisionismo da a entender, en esencia, que cualquier decisión es mejor que no tomar ninguna; de aquí su política aventurera. Sólo un pequeño grupo de personas pueden resolver este dilema, y la lucha necesaria contra el cambio de valores les con-

duce eventualmente a una nueva postura moral y, al mismo tiempo, a una nueva teoría de los valores sociales.

Los núcleos más progresivos de individuos se dan cuenta de que, en la historia, “lo pasado pasó para siempre”, y cuanto más hayan vivido en un período de constante cambio social, tanta menor seguridad tendrán en la noción de eterna permanencia de las normas éticas y morales. El tipo dinámico de personalidad—por ejemplo, un individuo que se acostumbre al cambio continuo—restablecerá su equilibrio moral tras un período de intensa reflexión crítica. De manera distinta al tipo estático, que encuentra la seguridad de la validez de su conducta moral en la noción de los valores sociales permanentes, el tipo dinámico aprecia el hecho de que, aun cuando la totalidad de los valores cambiasen con el tiempo, determinados valores son inseparables de ciertas situaciones dadas. Desde el punto de vista de la dinámica social, los valores pueden cambiar y las situaciones también, pero cualquier situación dada se relaciona, inseparablemente, con normas concretas. De aquí que se llame “relacionismo”, y no “relativismo” o “relatividad”, la teoría fundada en este hecho. Relativismo equivaldría a inexistencia de valores objetivos, *luego* la obligación moral no tendría razón de ser. De modo diferente, el relacionismo pone de relieve el hecho de que *existe* una obligación moral, si bien *se deriva de situaciones concretas con las cuales está relacionada*. Esta interpretación de la Sociología permite comprender la conexión funcional entre las situaciones sociales y los valores morales. Valores e ideas no se consideran aparte en el futuro, sino que se relacionan, constantemente, con situaciones y estructuras sociales. La variación incesante, rasgo característico de la historia de las ideas morales, nos presenta tantos problemas como pueda haber en la

sociedad contemporánea. Estos problemas surgen de la lucha que los innumerables pequeños grupos, cada cual con su moralidad específica, mantienen entre sí. En resumen: en lo sucesivo no sólo serán observados los hechos de la vida social, en sus mutuas relaciones, sino que también se tendrán en cuenta las fuerzas intelectuales —normas e ideas, por ejemplo— en su relación con el proceso social.

3. Además, esta visible interdependencia entre hechos objetivos e ideas, esta disolución y movilidad social, reaccionan sobre la psiquis humana; luego un período de trastorno social posee, también, su aspecto psíquico. No hay transformación social sin cambio de normas. Pero los cambios de normas son, lo más a menudo, expresión de cambios de hábitos y actitudes humanas. En esta posición inestable el individuo es, incesantemente, rechazado hacia sí mismo, y la reflexión constante a la que le conduce el sentimiento de su propia incertidumbre termina transformándose en autoanálisis habitual. Este mecanismo psíquico, que en períodos estáticos trabaja inconscientemente, aparece claro en períodos de evolución dinámica.

El invisible influjo de las fuerzas sociales y la continua transformación de éstas en el subconsciente de individuos y grupos llega a tener mucho mayor interés para el sociólogo que la sencilla descripción y clasificación de los fenómenos objetivos de la vida social y cultural. Aunque quizá sean problemáticos muchos resultados del psicoanálisis, el descubrimiento de la psicología del subconsciente y el descubrimiento de la sociología del conocimiento (*Wissensoziologie*), forman parte del reciente desarrollo de la sociología alemana. Muchos de estos problemas son bien conocidos por los sociólogos ingleses, franceses y americanos, pero la diferencia aplicable entre la sociología alemana y la de Francia, Inglaterra y

América, me parece consistir en que, mientras los sociólogos franceses, ingleses y americanos han tratado aisladamente varios de estos problemas, los sociólogos alemanes se esfuerzan en tratarlos todos de las tres maneras que he señalado.

Estas tres maneras son, como se recordará, las siguientes:

- a) La contemplación de cada factor objetivo aislado como parte de la totalidad de los cambios sociales.
- b) El establecimiento de las relaciones de toda idea o fenómeno espiritual, con situaciones sociales concretas.
- c) Ver en toda actitud mental y en cualquier forma de esfuerzo humano la adaptación inconsciente a situaciones nuevas.

II

Hasta ahora me he limitado a indicar lo que la reciente sociología alemana debe al proceso germánico contemporáneo de disolución y cambio. Pero, también, he tenido el cuidado de puntualizar que, aunque los hechos y problemas los tomemos del presente, su interpretación y formulación teórica han sido posibles por tener, tras de sí, una larga historia el pensamiento sociológico. La autocritica y la autoconciencia sociales habían alcanzado ya el alto grado de perfección a que hemos aludido cuando se produjo el cataclismo político y social y la convulsión económica. De entre las numerosas direcciones que han preparado las ideas actuales, quiero enumerar tres solamente: 1. Las aportaciones de los hegelianos y otras escuelas filosóficas. 2. La significación de ideas sociológicas no académicas que, como el marxismo, han sido muy recientemente incorporadas a los cuadros de estudio universitarios. 3. Las aportaciones de Dilthey y Simmel.

1. La habilidad para manejar hechos examinándolos a la luz de las teorías, lo debemos a la filosofía alemana y, principalmente, a Hegel. Cuando hago mención de Hegel no me refiero, naturalmente, a esa gran multitud de filósofos sin importancia que en lugar de recoger e investigar con amplitud los hechos nos dan sus impresiones puramente subjetivas más o menos insignificantes. Hegel es responsable lo mismo de las fantasías meramente especulativas de la mala filosofía social como del poder constructor de la genuina investigación sociológica. Pero debemos distinguir entre el entendimiento constructivo y el especulativo. Tan indispensable es el primero, para cualquier investigación empírica, como pernicioso el último. Pensar especulativamente significa sentarse ante la mesa de trabajo y concebir vagas e irrealizables ideas sobre toda suerte de cosas. De modo diferente, el pensamiento constructivo implica la erección—por un esfuerzo imaginativo—de una estructura empotrada en los propios fenómenos, pero que no puede descubrirse a través de la observación aislada directa y desnuda de ningún fragmento de la realidad. Toda sociología se deriva, en último término, de la filosofía de la historia; en todos los países ha nacido la sociología como resultado de una transgresión de los límites de la pura filosofía. Pero las sociologías de los diversos países se distinguen entre sí por la manera de traspasar esos límites. La sociología americana los sobrepasó echando completamente por tierra toda la filosofía de la historia y concretándose a un cuerpo de generalizaciones empíricas que no pueden ya abarcar sus múltiples hechos. La sociología inglesa conservó de la filosofía de la historia la teoría de los estadios históricos y el fundamento sociopsicológico, entre otras cosas. La sociología alemana conservó de la doctrina de Hegel el concepto dinámico, aunque el problema no sea susceptible de solucionarse

con fórmulas tan simples, como pudiese sugerir la formación filosófica de la dialéctica. El don de no ver los hechos simplemente, como ocurren en la vida cotidiana, sin ninguna relación con las fuerzas sociales dominantes y con el conjunto de la situación social existente, en ningún momento dado, deriva de Hegel. Los que afirman que la sociología alemana no ha pasado, aún, más allá de las etapas metodológica y filosófica es porque desconocen sus más recientes avances; aunque, por otra parte, sea verdad que muchos sociólogos alemanes se encuentran, todavía, en esas etapas. Entre los miembros más representativos de la última generación de sociólogos alemanes podemos distinguir una real oposición con respecto a la investigación empírica, aunque esto del empirismo sea un complicado concepto.

2. El segundo acontecimiento que he enumerado ha sido la introducción y el análisis crítico del marxismo en las discusiones académicas. El marxismo debe a Hegel el reconocimiento de fuerzas antagónicas en el desarrollo de la historia. Marx y Lorenzo von Stein han hecho más real este concepto al poner de relieve el aspecto y la influencia de la lucha de clases en la evolución histórica. Filosóficamente, Marx debe mucho al desarrollo del pensamiento económico en Inglaterra, y Stein debe sus ideas al movimiento social en Francia, cuya primitiva formulación teórica se remonta a las más ingenuas especulaciones de Saint-Simon. Hasta el advenimiento de la República alemana, la teoría marxista, como muchas otras teorías sociales, se tenía en cuenta, tan sólo, como una "teoría de oposición"; los universitarios, por ejemplo, no encontraban interés en esta rama del conocimiento. Esto tuvo la ventaja de que a muchos urgentes problemas prácticos de la vida cotidiana y de las tensiones políticas les fueron dadas interpretaciones sociológicas según la disciplina extrauniversitaria;

pero tuvo la desventaja de que se abusó de aquellas teorías con fines de propaganda y, desde que fueron manejadas por profanos, inevitablemente se deslizaron en ellas elementos de diletantismo. Después del establecimiento de la república los problemas surgidos de aquellas teorías encontraron libre el camino de la discusión universitaria. La consecuencia de ello fué que los profesores liberales, no marxistas, se dedicaron a seleccionar los más importantes aspectos de la teoría marxista y se esforzaron después en probar o no, empíricamente, su validez. Una mera disputa sobre principios se transformó, en esta ocasión, en progreso científico. No puede pensarse en destacados contrarios del marxismo, como Max Weber, Troeltsch, Sombart y Scheler, sin establecer un paralelo entre sus nombres y el de Marx.

3. Este esquema del primitivo desarrollo de la sociología alemana quedaría incompleto sin referirnos a la valiosa cooperación de las ciencias del espíritu alemanas, las denominadas "Geisteswissenschaften". Podemos asegurar, en general, que cualquier resultado fructífero logrado por la sociología alemana se debe en gran medida a su cooperación con las diferentes ramas de la ciencia. La facultad interpretativa alcanzó en los estudios humanistas germánicos un altísimo nivel de perfección. Dilthey, que poseía a la vez una facultad de interpretar y un don de reflexión metódica sobre la naturaleza de los estudios humanistas, señala la diferencia fundamental que existe entre las ciencias naturales y las ciencias culturales, no experimentales. Considerando que solemos atribuir exactitud tan sólo a las ciencias matemáticas y experimentales, Dilthey insistía en que la exactitud numérica, que no pueden pretender las ciencias psicológicas y humanísticas, en su mayor parte, está en ellas compensada por el hecho de que son capaces de lograr una profunda penetración e interpretar el objeti-

vo particular de sus estudios: la mente humana. Distingue la *explicación* (Erklärung) de la *comprensión* (Verstehen). El fin de las ciencias exactas es explicar los hechos. El objeto de las ciencias humanísticas es la mente humana. A las primeras les incumben los hechos externos susceptibles de cálculo, las últimas se esfuerzan por penetrar los fenómenos internos del entendimiento humano, que nos son familiares en sentido distinto de los acontecimientos externos. Los fenómenos externos, que constituyen la materia principal de las ciencias naturales, podemos observarlos, solamente, en sus relaciones superficiales; de manera opuesta, los fenómenos que constituyen el objeto de las ciencias culturales, lo mismo que las expresiones externas del espíritu, pueden ser tan bien explicadas y observadas como comprendidas. Por "comprender", en contraste con "explicar", quiero dar a entender la capacidad de ambos conceptos para penetrar la significación de una máxima o de un acto comunicativo, tal como una obra de arte, literaria, musical, etc., o el aspecto íntimo y las complicaciones internas de la inteligencia humana. El profesor Ginsberg¹ ha sugerido la frase "intuición simpática" que expresa muy bien el sentido moderno de la palabra alemana "Verstehen". Intuición simpática significa capacidad para llegar al sujeto que tengamos delante y penetrar dentro de él. La ciencia natural, aunque quizá exacta, no pretende trasponer los límites del conocimiento exterior. Los datos estadísticos referentes, por ejemplo, a la frecuencia de suicidios en las diversas estaciones del año, pueden, en el mejor de los casos, indicar correlaciones interesantes entre acontecimientos objetivos. Con la ayuda de tales estadísticas podemos en cierta medida explicar los hechos con los que se relacio-

¹ M. Ginsberg, "Recent Tendencies in German Sociology", *Economica*, febrero 1933.

nan. Pero es cuestión muy diferente cuando deseamos obtener y comprender los motivos internos que condujeron a tales suicidios. Es interesante observar que mientras la psicología anglosajona, especialmente las ramas americanas de esta ciencia, se inclinan a una aproximación relativa, por ejemplo, descuidan el aspecto interno de la mente y ponen de relieve la conducta externa y, de este modo, simplifican los fenómenos discutidos, en cambio, el preeminente sociólogo alemán Max Weber insistió en que la sociología era una disciplina de comprensión interior. Mientras es una característica de la mentalidad anglosajona el tratar de reducir siempre los fenómenos a sus límites más obvios y las acciones humanas a unos pocos contornos básicos comunes, con el fin de colocarlas, en último término, sobre una base de matemática exactitud, la mentalidad alemana tiene propensión a investigar la naturaleza compleja de la realidad.

Aunque algunas veces esta manera de enfrentarse con los hechos en toda su complejidad pueda conducir a la oscuridad, nadie negará que una vez que se procede al análisis minucioso de cualquier hecho aislado encontramos que ese análisis es inagotable. Especialmente, cuando en los términos del fondo social a que pertenece logramos una exacta descripción de la vida psíquica del individuo, vemos que aquél tiene tantos aspectos que una adecuada interpretación de ellos sólo es posible si nuestra intuición está muy desarrollada y poseemos una refinada terminología psicológica. Simmel, uno de los más importantes precursores de la reciente sociología alemana, logró ambas cosas. En tanto que Dilthey desenvolvía la teoría de la interpretación y el conocimiento, Simmel sabía, mejor que él, llevarla a la práctica. Es uno de los más grandes maestros en la interpretación de los hechos sociales. Aplicaba para la descripción de la

vida cotidiana el mismo método que antes se usara para describir cuadros o dar los caracteres de una obra literaria. Tenía aptitud para describir las más sencillas impresiones de la vida diaria, de un modo tan preciso como el que caracteriza la moderna pintura impresionista que ha aprendido a reflejar sombras y valores del ambiente, no recogidos hasta ahora. Podría ser muy bien llamado "el impresionista de la sociología", porque su talento no residía en considerar el panorama social de conjunto, sino las fuerzas sociales menores que hasta entonces pasaran desapercibidas. Cuando describe el significado social de los sentimientos, por ejemplo: la mirada humana, o la actitud psíquica del pobre, o las varias formas de sociabilidad, súbitamente se nos revelan los miles de relaciones ocultas que estructuran la vida social. Coloca su anhelo vital en su cooperación a la sociología alemana, y desde su tiempo, los sociólogos alemanes han buscado el combinar un estudio de todas las fuerzas constructivas de la vida social con un refinado análisis de los pequeños detalles.

III

Si ahora resumimos estas tendencias del pensamiento social y, especialmente, la capacidad para el pensar constructivo, que se remonta a Hegel; el realismo político, que deriva de Marx y Lorenzo von Stein, y la capacidad para la intuición simpática y la interpretación que se encuentra en las obras sociológicas de Dilthey y Simmel, tendremos ante nosotros los instrumentos mentales con que el sociólogo moderno ha analizado las experiencias que la presente etapa de desintegración y disolución le ofrecía. Fué bueno que se desarrollase simultáneamente con el crecimiento y la evolución de aquellos acon-

tecimientos políticos una sociología sistemática. Los nombres y las obras de Toennies, Oppenheimer, von Wiese, Vierkandt, son suficientemente bien conocidos para hacer innecesario dar más amplios detalles de su cooperación a la sociología. Solamente necesitamos poner de relieve que lo que von Wiese¹ logra hacer de la manera más abstracta y general, y, sobre todo, la creación de un "sistema" universal de sociología, Oppenheimer pretende llevarlo a cabo por un método más realista. A pesar de la alta estima en que la moderna generación de sociólogos tiene la obra de estos hombres, está convencida de que ahora, cuando se han alcanzado los objetivos de la sociología sistemática, la más urgente necesidad de momento no es un sistema cerrado de sociología, construido por un individuo, sino una exacta observación de las fuerzas sociales que estén operando. No necesitamos ni un abstracto sistema de clasificación, ni reflexiones metodológicas sobre la naturaleza de la sociología, sino un análisis concreto de los acontecimientos pasados y contemporáneos. Las críticas dirigidas contra Freyer² por la generación más joven de sociólogos son debidas a que, si bien dió a la sociología sus cimientos más firmes, no rellenó de sustancia empírica el armazón que había construido.

El hombre en cuya obra la última generación podía refugiarse con mayor seguridad era Max Weber³; su formulación de los problemas y su método de investiga-

¹ Cf. Becker-Wiese, *Systematische Soziologie auf der Basis der Beziehungslehre*; Abel, *Die Systematische Soziologie in Deutschland*; Oppenheimer, *Der Staat*.

² H. Freyer, *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft*, 1930.

³ Véanse especialmente: Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, 2.^a ed., 1925; *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*; *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 1922; *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, 1920; *Gesammelte politische Schriften*, 1921. En relación con Max Weber debemos hacer referencia a Ernst Troeltsch, *Die Soziallehren der Christlichen Kirchen und Gruppen*.

ción empírica han llegado a ser clásicos. Weber no estudia el pasado como un archivero, cuya tarea fuese la de examinar antiguos documentos y que viese una gran solución de continuidad entre “el ayer y el hoy”: investiga el pasado más distante (v. gr.: las relaciones de India y China, o el sistema económico de Roma), y relaciona con el presente todos estos datos históricos; lo que le preocupa en mayor grado son las semejanzas y diferencias entre el juego de las fuerzas sociales ahora y entonces. El gran problema que atrajo la atención de Sombart y Max Weber, a saber, la aparición y desarrollo del capitalismo, fué tan bien resuelto como para poder proporcionar un diagnóstico de la situación contemporánea. ¿Cuáles son las raíces de la sociedad occidental? ¿De dónde venimos, adónde vamos?, y ¿cuál es nuestro lugar en la presente crisis? Estas son cuestiones que se hallan latentes en las investigaciones empíricas de Weber. El fué uno de los primeros en ver los peligros inherentes a nuestras tendencias sociales y a la “Kulturkrise” o crisis de la cultura. Se dió cuenta de que el destino de toda sociedad depende de la contextura de su organización y de la transformación y adaptación de la inteligencia humana. En este punto se asemejan Max Weber y Hobhouse, el más grande sociólogo inglés, a quien también preocupaba la idea de trazar la curva de desarrollo de la inteligencia y moral humanas. Pero mientras el último elaboró su investigación valiéndose del concepto de las etapas generales de la evolución humana, el primero relaciona todo cambio del espíritu con situaciones sociales concretas. Así, por ejemplo, nos muestra cómo se ha moldeado la mentalidad del hombre en las diferentes sociedades en que la burocracia ha desempeñado un gran papel, v. gr., en el antiguo Egipto o en el Estado prusiano. Si es antisocialista es porque prevé el inevitable advenimiento de una buro-

cracia sin precedentes. Las diversas formas de organización del poder y la variada importancia que atribuye a las diferentes clases sociales son decisivas para el especialista que diferencie grupos sociales y naciones. Para apoyar su aserto de que la actitud mental de un grupo está condicionada por su carácter de clase, toma innumerables ejemplos de todas las religiones orientales y occidentales. En su compendio *Wirtschaft und Gesellschaft*, prueba que las religiones campesinas de todas las sociedades, y en todos los tiempos, tienen una estrecha semejanza. Se inclinan a una explicación de la vida basada en la magia y en los cultos públicos orgiásticos. La cultura y la perspectiva mental de la Edad Media son fundamentalmente distintas de las de una economía manufacturera. Siendo así podemos explicarnos los rasgos más importantes de la religión cristiana primitiva por el hecho de haber sido creada y divulgada por jornaleros. La religión de los intelectuales difiere de la de otros estratos sociales en que los intelectuales se inclinan a considerarla como materia puramente íntima y privada. Marx señala las fuerzas dinámicas inherentes a la sociedad, el carácter del crecimiento económico y las transformaciones sociales, como resultado de la lucha de clases. Los sociólogos de la escuela idealista indicaban que Marx miró por encima el significado de la transformación inmanente del espíritu humano que es un *sine qua non* del cambio social. Han utilizado el libro de Max Weber sobre *La Ética protestante y el Espíritu del Capitalismo*¹ para defender el punto de vista de los idealistas de que un cambio individual de horizonte y carácter no puede, de ningún modo, ser función de un cambio social y económico general, puesto que el espíritu humano tiene un desarrollo autónomo y él mis-

¹ M. Weber, *Die Protestantische Ethik und der "Geist" des Kapitalismus*.

mo es la causa de un sistema económico nuevo y del cambio social correspondiente. Si tenemos en cuenta el conjunto de la obra de Max Weber, y no tan sólo el libro previamente mencionado, llegamos a la conclusión que constituye el punto de vista de la moderna generación de sociólogos alemanes, sobre todo, convendremos que *la manera como la cuestión se formuló por los materialistas e idealistas era completamente errónea*. No podemos mantener separadas, en una mano, la esfera de los cambios social y económico y, en la otra, la del desarrollo mental. El gran arte del sociólogo consiste en su esfuerzo para relacionar siempre los cambios de actitudes intelectuales con cambios de situaciones sociales. La inteligencia humana no opera *in vacuo*; el cambio más delicado del espíritu humano corresponde a variaciones igualmente delicadas de la situación en que el individuo o el grupo se hallan, e, inversamente, las menores alteraciones en la situación indican que los hombres, también, se han transformado.

Se comprendió que los viejos tipos de filosofía, psicología, pedagogía, economía, derecho, historia literaria, etc., habían caído con persistencia en el mismo error. Todos ellos partían de un modelo abstracto de "hombre en general", en lugar de observar los seres humanos y su vida espiritual en el marco de la sociedad de hoy. Voy a recordar, aquí, que durante mis explicaciones en cátedra me he esforzado en hacer un estudio psicológico que sería enteramente sociológico por su carácter. Su objeto era observar en pequeña escala la conducta de los individuos en relación con situaciones dadas y averiguar cómo varía la conducta, respondiendo al cambio más moderado de su situación social. Se esperaba, con eso, elaborar una segura técnica de observación de situaciones, con la ayuda de la cual—aplicable lo mismo a fines pedagógicos que al estudio de la historia—el in-

dividuo podía ser estudiado y observado en las situaciones particulares que predominan en las diversas estructuras sociales; situaciones que crean *en masse* el tipo de individuo que caracteriza la nueva era. Se intentaba encontrar el punto del sistema económico y social en el cual el *Homo Oeconomicus* cambia en ocasiones, y el lugar de la esfera política en el que surgen ciertas personalidades dirigentes y se movilizan ciertos tipos de instintos gregarios. Este nuevo método de psicología realista fué inmejorablemente acogido, pues, hasta entonces, la psicología de la vida cotidiana no había sido el punto fuerte de los alemanes; habían sido siempre o demasiado abstractos o demasiado metafísicos para tomar nota de los cambios menos obvios en la conducta de las gentes con quienes, a diario, estaban en contacto. Han producido raramente el "hombre de mundo", bien frecuente en las aristocracias de Francia e Inglaterra. Esto se evidencia también por el hecho de que la calidad de la novela alemana que trata de la sociedad no podía, hasta hace poco, compararse con la literatura novelesca francesa e inglesa. Ahora, sin embargo, todo esto ha cambiado. Se ha logrado pleno éxito en la exacta caracterización de las vidas de empleados, jóvenes obreras, etcétera¹. El mismo método de fina observación de situaciones de fenómenos mentales condujeron no sólo al concepto de una eterna unidad supertemporal del espíritu, que se hacía muy sospechosa, sino, también, a la noción de la inmutabilidad de la lógica humana que era discutida.

El más sorprendente acontecimiento en el reciente desarrollo de la sociología ha sido, quizá, el modo como la *Wissenssoziologie* (sociología del saber) ha descrito las diferencias entre el pensamiento humano en los di-

¹ L. Franzen Hellersberg, *Die jugendliche Arbeiterin*, 1932; S. Krauer, *Die Angestellten*, 1930; H. Speier, *Die Angestellten* (inédita).

ferentes grupos y épocas. De la misma manera que la historia del arte describe y distingue los diversos estilos artísticos, así la *Wissenssoziologie* describe y distingue los diversos estilos de pensamiento. Lo que hizo en Francia la escuela de Durkheim y Lévy-Bruhl, con la forma de poner de manifiesto el sistema de lógica peculiar a las tribus primitivas, lo empieza a hacer la sociología germánica de las ideas con los diferentes grupos y períodos de la civilización occidental. Los resultados logrados por la *Wissenssoziologie* llegaron a ser desconcertantes cuando la investigación demostró que no sólo difiere la manera de pensar entre los diversos grupos de una sociedad dada, y no sólo es diferente la mentalidad de los diversos partidos políticos, sino que tales diferencias penetran en los dominios de la filosofía y de las distintas disciplinas científicas. La comprobación de que a la investigación científica le da tono el punto de vista social e histórico del investigador, dió por resultado un esfuerzo de autocrítica cuidadosa. Sabemos que en las teorías alemanas, más que en las de ningún otro país, desempeña un papel importante la *Weltanschauung* (la interpretación filosófica de la vida), y, por tanto, la *Wissenssoziologie* se purificó, tomando el rumbo de estricta teoría social. Pero aun cuando hayamos desterrado la influencia de todas las ciencias sociales en nuestra *Weltanschauung*, encontraremos, sin embargo, importantes huellas del hecho de que nuestro pensamiento esté condicionado por nuestro estado social y de que nuestra lógica es particular y no general. Eso ocurre porque toda teoría está precedida por una selección subconsciente de los elementos que se introducirán en nuestros problemas y teorías. No todos los elementos de la realidad encuentran su camino en nuestras teorías conscientemente formuladas, sino sólo aquellos que son admitidos por el control consciente. Este control es guiado

de nuevo por los deseos y fuerzas latentes. De tal modo no sólo es influido el propio contenido de la teoría, sino que las concepciones y categorías lógicas del espíritu de los distintos grupos se hallan afectados por las fuerzas sociales¹. Todo ello resulta claro con un ejemplo. Así, toda teoría liberal se apoya en todos aquellos factores que tienden a un balance armonioso de elementos contradictorios. En cambio, las teorías socialistas dan una importancia indebida a las fuerzas que trabajan en el derrumbamiento del actual sistema económico y social; de aquí su tendencia a despreciar los elementos elásticos de este sistema. De tal modo, la apreciación reciente del significado de estas fuerzas sociales, que, hasta cierto punto, ha influido en todas las ciencias, coloca en un extremo el nuevo problema de la teoría del conocimiento, y en el otro, en un plano superior, las nuevas tareas que habrán de seguirse para procurar la objetividad. El mérito de los sociólogos alemanes contemporáneos descansa, quizá, en el hecho de haberse libertado de aquel exagerado "ascetismo metodológico", para el cual nada que no fuese susceptible de medirse podía ser considerado exacto, y, más aún, porque han demostrado con éxito que la esfera espiritual tiene su propio criterio específico de exactitud que, hasta ahora, no había sido tenido en cuenta.

¹ Los que se interesen por la Sociología del Conocimiento deben consultar, como información general, la obra de Max Scheler *Die Wissenformen und die Gesellschaft*, y también mi artículo sobre "Wissenssoziologie" en el *Handwörterbuch der Soziologie*. Para ejemplos más amplios de investigación empírica en este terreno, cf., también: G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, 1923; Max Scheler, *Die Formen des Wissens und der Bildung*, 1925; P. L. Landsberg, *Wesen und Bedeutung der Platonischen Akademie*, 1923; P. Honigsheim, *Zur Soziologie der mittelalterlichen Scholastik* (Erinnerungsgabe für M. Weber), 1923; K. Mannheim, "Das Konservative Denken", *Archiv für Sozialwissenschaft*, Bd. 57; *Ideologie und Utopie*, 2.^a ed., 1930; F. Borkenau, *Der Übergang vom feudalen zum bürgerlichen Weltbild*, París, Alcan, 1934 (recién publicada).

Desde el momento en que esta rama de la sociología alemana puede demostrar su especial utilidad para quienes vienen a las cuestiones sociales procedentes de las ciencias culturales (*Geisteswissenschaften*), algo debería decirse a este propósito sobre la *sociología de la cultura*. La sociología de la cultura ha vuelto a juzgar todos los métodos que las ciencias culturales han elaborado bajo la forma de *técnica de interpretación*. De éstos ha llegado a ser, particularmente, notable el método *morfológico*; Alfredo Weber¹, el jefe de la escuela de Heidelberg, lo usó en su *Sociología de la Cultura*. Los contenidos culturales pueden caracterizarse de esta manera con gran exactitud. Lo atestiguan, por ejemplo, las percepciones logradas en la historia del arte, por el método del análisis de los estilos. Esta descripción morfológica de los moldes y estilos culturales me parece muy fructífera, desde el momento que la morfología no se considere como un fin en sí misma, o, como Spengler, no se haga degenerar en un pasatiempo analógico. Averiguar los caracteres morfológicos de una o varias culturas es de gran utilidad, pero no debemos quedar satisfechos con meras descripciones; las diferencias morfológicas de las culturas deben, también, *explicarse* a la luz de su fondo social. El análisis morfológico es un medio de hacer el análisis causal más efectivo y rico, pero no es una vía para escapar del empirismo histórico. A. v. Martin² ha contribuido de manera valiosa a la creación de una sociología de la cultura empíricamente comprobable. Pertenece a ese grupo de historiadores lo bastante atrevidos para aventurarse en el campo de la sociología des-

¹ A. Weber, *Ideen zur Staats- und Kultursoziologie*. También, "Das alte Aegypten und Babylonien", *Archiv für Sozialwissenschaft*, vol. LV, 1926, pág. 2.

² A. v. Martin, *Soziologie der Renaissance*; cf. también los diferentes ensayos de Vierkandt sobre sociología de la cultura, en el *Handwörterbuch der Soziologie*.

de el de su disciplina especial. Entre las obras de sociología de la literatura los trabajos de Schöffler¹ ocupan un lugar de suma importancia. Pasando del estudio de la filología inglesa a la sociología, demostró, *inter alia*, cómo la índole de una época puede explicarse analíticamente por el origen social de los poetas pertenecientes al más selecto núcleo intelectual. La primera generación de poetas románticos alemanes e ingleses procedía del clero, y su actitud ante el mundo, su ambiente social, caracterizan sus obras.

En general el problema de la evolución histórica de las formas de vida (*Lebensformen*) y de los tipos de experiencia interna (*Erlebnisformen*), llegó, cada vez más, a ser el problema que establece el íntimo contacto entre historia literaria, sociología y filosofía. La concepción dinámica de los seres humanos, v. gr., la idea de que la evolución social e histórica adaptan, siempre, al individuo y su vida espiritual a formas nuevas, ha hecho posible el examen histórico de los distintos aspectos de la vida del espíritu. Así tenemos interesantes análisis de la génesis del amor², del significado del culto a la amistad³, sobre el desarrollo y significación social de los ideales de civilización⁴, sobre el origen del concepto del genio⁵, sobre la génesis social de la opinión pública⁶, la génesis social del *bourgeois*, etc.⁷.

¹ H. Schöffler, *Protestantismus und Literatur*, 1922.

² P. Kluckhohn, *Die Auffassung der Liebe in der Literatur des 18ten Jahrhunderts und in der deutschen Romantik*, 2.^a ed., 1931.

³ A. Salomon, *Der humanistische Freundschaftskult* (inédito).

⁴ H. Weil, *Die Entstehung des deutschen Bildungsbegriffes*, 1930; Naumann-Müller, *Höfische Kultur*, 1930; N. Elias, *Soziologie des Hofes* (inédita).

⁵ Zilsel, *Die Entstehung des Geniebegriffs*, 1926.

⁶ F. Toennies, *Kritik der öffentlichen Meinung*, 1922, y E. Mannheim, *Die Träger der öffentlichen Meinung*, 1933.

⁷ B. Groethuysen, *Die Entstehung der bürgerlichen Welt- und Lebensanschauung in Frankreich*, vols. I-II, 1927-30; B. Guttman, *England im Zeitalter der bürgerlichen Reform*, 1923. En la historia de la lite-

Pero no sólo encuentra estímulos la sociología en la historia literaria. Un altísimo grado de desarrollo ha alcanzado la sociología del derecho; aunque es interesante observar que casi todos los que trabajaron primeramente en este terreno, con excepción de M. Weber, fueron austríacos ¹.

Además de la sociología del derecho, había de formarse, especialmente entre la generación más joven, una *sociología política* y un estudio científico de los acontecimientos contemporáneos (*Gegenwartskunde*), del que se esperaba mucho ². Llevaba una dirección afín a la *ciencia política*, inglesa, salvo por su estrecha asociación con la sociología, que, ciertamente, no ha ido en detrimento suyo. Gracias a esta íntima conexión con la sociología los fenómenos políticos aparecen en su relación con los acontecimientos sociales en general. Como punto de partida se puso empeño en conseguir un análisis sociológico de la estratificación de la sociedad alemana, y, dentro de

ratura se realizó una ambiciosa tentativa con el fin de calcular sociológicamente lo que la literatura alemana debía a la influencia de las varias tribus y provincias germánicas. Cf. J. Nadler, *Literaturgeschichte der deutschen Stämme und Landschaften*. Sobre sociología de la literatura, cf. Kohn-Bramstedt, "Probleme der Literatursoziologie", *Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung*, 1931.

¹ E. Ehrlich, *Grundlegung der Soziologie des Rechts*, 1913. K. Renner, *Die Rechtsinstitute des Privatrechts und ihre soziale Funktion*, 1929; A. Menger, *Das bürgerliche Recht und die besitzenden Volksklassen*, 5.^a ed., 1927; A. Menger, *Neue Staatslehre*, 4.^a ed., 1930; con mayor amplitud, H. Sinzheimer, *Grundzüge des Arbeitsrechts*, 2.^a ed.; F. Neumann, *Koalitionsfreiheit und Reichsverfassung*, 1932; F. Dessauer, *Recht, Richtertum und Ministerialbürokratie*, 1928.

² Ensayos importantes en este terreno aparecieron en diversas publicaciones sociológicas muy conocidas. Cf. *Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie*, ed. Wiese; *Soziologus* de Thurnwald, y el excelente *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, ed. E. Ledeser, que ha suspendido su publicación recientemente. Cf. más ampliamente la interesante *Ztschr. für Sozialforschung*, ed. Horkheimer. Para el punto de vista socialista de sus dos publicaciones sociológicas, *Die Gesellschaft* y *Neue Blätter für Sozialismus*, cf., en la última los ensayos de Heimann, Löwe y Tillich.

este tema, Geiger¹ hizo una investigación interesante. Con el mismo objeto se intentó una historia de los partidos políticos².

De este modo, al mismo tiempo que se hicieron numerosos análisis concretos y realistas de los aspectos puramente sociales de la sociedad alemana actual, la eficacia de la forma política de esa sociedad fué colocada bajo el proyector de la controversia teórica, y sus valores fundamentales y accesorios fueron discutidos en los términos y a la luz de la nueva perspectiva sociológica³.

Dentro de esta conexión debemos también parar la atención en los instructivos trabajos de Lederer y Marschak, Brinkmann y Gotz Briefs⁴, sobre la estratificación social en la sociedad capitalista. Deberíamos, por último, referirnos a los numerosos trabajos debidos a la pluma de escritores católicos e, *inter alia*, particularmente las obras de Gundlach, Schwer y Jostock.

¹ Th. Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, 1932. Cf. también, J. Nothaas, *Sozialer Auf- und Abstieg im Deutschen Volk*, 1930; v. d. Gablentz-Mennicke, *Deutsche Berufskunde*, 1930; O. Demeter, *Das deutsche Offizierskorps*; E. Kehr, *Die preussischen Konservativen*, 1930.

² S. Neumann, *Die Deutschen Parteien, Wesen und Wandel nach dem Kriege*, 1932.

³ De especial interés es la controversia sobre Estado y Nación; en relación con esto cf.: R. Smend, *Verfassung und Verfassungsrecht*, 1928; lo mismo que las muy conocidas obras de C. Schmitt, Kelsen y de Heller, recientemente fallecido. Aparte de la obra *Die Souveranität*, 1927, del sociólogo político nombrado en último término, su *Staatslehre*, inédita, constituye una preciosa cooperación. Cf. D. Schindler, *Verfassungsrecht und soziale Struktur*, 1932, y G. Salomon, *Allgemeine Staatslehre; Probleme der Demokratie*, 1.ª y 2.ª series, publicadas por la *Deutsche Hochschule für Politik*, 1928-31; también el volumen sobre *Politik als Wissenschaft*, 1931. M. H. Boehm, *Das eigenständige Volk*, 1932. H. O. Ziegler, *Die moderne Nation*, 1931. H. Marr, "Grossstadt als politische Lebensform" en *Grossstadt und Volkstum*, 1927.

⁴ En la *Grundriss der Sozialökonomik*, vol. IX (Die Gesellschaftliche Schichtung im Kapitalismus).

La más instructiva colaboración literaria a la comprensión de la sociedad la constituyen las numerosas novelas, cuyo asunto es la vida social, publicadas en la Alemania de la postguerra. En particular deben mencionarse las siguientes: Hans Fallada: *Kleiner Man, was nun?*; Eric Reger: *Union der festen Hand*; A. Döblin: *Alexanderplatz*; Ernst v. Salomon: *Die Geächtesten, Die Stadt*.

Me gustaría concluir este estudio con la tentativa de sugerir las razones de las diferencias existentes entre la sociología americana, inglesa y alemana¹. La sociología americana se caracteriza por su peculiar afición a una forma de empirismo que me inclinaría a llamar "empirismo aislador", pues mientras la enumeración y descripción de los hechos llega, siempre, a ser más exacta y refinada, las bases constructivas de la vida social están completamente veladas tras la masa de detalles secundarios. Esto parece que debe ser atribuído únicamente al hecho de que los impulsos más urgentes para el desarrollo de la investigación sociológica en los Estados Unidos surgen de los problemas inmediatos que ofrece la vida cotidiana, y que son los mismos que presenta cualquier sociedad colonizadora que se esparce sobre un territorio que brinda posibilidades de expansión y que tiene que desarrollar sus instituciones en un espacio de

¹ Estoy naturalmente enterado de que sólo es posible dar aquí la silueta más superficial de tal comparación. En el análisis precedente no se ha echado en olvido que la sociología no surge *solamente* de la situación sociológica de un territorio particular y que la misma *historia de las ideas* transmite su influencia de uno a otro país y de uno a otro autor. Pero mi punto de vista—que puede ser sustanciado por cualquier análisis claramente exacto de la influencia que la literatura de un país ejerce en la de otro—es que en el proceso de comprensión y asimilación esos factores y elementos se arrojan por la borda, lo que no tiene importancia para el fin particular y la perspectiva del recipiente de influencias ajenas, y que, por el contrario, son puestos de relieve aquellos factores que derivan de situaciones y actitudes similares a las del recipiente.

tiempo relativamente corto. En tal sociedad los problemas más vitales y difíciles afloran uno a uno, y el estudio social se concentra en la solución de estos problemas aislados. Aquí tenemos una razón para el predominio en la sociología americana de cuestiones como la de los *gansters*, la de la delincuencia, la del conflicto entre las distintas razas que viven en la misma región territorial, la de la adaptación psicológica de los emigrantes, de todos los problemas que surgen de necesidades particulares en momentos especiales. Pero, como más arriba se ha señalado, los fenómenos que no llegan a manifestarse son: el conjunto social, las fuerzas dinámicas que actúan sobre él y los problemas de clase que en la sociedad existen. El problema de la totalidad social aparece velado a causa de la creencia en que si las dificultades en las instituciones carentes de complejidad y en las situaciones particulares se resuelven de una manera equitativa, el conjunto social se revelará a través de un proceso de integración de las soluciones de dificultades sociales particulares. Tal creencia es posible en tanto que existan aún vastas reservas territoriales sin explotar y numerosas posibilidades inexploradas. Donde se den estas circunstancias, siempre se puede encontrar una salida a los dilemas sociales. La naturaleza interdependiente de los varios resquicios que la estructura social ofrece no se hace visible porque la elasticidad de su campo de acción es tan grande que en la mayoría de los casos se encuentra una salida libre de dificultades. La manifestación del problema de clase—como más tarde tendremos ocasión de observar—depende muy a menudo de la posición particular de las clases sociales cultas. Desde que son los intelectuales quienes dan expresión teórica al problema de clase, gran parte del carácter de sus teorías dependerá de los conflictos que

hayan experimentado en su propia lucha por la vida. En los Estados Unidos el problema de clase no apareció en largo tiempo porque la *élite* de la sociedad y los grupos más cultos tuvieron la suerte de elevarse mediante la iniciativa individual; donde es posible subir en la escala social valiéndose tan sólo de la iniciativa privada, la existencia de las clases sociales y su naturaleza no se manifiesta.

Las situaciones de Inglaterra y Alemania son similares porque en ambos casos una sociedad ha pasado a través de un largo proceso histórico dentro de los mismos límites territoriales. Pero mientras el desarrollo del pueblo inglés, especialmente desde 1688, ha sido evolutivo y reformista, el del pueblo alemán ha sido más difícil y desigual; especialmente, la reciente historia alemana está llena de convulsiones. La rápida transformación que ahora se está llevando a cabo consiste en esencia en la disolución de viejas formas sociales. Como señalé al principio, logramos la mejor percepción del trabajo de las fuerzas sociales en períodos de rápida desintegración social, tal como el que ahora experimenta Alemania; puesto que en tales épocas se revelan los elementos latentes que obran sobre la sociedad. El problema de clase se hizo inteligible no sólo para los socialistas, sino para todos los grupos de alemanes cultos, porque estos últimos en los recientes años han llegado a convencerse, cada vez más, de que su destino está íntimamente ligado al de los grupos inmediatos a ellos. Era imposible remediar defectos individuales por meras medidas reformativas en una sociedad en la que, debido a la estrechez del campo de acción, ningún elemento social podía concebirse con independencia de los demás. Todos los grupos sociales y políticos estuvieron luchando desde entonces por la transformación radical

del edificio social entero; y cada grupo intentó transformarlo exclusivamente con arreglo a su propio modelo ideológico. Como todos los grupos sociales estaban ansiando cambiar por completo la faz de la sociedad, se vieron obligados a concentrar sus esfuerzos, a un tiempo, sobre el conjunto del organismo social, y no solamente sobre aspectos particulares de dicho organismo.

Volvamos ahora a la sociología inglesa. El desarrollo sociológico inglés, como la naturaleza de la sociología inglesa en general, refleja el apacible rumbo del reciente desenvolvimiento social e histórico de Inglaterra.

Es ejemplo de una disciplina que puede germinar en una sociedad cuyo desarrollo ha sido, por una parte, continuo y libre de choques y sorpresas que caracterizan la reciente historia de Alemania; y, por otro lado, no se ha desarrollado siguiendo un camino lleno de soluciones de continuidad, como la sociedad americana, donde las nuevas instituciones fueron agregadas a las existentes y la sociología no desenvolvió sus problemas interpretando de nuevo su punto de vista tradicional, sino aproximándose a ellos de una manera ingenua, como si se enfrentase con tareas completamente nuevas. Porque el desarrollo de la sociedad inglesa ha sido más continuo y porque su evolución progresiva consistió, mayormente, en la reforma y readaptación de antiguas instituciones, fué posible concebir la raíz del progreso como una evolución apacible por etapas consecutivas. En adelante la sociología estuvo por mucho tiempo encerrada en los moldes del concepto de "progreso por etapas". En contraste con esto el concepto de progreso que mantienen los sociólogos alemanes es el dialéctico; así engloban la primitiva experiencia humana de que la historia es un proceso alternativo de progreso, retroceso y progreso. La sociología inglesa tiene todas las ventajas de su

desarrollo tradicional. La primera consecuencia de un desenvolvimiento social continuo es que la ciencia académica puede proseguir con el mismo ritmo su camino y los problemas singulares se desarrollen y resuelvan con minuciosa exactitud. Si afloran nuevos problemas, no importa dónde, pueden adaptarse al armazón preexistente de las distintas ciencias académicas. Esa es la característica del pensamiento sociológico inglés, aunque se encuentra no sólo en la sociología, *qua* sociología, sino en las diferentes ramas particulares de las ciencias. Lo mejor de la sociología se halla, a menudo, en terrenos académicos, tales como el de la antropología, la historia económica y social, la psicología social, la ciencia política y la ciencia social, tan distintas de la sociología. Esto tiene la ventaja de que gran parte de la sociología está esparcida por varias ramas del saber académico; pero, también, tiene la desventaja de que un panorama que abarque el campo completo de la sociología solamente se obtiene a costa de dificultades, y que ningún especialista en cualquiera de las ciencias antedichas se aventurará a elaborar principios constructivos para integrar los resultados conseguidos por cada una de aquellas ciencias. Siempre que se le muestren las conexiones entre los hechos que particularmente le importan con otros distintos, el especialista replicará que esto excede de los límites especiales de su competencia; haciéndolo así olvida, sin embargo, que, en realidad, los diferentes hechos y factores están engranados y que no le hacen el favor al especialista de desenvolverse en compartimentos estancos. Si echamos una ojeada a la historia de la evolución social en conjunto, podremos decir que el impulso de considerar los hechos en sus mutuas relaciones y no aislados, no se debe nunca a la ciencia misma, sino a las actuales necesidades y apremios de la vida social. Estos impulsos penetraron sólo de modo gradual



en la estructura de la sociología inglesa, y el problema de clase que, como he demostrado, dominaba la sociedad alemana en tiempos de crisis, no apareció en primera línea en la sociología inglesa. Pero desde mi punto de vista hay otra razón para esto. La clase culta, como ya he dicho, es la primera en ver y pregonar estos problemas a la luz de su propia experiencia. En Inglaterra, durante muchísimo tiempo, faltó la experiencia de la estructura de clase porque la sociedad inglesa tuvo siempre el valioso don de absorber los elementos mejor dotados de las clases inferiores. Desde luego, en tanto que esa absorción no se interrumpe, las características de las clases sociales, con todas sus complicaciones, se sienten como algo fluctuante y falto de sentido.

En los últimos años, sin embargo, la necesidad de tomar un punto de vista desde el que pudieran relacionarse los distintos sucesos sociales, ha tenido, también, que realizarse en Inglaterra. La sociología germánica se anticipó a sus hermanas porque se vió forzada por la crisis social a prestar atención a problemas que, más tarde o más temprano, estaban destinados, también, a agitar el resto del mundo; desde el momento que fué la primera que se sintió preocupada por estos problemas, la sociología alemana ideó métodos de observación e interpretación de situaciones generales complejas. Un interés por la conexión funcional entre las diversas partes del organismo social se está haciendo patente en Inglaterra, y en esta conexión también el problema de clase comienza a examinarse seriamente, y su significado en relación con el de las instituciones y ocupaciones previamente aludidas recibe cada vez mayor atención. Este nuevo interés por problemas emparentados con los que afectaban a la reciente sociología alemana, nos facilita el cambio de ideas y la comparación de nuestros métodos y experimentos. Así, pues, la semejanza cada vez

mayor de los problemas básicos sociales a que los diferentes países han de asirse encuentra su reflejo nada menos que en el *rapprochement*, entre las tendencias que el pensamiento sociológico persigue en aquellos países.

KARL MANNHEIM

LA ECONOMIA DE EMPRESA ENTRE NIEBLAS

I

Un importante modo operativo de la economía política consiste, como todos saben, en levantar el “velo crematístico” de los procesos económicos. Es posible, en efecto, librarse de muchas ilusiones considerando la producción y la riqueza nacional, prescindiendo del dinero. Pero por mucho que la investigación económica pueda librarse de la magia del dinero, que con frecuencia prestigia valores que no existen en realidad y crea, en tiempos de especulación, espejismos de riqueza en realidad inexistente, el pensamiento económico práctico no podría hurtarse a la fuerza mágica del dinero. La actividad de empresa está unida indisolublemente con las operaciones crematísticas; el rendimiento en dinero será siempre norma a que se atenga el comercio.

La economía política clásica ha expuesto en luminosos sistemas científicos con qué facilidad el móvil del rendimiento hace que las empresas en armónica cooperación cubran, en régimen de libre economía monetaria, las necesidades nacionales. Entre las premisas más importantes de esas doctrinas figura el supuesto de que precios, tipos de interés y salarios surjan del libre juego del mercado.

II

Esa libre movilidad de los valores, como es sabido, no ha sido nunca realidad en ninguna parte, por lo menos plenamente. Fletes, sueldos burocráticos, alquileres, han permanecido siempre bastante constantes. Sin embargo, el libre juego del mercado llegó a ser casi realidad en el período liberal, en el siglo XIX. Pero en el mismo tiempo en que la libertad industrial y de comercio alcanzaba sus mayores triunfos en los mercados, y hasta como consecuencia de la política liberal, que también estatuyó la libertad de asociación, surgen las agrupaciones obreras con la finalidad de sustituir con tarifas la libre contratación de salarios. Paralelamente se iban desenvolviendo los *cartells* y las convenciones obligatorias de precios, que después de la guerra cobran extraordinaria pujanza. Los *cartells*, los *konzerne*, los *trusts*, cuidan en medida siempre creciente de la fijación de los precios. Las agrupaciones obreras persiguieron una política que asimilaba cada vez más el contrato de trabajo a las condiciones de los funcionarios. Además, y sobre todo, el capitalismo de Estado se extendía tomando bajo su dirección estatal diversos ramos de la producción; la previsión social intervenía con mayor profundidad en el libre juego de las fuerzas. Mientras que en un principio todas estas trabas afectaban a la economía industrial, la grave crisis agraria de los últimos años condujo asimismo a medidas de valorización y a las formas más variadas de regularización de mercados en los dominios de la economía agraria.

Parece natural que la rigidez impuesta por esos fenómenos repercutiera en otros dominios de la economía y disminuyese las oscilaciones de otros elementos eco-

nómicos no afectados directamente, en particular los precios todavía libres y la mano de obra. Las regulaciones económicas podría decirse que surgen de la tendencia a sustraerse a las oscilaciones de la coyuntura, y aun a suprimirlas. Ciertamente que en la economía, como en la tragedia griega, el destino puede cumplirse provocado por los medios mismos ideados para rehuirlo.

Cuando, por ejemplo, regulaciones aisladas de precios no se efectúan armónicamente, las empresas son desviadas por razón de las mismas trabas económicas que deberían encarrilarlas. Ninguna de las grandes economías nacionales ha alcanzado aún el ideal de una regulación general orgánica a la que tienden—esperamos que con éxito—los grandes países capitalistas. Antes bien, se ha llegado a un estado de cosas que podría designarse como sistema semirrígido; en él, aun con el mejor desarrollo del principio económico, tiene que ser especialmente grande el peligro de una crisis.

Según la economía clásica, el tipo de interés es junto al precio el gran regulador de la economía. El interés, según se expresa, por ejemplo, el economista inglés Henderson, actúa como un cedazo que separa limpiamente el consumo de la inversión de capital. El tipo de interés determina la cuantía del producto social destinada al consumo directo y la destinada a la inversión de capital. Del tipo de interés depende, por tanto, que la economía de un país acreciente el consumo o amplíe las bases de la producción. El siguiente razonamiento muestra cuán fácilmente pierde el interés su función reguladora en una economía dirigida: la demanda de capital en la economía libre depende de la rentabilidad: el tipo más alto de interés está determinado por la rentabilidad de aquellas empresas que aún están en condiciones de utilizar ventajosamente el crédito. Al aumentar la rentabilidad debe, por consiguiente, crecer el tipo máximo de interés. Pero

el argumento contrario, hecho valer en Alemania por algunos teóricos en tiempos de alta coyuntura, a saber: que el alto tipo de interés entonces imperante constituía un índice de la prosperidad de la economía alemana, era un verdadero escarnio de la lógica. No vieron que la rentabilidad y el tipo de interés están encadenados a lo sumo cuando se trata de créditos de producción; pero cuando predominan los créditos de consumo, los movimientos del tipo de interés obedecen a un juego de fuerzas esencialmente distinto. Tal cosa ocurrió en Alemania después de la estabilización de la moneda a fines de 1923; primeramente la economía agraria alemana perturbó el viejo mecanismo que regía las oscilaciones del tipo de interés; la inflación la liberó de la mayor parte de sus deudas. Al entrar luego en una dura lucha por la existencia, se vió obligada a recibir créditos de consumo, y tan grandes fueron sus apuros que hubo de hacer caso omiso del nivel del tipo de interés. Pero más importante fué aún el que la Hacienda se dejara guiar casi exclusivamente por el principio fiscal de cubrir sus necesidades, en vez de atender a consideraciones económicas, cuando hubo de acudir al mercado de capitales con una cuantiosa demanda. De este modo quedó rota la relación orgánica del tipo de interés con el proceso de la producción; ésta perdía un importante medio de orientación y regulación. Las empresas, que con la regulación de precios y salarios se veían privadas de un importante barómetro para enjuiciar la situación económica, sufrían con la "falsificación" de las oscilaciones del tipo de interés la pérdida de un instrumento más, gracias al cual habían podido antes armonizar su producción con los intereses de la economía nacional; perdían, pues, en última instancia la garantía de su propio éxito. Privada la economía de toda perspectiva sobre la lejanía y el futuro, ha estado sometida a impulsos

desorientadores: unas veces los precios anormalmente altos han determinado inversiones equivocadas de capital, otras veces tipos de interés exagerados han atraído el dinero a empresas que no podían ser rentables a la larga y habían de conducir a la insolvencia.

III

También de la economía tributaria han partido falsos impulsos. La política tributaria fué marcadamente dominada en el siglo XIX por el principio fiscal, es decir, por la costumbre de establecer en el presupuesto primeramente los gastos determinando en consecuencia los ingresos, la carga tributaria; en la economía privada se procede, por el contrario, supeditando los gastos a los ingresos. Naturalmente, se reconoció pronto que la tributación es parte integrante del arte económico, que ha de tener en cuenta siempre la necesidad de cuidar de la gallina que pone los huevos de oro. En la medida que crecían los gastos de Estado se hizo más y más difícil tener en cuenta las posibilidades tributarias de la producción, y después de la guerra el divorcio de unos y otros intereses se extremó monstruosamente, de modo que las cargas aumentaron no sólo en cifras relativas, sino en valor absoluto. Desde 1913 a 1928 los gastos públicos totales han ascendido en la proporción marcada por los siguientes porcentajes de la renta nacional:

Inglaterra, de 12 a 25.

Francia, de 18 a 24.

Italia, de 16 a 21.

Estados Unidos de América, de 8 a 15.

Alemania, de 16 a 28.

Cuando durante la crisis disminuyó rápidamente la renta nacional, la administración pública se vió obligada

a una considerable disminución de gastos, y sin embargo la carga tributaria aumentó desde 30 por 100 en el año de 1930 al 35 por 100 en 1932. Sólo la muchedumbre y la diversidad de los gastos podían encubrir los peligros que emanaban de semejante estado de cosas. El sistema tributario moderno asemeja un inmenso edificio construido por las más diversas generaciones y los más varios períodos parlamentarios en los estilos más dispares, de modo que el exterior produce un efecto de fantástica grandeza y grotesco abigarramiento. El interior es una confusión laberíntica. Son castillos que estarían bien emplazados en una altura solitaria; utilizarlos para fines prácticos es un absurdo. El presupuesto está unido de la manera más estrecha con las actividades de la economía nacional; la economía del Estado debe adaptarse, pues, a aquélla del modo más exacto.

Un viejo principio de la economía política, formulado ya por los fisiócratas y recogido luego por Adam Smith, dice que un sistema tributario podrá construirse como se quiera, pero que en último término los tributos sólo pueden sacarse de la renta. Aunque la exacción gravase sobre otro punto cualquiera, por ejemplo sobre la producción, ocurriría que por sucesivos endosos sobre los precios serían en último término las rentas las afectadas por la tributación. Ricardo ha objetado con razón que los impuestos pueden ser pagados no solamente con rentas, sino también con capital.

Pero más importante que la cuestión de las fuentes es la cuestión de los efectos del tributo, pues el sistema tributario puede cambiar de tal manera todo el ensamble de precios y costos de la economía, y con ello la rentabilidad de ésta, que las empresas sean impulsadas por determinados derroteros, a veces extraviados por completo. Si, por ejemplo, la exacción grava los gastos de consumo, la renta queda también gravada en parte;

tales impuestos, además, pueden afectar a veces al capital de explotación de las empresas que adelantan los impuestos sobre el consumo, lo que sucede cuando dichas empresas se ven luego en la imposibilidad de endosar el impuesto al consumidor mediante un alza de los precios o un aumento del volumen de ventas. En el caso de que los impuestos graven la empresa de tal modo que la exacción se efectúe sin tener en cuenta la venta al último consumidor, dichos impuestos forman, desde luego, parte integrante del costo de la producción. En tiempos de crisis el endoso de tales impuestos es imposible en gran parte, y la tributación se traduce en déficit o endeudamiento por parte de las empresas. En momentos de prosperidad o de alta coyuntura estos impuestos pueden seducir a las empresas a una política tanto de inversiones de capital como de almacenaje, de producción como de venta completamente contraria a las posibilidades de la coyuntura, y con ello a las exigencias de la economía nacional.

Como en todos los países del mundo aparece el principio fiscal en primera línea de la política tributaria, no hay duda de que los crecientes gastos de Estado han contribuido a una desorientación de las empresas.

IV

La confusión en la economía, y por consiguiente el peligro de la crisis, se acrecentaron fatalmente a causa de las deudas políticas derivadas de la gran guerra. Ya antes de ésta la maraña de los créditos internacionales se había hecho cada vez más densa. Los grandes Estados industriales aparecían como acreedores, con una balanza comercial cada vez más pasiva, y paralelamente una balanza de capitales cada vez más favorables,

frente a los países agrarios y productores de primeras materias, acreedores con balanza de pagos de signo contrario. El intercambio internacional de mercancías no se cumplía, pues, como en sus comienzos jugada por jugada; ya no se daba mercancía por mercancía, sino que en proporciones cada vez mayores se interponían fenómenos crediticios de tal modo que países como Inglaterra y Alemania llegaron a importar, en cuanto al valor, más primeras materias de las que podían devolver elaboradas. Ese excedente representaba un tributo siempre creciente que los países agrarios habían de rendir a los industriales. El pago de intereses era la compensación parcial por la exportación de capitales, que acrecentaba la productividad de los países productores de primeras materias y les permitía la producción de aquel excedente. Ciertamente que en gran parte los pagos de intereses derivaban de que los jefes de empresa europeos que habían adquirido su fortuna en los países de ultramar, volvían a su patria para vivir en ella como absentistas, como rentistas coloniales. No trataremos ahora de si este proceso hacia el absentismo, cuya consecuencia era el empobrecimiento de los territorios agrarios, hubiera sido sostenible a la larga; en todo caso representaba un desplazamiento de la circulación económica más allá de las fronteras de cada una de las economías nacionales. Que en este encruzamiento estaban ocultas posibilidades de perturbación—tal vez porque la cuantía de los intereses sobrepasara a pagar el incremento de productividad esperado de la inversión de capitales—se manifiesta en el derrumbamiento que de tiempo en tiempo experimentaba la moneda en los países coloniales; la deuda, en vez de ser amortizada lentamente, quedaba eliminada de un golpe.

La gran guerra, por lo que respecta a muchos de estos entrecruzamientos crediticios que caracterizaban

la estructura económica de aquellos tiempos, ha hecho borrón y cuenta nueva. Las relaciones entre acreedores y deudores fueron invertidas de un modo grotesco. Pero ese estado de cosas producido por un golpe de fuerza no podía durar sino un momento. Quizá hubiera sido posible estabilizarlo por largo tiempo; pero entonces las relaciones comerciales hubieran debido adaptarse a las nuevas relaciones del capital, cosa que, como es sabido, no ocurrió. Especialmente los Estados Unidos no se acomodaron a su papel de señores, a ser la mayor de las naciones acreedoras, y emprendieron una política comercial adecuada sólo a una posición de deudor. Se condujeron como un hombre sobre el que hubiera recaído una enorme herencia, y que sin embargo siguiera cobrando el subsidio de parado. Pronto hubo de reconocerse que era absurdo que un país acreedor dificultara la importación, única cosa que hubiera permitido al extranjero pagar los intereses de su deuda; sin embargo, aún hoy no se ha conseguido llevar a la realidad política esa sencillísima verdad económica, simplemente porque los intereses de los acreedores y comerciantes de aquel país—intereses justificados sin duda en lo privado, cada uno de por sí; pero inconciliables desde el punto de vista de la economía nacional—no han podido ser armonizados.

Durante años la contradicción quedó latente porque el producto de tributos e intereses podían equilibrarse mediante inversiones de capital en los países deudores. Pero en realidad se trataba de un proceder de prestamista que, continuado, conduce siempre y en toda circunstancia a la catástrofe. La cual puede desarrollarse en muy diversas formas.

Señalemos sólo una conexión fatal: una de las causas de la crisis mundial ha sido la superproducción in-

dustrial en los Estados Unidos y el simultáneo y extraordinario incremento de la especulación en valores.

Una de las causas de que la producción creciera tan exageradamente y de que tuviera lugar una tan extrema sobrevaloración de las posibilidades de rendimiento y de riqueza fué la abundancia de capitales, que crecía de modo inorgánico, favorecida por el pago de las deudas de guerra. Este fenómeno se manifestó sobre todo en una afluencia de oro que abarrotó las cajas de tal modo que los bancos, el mercado de dinero y, en consecuencia, el mercado y la inversión de capitales llegaron a perder todo criterio razonable para su actuación.

Las deudas de guerra ejercieron en los países deudores, por el contrario, una creciente presión tributaria, sometiéndolos a monstruosos gravámenes. Con ello se debilitó la capacidad de consumo, así como la de comprar a los países acreedores mercancías que dada la creciente superproducción exigían urgentemente una pronta venta.

De esta manera la falsa regulación de los precios, alzas inorgánicas del tipo de interés, crecimiento de los presupuestos de los Estados y política tributaria puramente fiscal, se unieron a las deudas políticas internacionales en una irremediable confusión de tratados y convenios jurídicos, económicamente de lo más absurdo que pueda darse. Como velos de niebla se tendieron sobre las empresas económicas quitándoles visibilidad y posibilidades de orientación.

Los grandes sistemas económicos que se han desarrollado en la lucha contra la crisis—la acción del gobierno inglés de concentración, el programa de *Recovery* de Roosevelt, el plan nacionalsocialista—se proponen de un modo consciente o inconsciente atacar la confusión en que han incurrido las economías nacionales, que afecta a la estructura de sus valores y a su estructura credi-

ticia. Esos esfuerzos solamente tendrán éxito beneficioso para todo el mundo si se combaten igualmente las graves faltas de sistema que han ido apareciendo en la economía mundial.

ERNST WAGEMANN

INVESTIGACIÓN

EL DESARROLLO DE LA POBLACIÓN INDÍGENA DE AMÉRICA

“La lengua de los números—únicos jeroglíficos conservados entre los signos del pensamiento—no tiene necesidad de interpretación. Hay algo de grave y de profético en estos inventarios del género humano: todo el porvenir del Nuevo Mundo parece inscrito en ellos.”
(HUMBOLDT: *Voyage aux régions équinoxiales*, XI, 174-5.)

¿Qué población tenía el continente americano al entrar en contacto con el hombre occidental? El problema ha tentado a la fantasía y a la investigación científica. Alrededor de cifras imaginarias e hipotéticas han contendido belicosamente los apóstoles de la leyenda negra, los apologistas de un glorioso pasado indígena, los acusadores y defensores del conquistador español o del anglosajón. Las cifras han servido para juzgar una política pasada, y hasta para hacer vaticinios sobre el porvenir cultural del continente.

Las Casas (1) había visto más de tres millones de ánimas en la Española (la actual isla de Haití y Santo Domingo), cantidad que para fray Tomás de Angulo (2) era de dos millones, y para el geógrafo López de Velasco (3) de “más de un millón”. El escritor alemán Albert Hüne (4) calcula que Cuba tendría en 1511, en el momento de la conquista, un millón de habitantes. El historiador chileno Amunátegui (5) cree que la población del antiguo Anáhuac no podía bajar de 10 a 12 millones, cálculo no muy exagerado si se tiene en cuenta que al historiador mejicano Clavigero (6) no le parecía inverosímil la afirmación de algunos autores de que a las fiestas de la consagración del gran templo de la ciudad de Méjico, en 1486, ha-

bían acudido seis millones de indios. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo (7) afirma con insistencia que murieron dos millones de indios en sólo una pequeña parte de la América Central, la Gobernación de Castilla del Oro y Nicaragua, en los dieciséis años de la gobernación de Pedrarias (1514-1530). La población del imperio incaico era, para el investigador peruano Larraburre y Unanue (8), de 10 a 12 millones de almas.

En cuanto a cálculos de conjunto, el geógrafo alemán Sapper (9), en el Congreso Internacional de Americanistas de La Haya (1924), basándose en los medios de subsistencia de la población, supone para toda América de 40 a 50 millones, cantidad que Rivet (10), en su utilísimo resumen sobre las lenguas de América, reduce a un máximo de 40 a 45 millones. El arqueólogo Spinden (11), en 1928, apoyándose fundamentalmente en el resultado de las excavaciones, calcula para el año 1200 de nuestra era una población de 50 a 75 millones, que se habría reducido ya en el momento del descubrimiento. Ultimamente Kroeber (12), el antropólogo norteamericano, extendiendo a toda América sus estudios sobre la densidad de población de las distintas áreas culturales, calcula que la población precaucásica del Hemisferio, el año 1492, era de 8.400.000 habitantes.

¿Indica esa disparidad que el problema es insoluble? ¿No es temerario calcular la población de América cuando no conocemos de aquel entonces, con relativa certeza, la población de ninguna región de la Península? El estudio de la población se ha transformado, después de Malthus, en una ciencia rigurosa, en la medida en que pueden serlo las ciencias sociales. Los estudios de economía política, el análisis de las condiciones climáticas y geográficas, el concurso de la investigación histórica y arqueológica, desentrañan la vida de las poblaciones prehistóricas. Se ha calculado la población del antiguo Egipto (5-10 millones), la de Atenas y el Pireo en el siglo v antes de Cristo (110.000-115.000 habitantes), la de las Galias en la época de César (6,75 millones, con un 40 por 100 de tolerancia) y la de la Roma antigua (13). En el caso de la población americana, los empadronamientos realizados por el régimen colonial en distintas épocas, los repartos de indios en las encomiendas, los cálculos de los misioneros y de los cronistas, los libros de confesión, los libros de las tasas y tributos de la Real Hacienda, junto al conocimiento de las condiciones de existencia en cada una de las áreas culturales, permiten apreciar ten-

dencias y fijar, dentro de ciertos límites, unas cifras que sirvan de índice aproximado de la realidad. En estas páginas nos remontaremos paulatinamente desde la actualidad hasta 1492, de lo conocido a lo desconocido. Desde luego, sólo aspiramos a señalar un camino para investigaciones más completas.

I. POBLACIÓN INDÍGENA EN LA ACTUALIDAD.

Las dificultades para calcular satisfactoriamente la actual población aborígen de América prueban el valor relativo de todos los cálculos sobre el pasado. No hablemos de la inexactitud y anacronismo del sistema estadístico de algunos países. Se presenta, ante todo, una dificultad: ¿qué es hoy un 'indio'? En la estadística norteamericana, la designación tiene un valor político: indio es el miembro de la tribu, el que vive en las reducciones, las "reservas", bajo la tutela del Estado, aunque no tenga a veces ni 1/64 de sangre indígena. En la estadística mejicana de 1910 y de 1921 tiene un valor lingüístico: indio es el que habla la lengua indígena exclusivamente. En la estadística de otros países no se hace distinción entre indio y mestizo (al que en Centroamérica se designa con el nombre sugestivo de 'ladino'), y hasta se ha llegado a hablar de una raza mestiza como "raza oficial". En ninguna parte tiene la designación un valor étnico: de forma racial se ha transformado por lo común en forma de vida. Además, los datos son a veces resultado de cálculo más que de censos rigurosos (14). Con estas reservas, veamos el cuadro aproximado de la población actual, entendiendo por 'actual' el año 1930 (p. 118).

Tomada en su conjunto, esa población de casi 16 millones de indios aparece perdida dentro de la enorme población del continente. Pero ese 6,31 por 100, aun sumado al 12 por 100 de mestizos, no da idea de la verdadera magnitud del problema. Sumemos aisladamente los resultados de Méjico, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay, y obtendremos 13.134.700 indios y 14.688.278 mestizos. De modo que, en ocho países hispanoamericanos, tenemos el 82 por 100 de la población aborígen del continente. Pero aun hay más. Dentro de esos países, la población indígena está concentrada en los distritos rurales en proporción que pasa a veces del 90 por 100 del total, y hasta hay regiones donde se desconoce aún la exis-

I. Población indígena en la actualidad.

	Poblac. indig.	Población mestiza	Población total	Porcen- taje indig.
I. AL NORTE DE MÉJICO:				
Groenlandia.....	16.222	Incluida en indígena	16.630	97,54
Alaska.....	29.983	Idem.	59.278	50,58
Canadá.....	108.012	Idem.	10.100.000	1,07
Estados Unidos.....	332.397	Idem.	122.698.191	0,27
<i>Total.....</i>	<i>486.614</i>	<i>Idem.</i>	<i>132.874.099</i>	<i>0,36</i>
II. MÉJICO, ANTILLAS Y AMÉRICA CENTRAL:				
Méjico.....	4.620.886	9.040.590 (55 0/0)	16.404.030	28,16
Antillas (1 ^a).....	Extinguida.	400 (0,004 0/0)	9.150.000	
Guatemala.....	1.299.927	649.963 (30 0/0)	2.165.000	60
Honduras Británicas....	2.565	5.130 (10 0/0)	51.300	5
Honduras.....	171.952	591.832 (69 0/0)	859.761	20
El Salvador.....	287.522	1.006.327 (70 0/0)	1.437.611	20
Nicaragua.....	212.706	319.058 (50 0/0)	638.119	33,33
Costa Rica.....	3.193	5.322 (1 0/0)	532.259	0,6
Panamá.....	42.897	249.583 (53 0/0)	467.459	9,17
<i>Total.....</i>	<i>6.641.648</i>	<i>11.868.205 (37 0/0)</i>	<i>31.705.539</i>	<i>20,94</i>
III. AMÉRICA DEL SUR:				
Colombia.....	250.000	3.925.500 (50 0/0)	7.851.000	3,18
Guayana inglesa.....	7.379	Incluida en indígena	318.312	2,31
Guayana holandesa....	2.000	Idem.	139.869	1,42
Guayana francesa.....	2.368	Idem.	44.202	5,35
Venezuela.....	136.147	804.000 (25 0/0)	3.216.000	4,23
Ecuador.....	960.000	600.000 (30 0/0)	2.000.000	48
Perú.....	3.711.140	1.352.340 (22 0/0)	6.147.000	60,37
Bolivia.....	1.890.000	1.120.000 (32 0/0)	3.500.000	54
Brasil.....	1.250.000	8.054.530 (20 0/0)	40.272.650	3,10
Paraguay.....	142.519	600.000 (60 0/0)	1.000.000	14,25
Uruguay.....	Extinguida.	95.154 (5 0/0)	1.903.083	
Chile.....	101.118	2.213.606 (51 0/0)	4.287.445	2,35
Argentina.....	638.425	9.300.000 (25 0/0)	12.000.000	0,32
<i>Total.....</i>	<i>8.491.096</i>	<i>19.065.130 (23 0/0)</i>	<i>82.665.661</i>	<i>10,27</i>
<i>Resumiendo los resultados parciales:</i>				
I. Al Norte de Méjico.	486.614	Incluida en indígena	132.874.099	0,36
II. Méjico, Antillas y América Central.	6.641.648	11.868.205 (37 0/0)	31.705.539	20,94
III. América del Sur...	8.491.096	19.065.130 (23 0/0)	82.665.661	10,63
<i>Total de América...</i>	<i>15.619.358</i>	<i>30.933.335 (12 0/0)</i>	<i>247.245.099</i>	<i>6,31</i>

tencia del blanco. Bastan las cifras, por sí solas, para evocar un cúmulo de problemas políticos y culturales.

Limitémonos, por ahora, a uno de esos problemas. ¿Tiende la población indígena a aumentar o a disminuir? Veamos, como mera ilustración, unos datos parciales:

Los indios cayapoes del Brasil, en número de cinco a seis mil en 1896, no pasaban de 1.500 a 2.000 en 1906, y eran apenas 50 en 1929. Observemos los indios fueguinos y patagónicos: de unos 3.000 yahganes en 1860 quedaban 100 en 1913 y unos 60 en 1931; de los onas (los afamados "patagones o gigantes" de las antiguas crónicas) se calculaban, en 1891, 2.000 indios; el profesor Martín Gusinde, al visitarlos en 1919, encuentra 279 supervivientes, de la tribu de los Selk'nam, de los cuales, al volver en 1931, sólo quedaban 84, que llevaban una vida miserable (16).

Casos semejantes se registran en toda la extensión del continente. A través de la selva ha resonado la voz angustiada de los indios (y de los blancos) agonizando bajo el régimen de trabajo de las caucherías. Aun hoy el indio del Perú (y de otros países) entrega sus hijos a las familias de la ciudad, con la única condición de que los mantengan. En Méjico, el país que más se ha distinguido por una política indianista, la insurrección de los yaquis en 1926-1927, durante la presidencia del general Obregón, fué reprimida con una campaña exterminadora, que recuerda las de Porfirio Díaz (del mismo modo que los levantamientos indígenas del Ecuador, Perú y Bolivia, recrudecidos en los últimos años). Por otra parte, ¿qué habrá quedado de los indios del Chaco después de terminada la guerra paraguay-boliviana? En la práctica sigue en vigor el viejo dicho: "el mejor indio es el indio muerto" (17).

He ahí, repetido hoy, el proceso que condujo a la extinción de los indios de las Antillas y el Uruguay, y que los desalojó, en toda América, en la hispana como en la anglosajona, de las costas y de las regiones en que el suelo ofrecía mayor rentabilidad. Este proceso se produce en lo que podríamos llamar zona periférica, zona de choque: la población indígena disminuye en ella, con tendencia a la extinción, por inadaptación a condiciones de vida impuestas, por falta de inmunidad ancestral para las enfermedades occidentales, por la acción continuada y pacífica del mestizaje.

Pero junto a esa zona periférica, en que continúa la penetra-

ción exterminadora del hombre occidental (conquistador hoy como entonces), hay otra zona, que podríamos llamar nuclear, en la que el indio, a pesar de convivir en parte con el blanco y el mestizo, predomina étnicamente y continúa, en el "ayllo" peruano o en la comunidad mejicana, estancado en su evolución, la vida nostálgica de sus antepasados. Forman esta zona los grandes núcleos de la población indígena del continente, los más densos, y abarca también las "reservas" del Canadá y de los Estados Unidos, en las cuales, a favor de una legislación tutelar y de la necesidad de mano de obra barata, han mejorado las condiciones de vida en los últimos decenios. En esta segunda zona la población indígena se encuentra en vías de aumento, compensando, con ligero exceso, las bajas de la zona periférica (18).

Es evidente que este doble proceso de descenso y ascenso no se puede producir al margen del desarrollo político y económico de cada país. Estamos en presencia, en todo el continente, de un hondo movimiento indianista e indianófilo, que se expresa en el arte y en la política: Indoamérica, como enunciación de una entidad cultural y étnica, frente a Hispanoamérica. Hay quienes quieren (en Méjico) suplantar a los Reyes Magos por Quetzalcoatl. Hasta se oyen las voces exaltadas de un nuevo racismo, de un retorno al imperio de los incas y de los aztecas. Los poetas del Paraguay alternan sus rimas hispánicas con versos en melodiosa lengua guaraní. Surgen todos los días instituciones nuevas para estudiar al indio, para proteger al indio, para educar al indio. Los partidos políticos, sobre todo el movimiento obrero y socialista, han procurado atraer al indio a su causa, y, en efecto, el indio asoma en el panorama político como un elemento más del despertar de las masas, de "la rebelión de las masas".

¿Estamos en vísperas de un renacimiento de las civilizaciones indias de América? ¿Nos encontramos—como se ha dicho en el caso de Méjico—ante una indianización progresiva y general?

Si, efectivamente, como indican las estadísticas, la población indígena aumenta, podría creerse que la raza (o las razas) de América, en vez de extinguirse, marcha hacia una floración. Pero no nos engañemos con los números. Ese aumento es infinitamente menor que el del resto de la población, y esos indios son cada vez menos indios, son cada vez más mestizos, incluso en países como los Estados Unidos y Groenlandia. A través de

la zona periférica, el blanco y el mestizo siguen penetrando en la zona nuclear. El Estado moderno no puede renunciar al aporte de esas enormes masas de población inasimilada, y el sistema administrativo, el servicio militar, el trabajo asalariado, el comercio y la escuela, junto a la generalización del idioma español y del traje moderno, han de ser activos instrumentos de esa asimilación. "Incorporación del indio a la vida nacional", ha sido una consigna de la revolución mejicana de 1910. "Incorporación", "asimilación", es decir, desindianización (19).

Hay aún más de un millón y medio de indios en Méjico que no saben hablar español y que usan la propia lengua (mejor dicho las lenguas propias) como único medio de comunicación. Pero esa cantidad disminuye continuamente (1.960.306 en 1910, 1.820.844 en 1921) y la penetración del español, hasta en las regiones más apartadas, se produce a un ritmo y con una profundidad que asombraba al geógrafo alemán Sapper, que visitaba los países centroamericanos con veinticinco años de intervalo. El español inunda el léxico, la morfología y hasta la sintaxis de las mismas lenguas indígenas. Penetración del español es penetración de la cultura occidental. Es, en el mejor de los sentidos, mestizaje cultural, y, de nuevo, desindianización.

¿Qué conclusión se desprende de estas consideraciones? Si el proceso continúa como hasta ahora, si en la vida política de las naciones americanas continúa manteniendo la hegemonía el blanco o el mestizo occidentalizado y en la vida económica prosigue la tendencia moderna a la industrialización, la zona periférica envolverá cada vez más a la zona nuclear, y, a pesar del aumento relativo de la población indígena—es la hipótesis de Sapper—, en dos o tres siglos el indio se habrá diluido enteramente dentro de la población blanca.

2. POBLACIÓN INDÍGENA AL DECLARARSE LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA (1810-1825).

La población indígena de este período se obtiene, en forma relativamente satisfactoria, de dos obras de Alejandro de Humboldt: el *Ensayo político de la Nueva España* (1811) y el *Viaje a las regiones equinoxiales del Nuevo Mundo* (1823-1830) (20). Puede ponerse en duda el valor absoluto de las cifras (insuficiencia de las estadísticas, enormes regiones aún inexploradas),

puede, legítimamente, parecer reducida la cantidad de indios que calculaba en estado de independencia (820.000 en total); pero, de todos modos, Humboldt, que había recorrido gran parte del continente desde 1799 a 1804, que tenía una visión objetiva de sus problemas, que dispuso de fuentes excepcionales de información, que revisó manuscritos y estadísticas, que discute y reelabora científicamente las cifras oficiales, da una visión que hay que considerar bastante aproximada.

Si se tiene en cuenta que durante el período 1810-1825 se desarrolla, intermitentemente, la guerra de la independencia, con las trabas consiguientes para el crecimiento demográfico, puede admitirse, en líneas generales, que las cifras de Humboldt representan la herencia dejada a los países nacientes de Hispanoamérica por el régimen colonial. Con los materiales dispersos (y a veces divergentes) en ambas obras de Humboldt y con algunos datos complementarios, hemos compuesto el cuadro de la página siguiente, que da la población de América hacia el año 1825 (21).

Comparado este cuadro con el anterior, se desprenden inmediatamente las siguientes conclusiones:

1. La población indígena ha pasado en toda América del 25,10 al 6,31 por 100, pero de 8.634.301 a 15.619.358 (si se consideran únicamente los países hispanoamericanos, sin las Antillas, del 43,2 por 100 al 14,4 por 100). Es decir, aumento absoluto de 6.985.057, pero descenso relativo.

2. La población total ha crecido desproporcionadamente en las tres Américas, que tenían entonces casi la misma población (aproximada a la de España, que se calculaba en 11.446.000): al Norte de Méjico, de 11.468.835 a 132.874.099; en Méjico, Antillas y Centroamérica, de 11.243.000 a 31.705.539; en Sudamérica, de 11.819.701 a 82.665.661.

* * *

Examinemos ligeramente ambos resultados:

¿Es el aumento de la población indígena una consecuencia del régimen independiente? Los gobiernos de la Revolución procuraron atraerse al indio a su causa. Las proclamas y decretos invocaban la fraternidad americana y suprimían los tributos, la encomienda, la mita, los pongos, los anaconazgos y toda clase de servidumbre personal. Las repúblicas recién constituídas se

2. Población indígena hacia 1825.

	Indios	%	Blancos	%	Negros	%	Mest. y mulat.	%	Población total
I. AMÉRICA AL N. DE MÉJICO:									
Groenlandia.	6.000	100	Incl. en indig.				Incl. en indig.		6.000
Alaska.	17.000	95,32	835	4,68			Idem.		17.835
Canadá.	400.000	3,47	550.000	80,89			Idem.		680.000
Estados Unidos.			8.575.000	79,65	1.920.000	17,83	Idem y negros		10.765.000
<i>Total.</i>	<i>423.000</i>	<i>3,68</i>	<i>9.125.835</i>	<i>79,57</i>	<i>1.920.000</i>	<i>16,75</i>			<i>11.468.835</i>
II. MÉJICO, CENTROAMÉRICA Y ANTILLAS:									
Méjico.	3.700.000	54,48	1.230.000	18,12	Incl. en mul.		1.860.000	27,40	6.800.000
Antillas.	Extinguídos		482.000	16,95	1.960.000	68,95	401.000	14,10	2.843.000
Centroamérica.	880.000	55,70	280.000	17,72	Incl. en mul.		420.000	26,58	1.600.000
<i>Total.</i>	<i>4.580.000</i>	<i>40,85</i>	<i>1.992.000</i>	<i>17,76</i>	<i>1.960.000</i>	<i>17,48</i>	<i>2.681.000</i>	<i>23,91</i>	<i>11.243.000</i>
III. AMÉRICA DEL SUR:									
Venezuela (Cap. General de Caracas).....	120.000	15	212.000	26	62.000	8	408.000	51	800.000
Colombia (Aud. S. Fe).....	700.000	35,38	430.000	21,73	Incl. en mest.		848.000	42,87	1.327.000
Ecuador (Aud. Quito).....									550.000
Guayanas {inglesa.....}	20.000	8,36	8.965	3,75	190.421	79,53	20.000	8,36	239.386
{holandesa.}	701	4,05	1.035	5,98	15.579	89,97	En neg. e ind.		17.315
{francesa.}									1.400.000
Perú.	1.130.000	46,16	465.000	19	Incl. en mest.		853.000	34,84	1.100.000
Chile.	200.000	31,74							630.000
Argentina.	1.000.000		320.000	13,55	Idem.		742.000	31,41	1.716.000
Bolivia.	100.000								40.000
Paraguay.	600	1,50							
Uruguay.	360.000	9,14	920.000	23,35	1.960.000	49,75	700.000	17,76	4.000.000
Brasil.	3.631.301	30,96	2.357.000	20,10	2.228.000	18,48	3.571.000	30,46	11.819.701
<i>Total.</i>	<i>8.634.301</i>	<i>25,10</i>	<i>13.474.835</i>	<i>39,16</i>	<i>6.046.000</i>	<i>17,57</i>	<i>6.252.000</i>	<i>18,17</i>	<i>34.531.536</i>
<i>Resumiendo los resultados:</i>									
I. Al Norte de Méjico.	423.000	3,68	9.125.835	79,57	1.920.000	16,75	En ind. y mest.		11.468.835
II. Méjico, Centroamérica y Antillas.	4.580.000	40,85	1.992.000	17,76	1.960.000	17,48	2.681.000	23,91	11.243.000
III. Sudamérica.	3.631.301	30,96	2.357.000	20,10	2.166.000	18,48	3.571.000	30,46	11.819.701
<i>Total de América hacia 1825</i>	<i>8.634.301</i>	<i>25,10</i>	<i>13.474.835</i>	<i>39,16</i>	<i>6.046.000</i>	<i>17,57</i>	<i>6.252.000</i>	<i>18,17</i>	<i>34.531.536</i>

apresuraron a proclamar, en la Constitución o en leyes especiales, la emancipación del indio y su igualdad jurídica con el blanco. El general San Martín, al penetrar en el Perú, declaraba (decreto del 17 de agosto de 1821): "En adelante no se denominará a los aborígenes indios o naturales; ellos son hijos y ciudadanos del Perú, y con el nombre de peruanos deben ser conocidos." Hasta llegó Bolívar (7 de abril de 1824) a decretar que los indios eran propietarios de las tierras que trabajaban. Los llamamientos, por si el indio no los entendía, iban escritos en su propia lengua, como en otro tiempo el catecismo de los conquistadores y misioneros (22). ¿Pero no habían proclamado la libertad del indio las declaraciones de Isabel la Católica y de Carlos V? ¿No habían abolido la encomienda y la servidumbre personal las Leyes Nuevas de 1542?

Veamos la participación del indio en la guerra de la independencia y en el nuevo régimen. Es verdad que los indios de Méjico van a engrosar la infantería del ejército revolucionario de Hidalgo, divididos por pueblos, armados con palos, flechas, hondas y lanzas, y llevando consigo a las mujeres y a los niños; pero allí los habían conducido los gobernadores de los pueblos y los capitanes de las cuadrillas de las haciendas, sin consultar su opinión. Se han hecho célebres en la historia mejicana los regimientos de indios mayos, del Estado de Sonora, pero lo corriente es que a los indios no les correspondiese alistarse en las filas, sino abastecer a los ejércitos, a veces a los dos ejércitos adversarios. En suma: el papel de siervo de la gleba, y nada más. Podrá un indio zapoteca como Juárez llegar a presidente de Méjico, pero sólo en la medida en que personalmente deja de ser indio, y, en efecto, su política liberal inicia, a pesar de sus medidas protectoras, una ofensiva de los grandes terratenientes mejicanos contra los indios. No debía ser muy grande la solidaridad de los indios con el nuevo régimen cuando los mayas del Yucatán, en 1847, inician la guerra para exterminar a los blancos. Y no debía ser muy completa la igualdad de derechos entre blancos e indios, proclamada solemnemente en 1833, cuando un gobierno criollo, en 1848, bajo el apremio económico (es verdad que el caso es aislado), llegó a autorizar la venta de indios yucatecas a los esclavistas cubanos (23).

La historia hispanoamericana del siglo pasado ha significado, en grandes líneas, la lucha de las formas políticas urbanas frente al caudillo rural, que llega a atar su caballo en la plaza mayor de

las grandes capitales. ¿Representa ese caudillo—casi siempre un mestizo—la continuación del viejo capdiello español, o más bien la del cacique indígena con su instinto antiurbano y su plumaje de colores? El indio, inconsciente de lo que había sucedido en las ciudades, incapaz de comprender el enciclopedismo que exaltaba la mente de la juventud liberal, quedó débil e indefenso, a merced de los nuevos terratenientes, especie de señores feudales, dueños absolutos de vidas y haciendas, los verdaderos usufructuarios de la revolución.

Ahora bien; si en vez de tomar las cifras globales, se analiza país por país, se nota, junto al proceso total de aumento, una tendencia parcial a la disminución. Veamos la Argentina, por ejemplo. A principios del siglo pasado contaba con una población indígena de unas 200.000 almas, y el indio llegaba casi hasta las puertas mismas de Buenos Aires. Hoy quedan unos 40.000 indios, vegetando en las regiones más incultas del país (la Patagonia, Tierra del Fuego, Neuquén, Santiago del Estero, el Chaco). Este resultado es obra del régimen independiente, y en "la pacificación del desierto" pudieron el tirano Rosas y el general Roca adquirir laureles militares y acrecentar sus timbres políticos (hay que tener en cuenta el carácter belicoso de los indios, que organizaban "malones" periódicos contra las poblaciones de los blancos). Pero en esa "pacificación" no hay que olvidar el proceso colonizador, la afluencia en aluvión de inmigrantes europeos, que no sólo han desalojado de las zonas agrícolas al indio, sino también al mestizo: el gaucho rioplatense es hoy sólo un tipo de evocación literaria o una mera forma de vida o de carácter.

El caso argentino no es excepcional. A principios del siglo pasado quedaba aún en el Uruguay más de medio millar de indios, resto de los charrúas que habían batallado indomables contra españoles y portugueses. La extinción absoluta es consecuencia de una campaña del ejército de la Revolución, en 1832, ordenada por el general Rivera a ruegos de una junta de hacendados. Los últimos tres ejemplares de la raza murieron en Europa, después de haber satisfecho, en las ferias francesas, los intereses del empresario y la curiosidad del público (24).

De manera semejante, Chile ha arrojado a los indios hacia el Sur del Bío-Bío, y otros países—Bolivia, Perú, Ecuador—, aunque no con el mismo ritmo, los han desalojado de las llanuras, desplazándolos hacia las mesetas, a más de 2.000 metros

de altura. Los revolucionarios de Venezuela habían encontrado alberge entre los indios de los Llanos en momentos de adversidad. ¿Qué queda hoy, con todo ello, de los indios del Orinoco? Los otomacos, tan afamados por su valor como por alimentarse de tierra (el hecho ha sido comprobado por todos los viajeros, incluso por Humboldt), eran bastante numerosos en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando rivalizaban en catequizarlos capuchinos y jesuitas (su número se calculaba en cuatro mil). Hoy quedará—como de sus vecinos, los guamos, taparitas, yaruros y guahivos—apenas un centenar de indios dispersos.

La época independiente de América ha significado la incorporación a la vida económica de enormes zonas donde el indio campaba a sus anchas, y si el conquistador iba tras la quimera del Dorado, la empresa moderna ha llegado hasta el corazón mismo de la selva en busca del petróleo o del caucho. Dentro de ese proceso, no quedaban más que dos recursos: la proletarización del indio pacífico y el exterminio del indio bravo.

Pero además de los factores señalados, no hay que olvidar el carácter exterminador de las epidemias de origen europeo, especialmente las viruelas. En los Estados Unidos, por ejemplo, se han señalado, por su carácter mortífero, las de 1781-1782, 1801-1802, 1837-1838; una fiebre, en 1830, mató 70.000 indios de California, y una malaria en Oregón y Columbia, ese mismo año, asoló las tribus de la región y exterminó prácticamente a los indios que hablaban las lenguas de la familia Chinook (25).

Y, con todo, la población indígena, en su conjunto, casi se ha duplicado en el transcurso de un siglo. Hay que admitir, pues, que junto al proceso de extinción que hemos descrito—proceso de la zona que hemos llamado periférica—, y que se produce en toda América como consecuencia de las epidemias, de la guerra, de la expulsión del indígena de las zonas vitales, del régimen de trabajo, hay un proceso que compensa con creces el anterior, es decir, hay una zona, la que hemos llamado nuclear, en la que el indio sigue su desarrollo, a un ritmo lento, es verdad, pero donde las epidemias y las guerras son, como en el desarrollo de todos los pueblos, meros accidentes dentro de una curva ascendente. En esta zona, además, el crecimiento de la población indígena desde mediados del siglo pasado se explica sin duda por las mismas causas que el aumento de la población de Europa, como una consecuencia del proceso capitalista en su etapa naciente (mayor rendimiento de la agricultura, multiplicación de

la riqueza y de los medios de subsistencia) y del progreso de la medicina y de la higiene, que han quitado a las epidemias, sobre todo a la de viruelas, su carácter exterminador y que han reducido considerablemente en todas partes el índice de mortalidad. En suma, el mismo proceso que ha multiplicado la mano de obra barata en los grandes países europeos.

* * *

En cuanto al desarrollo de la población total desde el siglo pasado, Humboldt cita la opinión de un viajero que predecía para Méjico, en 1913, 112 millones de habitantes, y para los Estados Unidos, 140 millones. Humboldt, no tan optimista, afirma que "sin entregarse a esperanzas demasiado halagüeñas, se puede admitir que, en menos de un siglo y medio, la población de América igualará a la de Europa" (que entonces tenía cerca de 200 millones de habitantes y hoy, a pesar de la corriente emigratoria, unos 500 millones). La inmigración del siglo pasado no ha sido el único factor en el crecimiento norteamericano, a pesar de su enorme importancia (5.246.613 inmigrantes, por ejemplo, de 1881 a 1890). ¿Hay que admitir entonces que en el desarrollo demográfico de los países indoamericanos la población indígena ha constituido un peso muerto? El Salvador, cuya población, sin aporte inmigratorio, se ha decuplicado en el siglo y medio último para llegar a ser hoy el país de mayor densidad de la América continental, parece probar lo contrario. Hay que considerar entonces, para explicarse ese desarrollo desigual, las condiciones históricas del siglo pasado y, sobre todo, las condiciones económicas. El auge demográfico de los Estados Unidos —como el de los grandes países industriales de Europa, en contraste con el de España— es resultado, en lo esencial, de su portentoso desarrollo económico.

(Continuará.)

ANGEL ROSENBLAT.

NOTAS

(1) ... "que habiendo en la Isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay de los naturales della dozientas personas" (*Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Año 1552. Edic. facsim. de la Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos, III, pág. 9). Las Casas fué a las Indias en 1502, y escribió la *Brevísima relación* en 1542. En la página 33 dice que en doce años (1518-1530), desde el descubrimiento de la Nueva España, los conquistadores habían matado allí "a cuchillos y a lançadas y quemándolos vivos mujeres y niños y moços y viejos más de cuatro cuentos de ánimas". Página 9: más de 500.000 indios en las islas de los Lucayos. Página 20: más de 600.000 ánimas "y creo que más de un cuento" en las islas de P. Rico y Jamaica. Estos y todos los demás datos numéricos son equiparables a los 30.000 ríos y arroyos, 12 tan grandes como el Ebro, el Duero y el Guadalquivir, y unos 20-25.000 riquísimos de oro que vió en la vega de Maguá, de la Española (pág. 14). El abate JUAN NUIX, *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, Madrid, 1782 (edición italiana de 1780), ha escrito un alegato, igualmente tendencioso, contra las afirmaciones de Las Casas.

(2) ... "quedará toda esta tierra [Tierra Firme] despoblada de indios, como lo está la Española, donde se contaron dos cuentos de ánimas cuando allí entró el Almirante y no se hallarán agora 200 indios" (Carta de Fr. Tomás de Angulo, obispo de Cartagena, al emperador, 7 de mayo de 1535). Citado por SACO, *Hist. de la esclavitud de los indios*, La Habana, 1932, I, 72-3.

(3) *Geografía y descripción universal de las Indias*, recopilada por el cosmógrafo-cronista JUAN LÓPEZ DE VELASCO desde el año de 1571 al de 1574. Madrid, 1894, págs. 97, 99.

(4) ALBERT HÜNE, *Historisch-philosophische Darstellung des Neger-Sklavenhandels*, 1820, I, 137. (Citado por ALEJANDRO DE HUMBOLDT, *Voyage aux régions équinoxiales*, XI, 325.)

(5) DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR, *Las encomiendas de indígenas en Chile*. Santiago de Chile, 1909, I, 29.

(6) FRANCISCO SAVERIO CLAVIGERO, *Historia antigua de Méjico* sacada de los mejores historiadores españoles y de los manuscritos y de las pinturas antiguas de los indios. Traducida del italiano por José Joaquín de Mora. Londres, 1826, 2 tomos. (La dedicatoria del autor es de 1780.) Libro IV, pág. 185, nota.

(7) GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar Océano*. Madrid, 1853, tomo III, pág. 172, libro XXIX, cap. XXXIV. (También cap. IX, X, págs. 38, 43.)

(8) *Ateneo*, de Lima, tomo II. (Citado por SANTIAGO I. BARBERENA, *Historia de El Salvador*, II, S. Salvador, 1917, pág. 81.)

(9) KARL SAPPER, *Die Zahl und die Volksdichte der indianischen Bevölkerung in Amerika*. Proceedings of the twentyfirst International Congress of Americanists, celebrado en La Haya, agosto 12-16 de 1924. La Haya, 1924, págs. 95-104. (Véase pág. 100.)

(10) En *Les langues du monde* par un groupe de linguistes sous la direction de A. Meillet et M. Cohen. París, 1924, pág. 601.

(11) H. J. SPINDEN, *The Population of Ancient America*. *Geographical Review*, N. York, XVIII, 1928, 641-660 (reprod. por la Smithsonian Institution, Annual Report 1929, 451-471, Washington, año 1930).

(12) A. L. KROEBER, *Native American Population*. *American Anthropologist*, vol. 36, 1934, 1-25. (Véase pág. 24.)

(13) ETTORE CICCOTTI, *Valore e utilizzazione di dati statistici del mondo antico con particolare riguardo alla popolazione dell'Antica Roma*. Actas del Congreso Internacional de Estudios sobre la población, Roma, 7-10 sept. 1931. Tomo I, 1933, 377-399. Gran parte del volumen I (páginas 371-708) está dedicado a problemas de demografía histórica. Véase, además, EUGENE CAVAGNAC, *Population et capital dans le monde méditerranéen antique*, Estrasburgo, 123.

(14) Señalamos la fecha de los datos utilizados en el cuadro:

GROENLANDIA, 31 oct. 1930. ALASKA, censo de 1930. CANADÁ, indios en agosto de 1933, poblac. de 1930. E. UNIDOS, censo de 1930. MÉJICO, censo de 1930. GUATEMALA, poblac. de 1930, indíg. del censo de 1921. HONDURAS BRITÁNICA, cálculo empírico. HONDURAS, cálculo para 1930. EL SALVADOR, datos para 1930 de D. Rodolfo Barón Castro (obra inédita). NICARAGUA, cálculo para 1930. C. RICA, cálculo de 1930 (mestizos calculados empíricamente). PANAMÁ, censo de 1930. COLOMBIA, cálculo para 1930; sobre el censo de 1928 (160.436 indios sólo en algunas circunscripciones), se calculaba 9,44 por 100 indios, 9,30 por 100 negros y 50,45 por 100 mestizos y mulatos; el censo de 1918 sólo da 158.000 indios (el de 1912, 231.158). GUAYANA INGLESA, censo de 1931. GUAYANA HOLANDESA, censo de 1921. GUAYANA FRANCESA, cálculo aproximado sobre el censo de 1925. VENEZUELA, población de 1930, indígenas del censo de 1926; mestizos calculados empíricamente. ECUADOR, cálculo para 1930. PERÚ, cálculos del *Banse's Lexicon*. BOLIVIA, cálculo para 1929. BRASIL, cálculo de Horta Barbosa (1921); población de 1930; mestizos calculados empíricamente. PARAGUAY, cálculo de 1929; calculamos empíricamente los mestizos. URUGUAY, cálculo para 1930; mestizos calculados empíricamente. CHILE, censo de 1930; cantidad de mestizos empírica. ARGENTINA, población indígena del censo de 1914. (Los datos proceden de las siguientes fuentes: las informaciones periódicas del *Journal de la Soc. des Américanistes de Paris*; la *Géographie Universelle* de LA BLANCHE et GAULOIS; la *Enciclopedia Italiana*; el *Ewald Banse' Lexicon der Geographie*, Munich, 1933; MANUEL GAMIO, *Comentarios sobre la evolución de los pueblos latino-americanos*, en *Actas del Congreso Internacional de Estudios sobre la Población*, Roma, I, 1933, 265-274; el *Annuaire Statistique de la Société des Nations*, 1933-1934; el *Statesman's Year Book* de M. Epstein, 1933, y de algunos trabajos especiales.) Véase nota 18.

(15) Los 400 mestizos de las Antillas son en realidad zambos, caribes con mezcla de sangre negra. Se encuentran en Dominica y San Vicente, y es el último resto de la antigua población antillana. También se ha señalado al O. de Cuba una colonia con sangre indígena. (SAPPER, *op. cit.*, 102; SPINDEN, *op. cit.*, 648, n. 11; *Enciclopedia Italiana*, s. v. "Honduras".)

(16) *Journal de la Soc. des Amér. de Paris*, XXI, 1929, 291-2; JOHN M. COPPER, *Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 63, Washington, 1917, pág. 4; MARTÍN GUSINDE, *Die Feuerland-Indianer*. I: *Die Selk'nam*. Mödling bei Wien, 1931, págs. VI, 91.

(17) Véanse *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, XIX, 1927, 404-5; XX, 1928, 403; XXII, 1930, 390; MOISÉS SÁENZ, *Sobre el indio peruano*, Méjico, 1933, y *Sobre el indio ecuatoriano*, Méjico, 1933.

(18) Veamos algunas cifras para formar una idea aproximada (incluimos también unos datos que amplían el cuadro de la población indígena en la actualidad): GROENLANDIA: 1860-1880, 9.650-9.700 habitantes (casi no quedan hoy esquimales puros). ALASKA: 1890, 25.354; 1900, 29.536 (unos 2.500 mestizos); 1910, 25.331. CANADÁ: 1901, 128.000 (2,4 por 100); censo de 1911, 105.492 (1,46 por 100), 1921, 110.815 (1,3 por 100). E. UNIDOS: 1870, 313.712; 1877, 276.540; 1885, 344.064; 1887, 243.299; 1890, 248.253; 1900, 270.540 (otro dato de la misma fecha, 237.196); 1910, 265.683; 1920, 244.437 (cálculo del Bureau of Indian Affairs, en oposición al censo: 336.379); 1926, 349.964 (véanse además WISSLER, *The American Indian*, N. York, 1922, 403-412, y FREDERICK WEBB HODGE, *Handbook of the American Indians North of Mexico*, Washington, 1907-1910, s. v. Population). Los indios Pueblos de los Estados Unidos han aumentado el 22,2 por 100 de 1915 a 1925, año en que contaban con 10.565 habitantes. (Véase *Journal de la Soc. des Am. de Paris*, XVIII, 1926, 388, y XIX, 1927, 404.) En 1910, la tercera parte de los indios eran ya mestizos. MÉJICO: censo de 1900, 37 por 100 de indios (= 5.170.211) y 43 por 100 de mestizos (= 5.850.502), de los cuales 3.971.434 hablaban las lenguas indígenas; censos de 1910 y 1921, 1.960.306 y 1.820.844 que hablan exclusivamente las lenguas indígenas. GUATEMALA: censo de 1893, 883.228. VENEZUELA: en 1890 se calculaban 326.000 (66.000 independientes, 20.000 sometidos, 240.000 civilizados). GUAYANA HOLANDESA: un dato de 1910 da 52.369 aborígenes. GUAYANA FRANCESA: en 1901, 1.885 indios. ECUADOR: un cálculo de 1926 daba 662.000 indios (M. SÁENZ, *op. cit.*, habla de más de un millón). BOLIVIA: en 1926 se calculaban 1.698.670. BRASIL: sobre el censo de 1890 se calculaban 1.290.000. ARGENTINA: cálculos oficiales dan 40.000. Véase, además, nota 14.

(19) En Méjico es donde mayores han sido los esfuerzos para la incorporación del indio. (Véase ROBERT RICART, *L'"incorporation" de l'indien par l'école au Mexique*, en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, XXIII, 1931, 47-70, 441-457; una noticia complementaria en el mismo *Journal*, XXV, 1933, 199.) Sobre el mismo problema en otros países, véase MOISÉS SÁENZ, *Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional* y *Sobre el indio ecuatoriano y su incorporación al*

medio nacional, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Méjico, 1933.

(20) *Ensayo político de la Nueva España*. Madrid, 1818. *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Monde*. París, 1816-1831, 13 vols. (t. IX, 1825, 160-183; XI, 1826, 55-75, 86-103). Humboldt da como población total, para 1823, 34.942.000 habitantes.

(21) Los porcentajes están calculados, no sobre la población total (que a veces está dada en números redondos), sino sobre la suma rigurosa. Los 420.000 indios independientes de Sudamérica los hemos distribuido empíricamente: 20.000 en las Guayanas, 100.000 en Colombia y Ecuador, 100.000 en el Perú y Chile, 100.000 en el Paraguay y 100.000 en el Brasil. La *Géographie Universelle* de La Blache et Gaulois calcula para GROENLANDIA menos de 6.000 habitantes en 1801. En ALASKA, en 1821, 391 rusos, 444 criollos y 8.384 indios, sin calcular las tribus del interior; en 1867, unos 20.000 sobre 30.000 habitantes (*Enc. Italiana, Enc. Británica*). E. UNIDOS y BRASIL: Humboldt da 890.000 mulatos y mestizos, cantidad que hemos dividido empíricamente; en los Estados Unidos había 285.000 libres de color y 1.665.000 esclavos, y en el Brasil, 1.020.000 y 2.060.000, respectivamente. MÉJICO: un cálculo de 1804 da 5.840.000 habitantes (2.500.000 indios, 1.000.000 criollos, 75.000 españoles); otro de 1810 (Navarro y Noriega, véase ALAMAN, *Historia de Méjico*, I, Ap., 71), basado en los curatos, y sin duda más exacto, da 6.122.354 (1.107.367 blancos, 3.676.281 indios y 1.338.706 mestizos, de éstos 500.000 mulatos y 9 a 10.000 esclavos). El empadronamiento del virrey Revillagigedo (1793) arrojaba para un territorio doble del actual 4.483.529 habitantes (que Humboldt distribuye en 2.500.000 indios, 1.095.000 blancos, 6.100 negros, 1.231.000 mestizos); ERNEST GRUENING, *Mexico and his Heritage*, 69 (cit. por Simpson, *The Encomienda in New Spain*, 126, nota), registra (1805) un millón de blancos (18 por 100), dos millones de mestizos (38 por 100) y dos millones y medio de indios (44 por 100). EMILIO CECCHI, *Messico*, Milán, 1932, pág. 84, apoyándose en las cifras de Gruening, cree en una indianización progresiva. CENTROAMÉRICA: un censo de 1778 (citado por JUARROS, que lo considera reducido en un tercio, y por Humboldt y Spinden) da 797.214 habitantes; R. BARÓN CASTRO, *La población de El Salvador* (ms.) da datos interesantes sobre la población centroamericana. Según el censo de 1810, el istmo centroamericano apenas tendría 646.000 habitantes. (BARBERENA, *op. cit.*, 84.) VENEZUELA: en 1787 se calculaban 333.110 habitantes; en 1802, 728.000; un censo de 1792, 42.615 sobre 86.083 habitantes en Cumaná y Barcelona; otro, de 1780, 16.499 indios, 1.479 blancos, 620 negros y 1.018 pardos y zambos en la provincia de Guayana. Humboldt calcula, para 1800, 25.000 indios en la provincia de Cumaná (15.000 en las Misiones de Caripe), 30.000 en la de Barcelona (24.700 en las Mis. de Piritu; un censo les asignaba en 1792, 30.431; otro, de 1799, 23.278), 34.000 en la de Guayana (17.000 en las Mis. de Caroni, a las que un cálculo de 1797 asigna 16.102; 7.000 en las del Orinoco; un recuento de 1796 da, en las Mis. del Orinoco, Casiquiare y R. Negro, 7.298), y unos 10.000 independientes en el delta del Orinoco y en las selvas. CODAZZI, *Resumen de la Geografía de Venezuela*, 241, registra en 1839, 20,2 por 100 de indios, 28,8 por 100 de blancos, 5,5 por 100 de

negros y 45,5 por 100 de razas mixtas. COLOMBIA: en 1770, 800.000 habitantes; 1802, 728.000; 1807, 975.972; 1811, un millón (aproximadamente, 12.000 españoles, 300.000 criollos blancos, 406.000 de color). En 1839 se calculaban 222.415 indios (52.415 independientes, 14.000 sometidos, 155.000 civilizados). ECUADOR: la población está calculada parcamente, pues ya en 1778 se asignaban 531.799 habitantes a la Audiencia de Quito. GUAYANA FRANCESA: cálculos oficiales para el 1 de enero de 1824. GUAYANA HOLANDESA: a fines del XVIII, 60.000 esclavos (*Géographie* de LA BLACHE et GAULOIS). GUAYANA INGLESA: en 1817, 100.000 esclavos (*Idem*); en 1841, 98.154 habitantes, sin incluir los indios independientes. PERÚ: cálculo de 1793, un millón de habitantes (600.000 indios, 240.000 mestizos, 40.000 esclavos); el abate NUIX, *Reflexiones imparciales*, Madrid, 1782, pág. 130, dice que Robertson concede al Perú casi dos millones y medio de indios, y que según la cantidad de las bulas que se despachan todos los años, los españoles, mestizos y mulatos ascienden a tres millones; según el censo del virrey Gil de Taboada y Lemos, sólo quedaban, a fines del XVIII, 608.899 indios (BARBERENA, *op. cit.*, 85). CHILE: según un censo de 1813, 980.000 habitantes; el censo de 1831, poco más de un millón; el de 1843, 1.083.801. BOLIVIA: el cálculo de Blackenridge (1818), 1.716.000 habitantes (Cochabamba, 317.000 indios sobre 535.000 habitantes; Potosí, 230.000 sobre 315.000; Charcas, 154.000 sobre 246.000; La Paz, 231.000 sobre 400.000; Santa Cruz de la Sierra, Moxos y Chiquitos, 220.000 habitantes (NUIX, *op. cit.*, dice que había cerca de 100.000 indios Chiquitos y 20.000 Moxos); el censo de 1831, 1.088.000 habitantes (LA BLACHE et GAULOIS, *Géographie*), seguramente incompleto. PARAGUAY: en 1818 (cálculo de Blackenridge, cit. por Humboldt), 140.000; NUIX, *op. cit.*, 131, dice que había (1780) 200.000 guaraníes (Brasil, Paraguay y Argentina). FÉLIX DE AZARA, *Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata* (Madrid, 1847, 2 tomos), registra 97.480 habitantes a fines del XIX (I, 529-530). URUGUAY: 30.685 habitantes (blancos, pardos y negros) en 1793 (cálculo de AZARA); en 1818 (cálculo de Blackenridge), 50.000 (con Santa Fe y Entre Ríos). ARGENTINA: en 1818 (cálculo de Blackenridge), 530.000 habitantes (prov. de Buenos Aires, 130.000 indios sobre 250.000 habitantes; prov. de Córdoba, 25.000 indios sobre 100.000 habitantes; algunos calculan 400.000 blancos en 1810 para la Audiencia de Buenos Aires); en 1837 (cálculo de Parish), 675.000 habitantes. Véase además AZARA, *op. cit.*, I, 344-346. BRASIL (para mestizos, véase E. Unidos): S. Hilaire calculaba 800.000 indios sobre 4.396.132 habitantes, cantidad que a Humboldt le parecía exagerada; cálculo de 1796 (Correa da Serra), 1.900.000 habitantes; cálculo de fines del XVIII (Santa Appollonia), 3.248.000 habitantes (1.010.000 blancos, 250.000 indios, 406.000 libertos, 1.582.000 esclavos negros y mulatos); cálculo de 1808 (Souza Coutinho), más de cuatro millones; cálculo de 1818, 3.617.900 habitantes (1.728.000 negros, 159.500 negros libres, 843.000 blancos, 628.000 mestizos, mulatos y zambos, 259.400 indios); cálculo de 1825 (CASADO GIRALDES), cinco millones de habitantes (*Enc. Italiana*). AMEDÉE MOURE, *Les indiens de la province de Matto Grosso*, París, 1862, pág. 4 (citado por CARRANCÁ y TRUJILLO, *op. cit.*, 134), calculaba en su tiempo cuatro millones de indios.

(22) Sobre textos quechuas, aymaraes, guaraníes, véanse RODOLFO SCHULLER, *Apuntes para una bibliografía de las lenguas indígenas de la América del Sur* (*Revista histórica*, Lima, VIII, 1925, 51-60); RODOLFO LEHMANN-NITSCHKE, *Anciennes feuilles volantes de Buenos Aires ayant un caractère politique, rédigées en langues indigènes américaines* (*Journal de la Société des Américanistes de Paris*, XXII, 1930, 199-206), y J. T. MEDINA, *Bibliografía de las lenguas Quechua y Aymará*, Nueva York, 1930, núms. 50-57. Sobre el indio y la Independencia, véanse las dos obras citadas de MOISÉS SÁENZ, y SANTIAGO MAGARIÑOS, *El problema de la tierra en Méjico*. Madrid, 1932. En los Estados Unidos, en cambio, la ley concediendo el título y los derechos de ciudadano americano a los indios fué promulgada por el presidente Coolidge en junio de 1924. Con todo, la ley debía entrar paulatinamente en vigor, sobre todo en lo referente a los derechos electorales (*Journal de la Société des Américanistes de Paris*, XVII, 1925, pág. 349).

(23) CARLOS R. MENÉNDEZ, *Historia del comercio de indios*, Mérida (Méjico), 1923 (citado por CARRANCÁ Y TRUJILLO, *La evolución política de Iberoamérica*, Madrid, 1925, pág. 134).

(24) Véase ORESTES ARAÚJO, *Diccionario popular de historia de la República O. del Uruguay*, Montevideo, 1901-1903 (s. v. "Charrúas").

(25) WEBB HODGE, *op. cit.*, s. v. "Population".

(26) D. R. Barón Castro estudia este proceso en su estudio, aún inédito, sobre la población de El Salvador.

DOCUMENTOS

VIDAS DE FILÓSOFOS

ESTUDIOS DOCUMENTALES SOBRE SPINOZA Y NIETZSCHE

Damos en esta doble nota un extracto del estudio crítico publicado por A. Rivaud, Revue de Métaphysique et de Morale, Paris, abril, 1934, sobre el libro de Vaz Dias y M. G. Van der Tak: Spinoza, Mercator et Auto-didactus, 'S Gravenhage, Martinus Nijhoff, 1933; y otro del ensayo de P. L. Landsberg, Essai d'interpretation de la maladie mentale de Nietzsche, núm. 9-10, 1934. Revue Philosophique de la France et de l'Etranger.

I

Los documentos publicados por Vaz Días y Van der Tak se refieren a la vida de Spinoza hasta el momento en que sobrevino la ruptura entre él y la comunidad judía de Amsterdam, en 1656.

Parece ser que los judíos establecidos en Holanda, tras de su expulsión de la Península Ibérica, no eran desde luego gentes miserables. En Amsterdam aparecen ocupando distinguidos puestos en la Banca, en la Industria, en el Comercio y, sobre todo, en el mercado de diamantes.

Quizá muchos de ellos vieron transcurrir su infancia—como el mismo Spinoza—en Vlootenburg (distrito de las pulgas); pero los semitas de Vlootenburg no tardaban en cambiar sus sórdidos alojamientos por aquellos otros—mucho más confortables—de Burgwall, barrio agrupado en torno a la nueva Sinagoga.

El abuelo y el padre de Spinoza tuvieron importantes negocios en Inglaterra y Francia. Los dos desempeñan un notable papel en la comunidad israelita. Son "diputados", cerca de la autoridad municipal. Intervienen en el patronato que tiene a su

cargo la protección de huérfanos y muchachas. Forman parte de la Banca de préstamos y créditos, para comerciantes judíos. Los archivos de la comunidad judía y de los notarios de Amsterdam conservan documentos que demuestran la prosperidad financiera de ambos.

En el momento de su muerte, Micaël de Spinoza tiene créditos bancarios por valor de 60.000 florines. Incluso su sepultura, en el cementerio judío de Ouwerkerke, nos demuestra que el padre de Spinoza, y por ende su hijo, vivieron con amplitud, ya que no con opulencia.

Spinoza asiste a la escuela de Talmud-Tora con dos de sus hermanos y con Samuel Casseres, su futuro cuñado y el único de la familia que alcanza la dignidad de rabino. Allí se inicia el filósofo en el estudio de las letras y de los libros santos. Por esta época se conoce la existencia de Isaak, hermano primogénito, de un hermano menor, o gemelo, y de un hermano de padre, Gabriel, que los biógrafos no han mencionado, y parece que fué socio de Spinoza en sus empresas comerciales.

El hecho más interesante que nos revelan los nuevos documentos se refiere a las actividades comerciales de Spinoza hasta su exclusión de la comunidad judía.

En 20 de abril de 1655 el notario Baddel, acompañado de un deudor de Spinoza llamado Duarte, se presenta en casa del filósofo a solicitar una moratoria. Spinoza—que no se encuentra en su domicilio—hace embargar y vender los bienes del deudor aquella tarde misma. A principios de mayo, Duarte protesta ante el notario Adriaan Lock. Un escrito del mismo notario nos hace saber que Spinoza ha transferido un crédito, sobre Lisboa, a su hermano Gabriel, de 870 cruzados portugueses, y, en estos documentos, el filósofo es calificado como “comerciante portugués de esta ciudad”.

Dos años después de la muerte de su padre, Spinoza piensa retirarse de los negocios. Poseía créditos contra los bienes de aquél, que le permiten ser acreedor privilegiado, logrando obtener una hipoteca legal. Sin embargo, resulta oscuro que se le designe un tutor, en esta época, por dos motivos: primero, porque hasta entonces había operado libre y sin tutela, y segundo, porque entre los israelitas, el menor está, por la costumbre, autorizado para ejercer el comercio.

Por este período surge en él la grave crisis espiritual que le determina a buscar relaciones intelectuales fuera de la comuni-

dad israelita. La meditación de los escritos de Descartes le crea una conciencia de su misión.

Su enemiga por la teología tradicional, su deseo de fundar una nueva religión basada en las verdades científicas y lógicas, le atraen el odio de los hebreos. Spinoza se aparta cada vez más de ellos, deja de ejercer el comercio, aunque el no liquidar la sucesión de su padre le permite participar en los beneficios que los negocios producen a la casa.

Desde fines de 1655 Spinoza es vigilado y denunciado por sus correligionarios al Consejo israelita. Se le acusa de frecuentar cristianos y gentes impías y de hablar mal de las Escrituras. Se le hace comparecer ante los Ancianos, y él no pretende defenderse. Se le declara incurso en herejía ("horrendas herejas"), y le culpan de hechos escandalosos ("ynormes obras"). Sentenciado a ser excluido de la comunidad judía, prácticamente anuladas sus actividades comerciales, Spinoza no parece, a pesar de ello, haber vivido en la miseria. Algún testafierro debía operar en su beneficio. Prueba de ello es el interés de sus herederos en proceder a un inventario de los bienes.

Hasta ahora los biógrafos de Spinoza, como von Dunin-Borkowski, Lucas y Köhler, nos lo habían rodeado de una aureola de santidad y ascetismo que encubre los pasajes oscuros de su juventud.

El examen de diversos documentos nos revela más de un misterio en la vida de Spinoza. Su desinterés económico, su pobreza y el haber rechazado las ofertas metálicas de sus amigos, no le impiden disponer de todo el dinero que en ocasiones necesita. Logra siempre evitar las persecuciones contra él, persecuciones en que otros sucumben, por el delito de haber expuesto ideas muy semejantes a las suyas. Conserva el más absoluto y discreto anonimato cuando publica su *Tratado Teológico-Político*, y la *Ética*, que ve la luz después de su muerte, es de un texto tan oscuro que sólo tras un largo trabajo se descifra.

Spinoza ha guardado, toda su vida, la máscara sobre el rostro. No hay que olvidar la divisa grabada en su sello: "Prends garde".

Estos hábitos de disimulo—innatos o adquiridos durante su juventud—son la expresión de una actitud defensiva.

A veces su verdadera fisonomía se descubre, y entonces estremece su capacidad de ironía y de cólera. Las cartas de Spinoza revelan algo de esto, aunque hayan sido expurgadas cui-

dadosamente por los primeros editores. Entonces es cuando Spinoza aparece como un libre pensador preocupado por destruir las creencias de sus contemporáneos.

Los documentos publicados por Vaz Días y Van der Tak nos ponen de relieve esta faceta de Spinoza. El santo laico, ¿no podría convertirse en un terrible realista capaz del más profundo disimulo? Sin duda ha observado las más estrictas reglas de la virtud, pero quizá con móviles nada virtuosos.

Recordemos que la concepción del mundo en Spinoza se deriva de un cartesianismo reformado que obliga a mantenerse en el terreno de los hechos. Excluye, al mismo tiempo que la libertad cartesiana, casi todos los móviles a que recurre la moral tradicional. Así, el sabio, que ha penetrado el verdadero sentido de las cosas, obra conforme a los hábitos comunes y practica todas las virtudes, pero dando a sus actos un valor bien diferente al que el vulgo les atribuye. Sincero consigo mismo hasta la crueldad, cuida de no dar a los espectadores el sentimiento inquietante de que se mueve en un mundo diferente. Se le tiene por un monstruo de disimulo cuando se sospecha el abismo que media entre él y el vulgo.

La imagen tradicional de Spinoza debe, según estos documentos, ser rectificada. Surge de nuevo una discusión que se creía resuelta. Una vez que se reúnan suficientes documentos sobre los veinte años últimos de la vida del filósofo, será ocasión de diseñar una biografía realmente histórica de aquel hombre extraordinario.

II

La enfermedad de Nietzsche interesa a aquel que pretende interpretar sus escritos por la medida en que los ha influido. No hay que olvidar que Nietzsche es un introvertido que busca, no la verdad exógena, sino la verdad en el fondo de sí mismo, en lo más íntimo de su conciencia. Es la suya una "filosofía de la existencia". Una filosofía que tiene por campo experimental el de la vida interior.

El atento examen de la enfermedad del filósofo nos ofrece un medio de penetración en su vida psíquica. Nos permite avanzar en la comprensión del hecho psíquico nietzscheano que pretende plasmarse en su filosofía. No es el azar externo lo intere-

sante, sino la reacción endógena. No lo que ocurre según las leyes naturales, sino lo que, gracias al estímulo fatal, queda al desnudo en la personalidad.

Mœbius ha hecho público el diagnóstico de parálisis progresiva y sus dudosos motivos. Sin embargo, está basado en los "boletines" de las casas de salud de Jena y Basilea. Existen testimonios físicos mióticos y de otros caracteres que permiten afirmar la existencia de una parálisis progresiva, con signos "atípicos", aunque, según Kraepelin, los casos de parálisis estacionarias, de lenta evolución, no son tan raros como se ha pretendido. Stütz declaraba, después de examinar el informe médico publicado por Podach en Jena: "Las indicaciones confirman el diagnóstico de parálisis progresiva; no hay, apenas, duda." Y terminaba afirmando que Nietzsche era "una personalidad esquizoide que pereció de una enfermedad luética de cerebro".

Sobre esto poseemos testimonios psicológicos. El paralítico, preguntado sobre su edad, responde dando la fecha de su infección avariósica. Interrogado Nietzsche, en Basilea, contesta: "Sí, por dos veces en 1866." La fecha del traumatismo de contagio reviste enorme importancia. Nietzsche, enfermo, indica a su madre, en el trayecto de Basilea a Jena, que tendría veintidós años: "Er würde sich noch machen, er sei ja erst 22." La edad de 1866, época que Ziehen indica, no de modo puramente arbitrario, como la del contagio. En aquel año era estudiante en Leipzig.

La angustia moral de Nietzsche, en su edad madura, se revela como tendencia al autocastigo y al suicidio. Los médicos que vieron al enfermo estaban de acuerdo.

Desde que en 1913 se encontró la *Spirochæta pallida* en el cerebro de los paralíticos, sabemos que ésta es la causa de la parálisis. El proceso cerebral es idéntico en todos los casos, pero produce efectos distintos según la persona. ¿No podrían ser los caracteres "atípicos", observados en Nietzsche, rasgo de su personalidad? Los acontecimientos a que están sometidos el cuerpo y el cerebro parece que favorecen o inhiben la vida psíquica, pero manteniendo los trazos personales más salientes. Ferenczi y Hollos, tras de sus investigaciones clínicas, han llegado a concluir que "el factor central de la personalidad subsiste aun cuando el cerebro haya sufrido extensas avariosis".

Los seis últimos meses que precedieron a la aparición innegable de la enfermedad se caracterizan por singularidades muy dignas de atención. En aquellos momentos Nietzsche se encontra-

ba en el apogeo de su productividad. En la segunda mitad de 1888 escribió el *Fall Wagner, Nietzsche contra Wagner, El Anticristo* y *Ecce-Homo*, obras que sólo constituyen un extracto de las notas que dejó acumuladas al morir, y hasta es posible que muchos escritos se extraviasen en el curso de su enfermedad.

Nos lo imaginamos viviendo en continua lucidez extática. Y, no obstante la abundancia, el nivel de su obra no desciende. La sutileza y la fuerza lógica del pensamiento alcanzan su más alto grado. En cuanto al estilo, es, sin duda, *Ecce-Homo* su obra más perfecta. Contrariamente a lo que Möbius asegura, no hay, antes del funesto acontecimiento de 1889, nada en sus libros que no sea comprensible. A no ser que se tome así el sentido profundo de muchas expresiones, que no probarían más que la existencia de lagunas en nuestro entendimiento.

Por el contrario, puede afirmarse que el genio filosófico, psicológico y literario de Nietzsche alcanza su apogeo en 1888, para naufragar con la personalidad en enero de 1889.

Esto es tanto más notable cuanto que la parálisis evoluciona sin descanso. Ocurre algo así como si las fuerzas vitales de Nietzsche mantuvieran un alerta continuo y tenso en lucha con los elementos exógenos, ante cuya brutalidad sucumben de repente.

Si examinamos el conjunto de los hechos, nuestra hipótesis gana terreno. El crecimiento cuantitativo y cualitativo de la producción lleva consigo la generalización y radicalización de tesis preexistentes. Cuando en *Ecce-Homo* nos habla de la grandeza de su destino no hay que creer que se trate de megalomanía, puesto que no carece de sentido crítico. Partiendo de su pensamiento fundamental—antimoral y anticristiano—crea en *Wille zur Macht* una interpretación general del mundo de sorprendente penetración y riqueza.

Su afirmación religiosa, dionisiaca, de la vida se coloca, más poderosa que nunca, por cima de todo juicio reflexivo. Todo esto se interpenetra indisolublemente: afirmación de su misión, peligrosa para sí propio y la humanidad entera; glorificación de sí mismo, sacrificado como víctima propiciatoria, *Ecce-Homo, Dionisos, Christus*; afirmación de la lucha por la vida hasta identificar lo absoluto con la voluntad de poderío.

Pero hay algo más en esta época. No se trata ya del desarrollo de las ideas directrices. Nos conmueve el acento patético, la

fuerza contenida de la frase. ¿No representará este vibrante patetismo una falta de seguridad, un deseo de rechazar otras incitaciones ideológicas? ¿La exaltación de los valores vitales—Rigor, Mal—no encubrirá las tendencias bondadosas y compasivas de Nietzsche? La afirmación del mundo quizá pretenda disimular su inclinación por la muerte. Porque en la personalidad del filósofo hay varias componentes. Afirmativas las unas, negativas las otras. Las últimas en ningún momento dejaron de manifestarse, y de aquí la lucha íntima por anularlas. Quería dominar a todo trance su bondad, casi sensiblera, y su melancolía enamorada de la muerte.

La existencia de Nietzsche está llena de anécdotas, que nos demuestran hasta qué punto tales características integraban su ser. No es que vayamos a decir que existe una oposición entre escritor y hombre. La realidad es más complicada. Nietzsche, tipo esquizoide, es un campo de batalla entre dos fuerzas contrarias que actúan como dos personalidades distintas. Nietzsche no es un "universo", sino un "pluriverso", un todo dinámico de fuerzas entremezcladas. La componente psíquica de afirmación que encontramos en la madurez del filósofo como predominante, no es la única. Bajo ella yace, viva todavía, la componente infantil. Un tiempo preponderante—época de su amistad con Wagner—, ahora la encontramos vencida.

La imagen del Padre ha desempeñado un papel decisivo en la doctrina de Nietzsche.

El Padre es atacado en todas las figuras que lo recuerdan—Dios—. La moral que ataca es, también, la moral de su padre, pastor protestante. Pero el cristianismo natural, la sensibilidad, la tristeza del Nietzsche niño, subsisten, más o menos enmascarados. Los grandes polemistas son esquizoides que viven en lucha con el enemigo interior y lo atacan donde se exterioriza.

Nos encontramos en presencia de los hechos siguientes:

- 1.º Hundimiento súbito de Nietzsche el 3 de enero de 1889.
- 2.º Proceso cerebral que prepara este hundimiento.
- 3.º Paralelamente al proceso, un combate interior cada vez más intenso.

El último hecho aparece bien manifiesto en *Ecce-Homo*—escisión consciente de la personalidad en dos, una sana y otra decadente—. Las dos componentes de Nietzsche. Componente de poderío y componente infantil. El 3 de enero—día de la crisis—

predomina esta última. Se encuentra embargado por una "atroz piedad" que le lleva a abrazar, llorando, a un caballo maltratado por su dueño.

Estas anécdotas no son raras en la vida de Nietzsche.

El momento del hundimiento—desde el punto de vista de la personalidad—no significa un triunfo de fuerzas extrañas, sino de fuerzas latentes, embridadas hasta entonces.

¿De qué manera podríamos relacionar este fenómeno psíquico con el proceso de destrucción cerebral? Conocemos la mutua influencia entre procesos psíquicos y físicos. Sabemos que las funciones psíquicas pueden ser modificadas, y hasta inhibidas, por el cuerpo. Hay, por otra parte, una evidente relación entre la conciencia y el encéfalo. La parálisis, que ataca el cerebro, destruye, precisamente, los movimientos psíquicos conscientes; la subconsciencia y el instinto no son afectados tan directamente. En el caso de Nietzsche la componente psíquica de poderío es la sola que ocupa la conciencia. Puesto que la misma conciencia ha tomado partido por ella y ha rechazado la componente infantil hasta la esfera de la subconsciencia. Pero una vez herida de muerte la conciencia, el equilibrio debido a la preponderancia de lo componente de poderío se rompe, y aparece vigorosa, de nuevo, la componente infantil. He aquí, pues, deshecha la unidad—con tanto trabajo conseguida—de aquella personalidad esquizoide.

Una y otra componente tenían distinto origen: la de poderío, en la voluntad consciente que pretende unificar una personalidad tan compleja; la infantil, en los sentimientos cristianos, ya hereditarios, ya aprendidos en la infancia.

El hundimiento de Nietzsche llega a ser comprensible si se tiene en cuenta su estado de alma en 1888, fecha del apogeo de su combate interno. La enfermedad se encuentra ligada al proceso psíquico, no porque traiga al espíritu de Nietzsche nada nuevo—como antes hemos dicho—, sino porque deshace la componente de poderío en mil pedazos y nos muestra en carne viva aquella componente infantil que la personalidad consciente había relegado a las capas más profundas del "yo".

La lenta evolución endógena que supone semejante cambio aparece de un modo brusco, "revolucionario", al exterior. En la vida del esquizoide son frecuentes cambios afectivos—"conversiones"—rapidísimos; que traducen en dinamismo sentimental

estas evoluciones enfermizas. Recuérdesse la amistad, seguida de odio, de Nietzsche por Wagner.

Quizá pudiera interpretarse como uno de estos hechos el acontecimiento de 1889. La personalidad posterior se disuelve y no deja, apenas, traza; los anteriores estadios evolutivos ocupan su puesto. Estas fuerzas surgidas en la demencia han formado siempre parte de la personalidad. No sólo el caso de Nietzsche, sino los registrados por Schilder en paralíticos, nos permiten concluir así.

Si examinamos ahora los fenómenos que se produjeron después de la trágica fecha, encontramos líneas caricaturescas. Incluso un poco antes de la caída final—28 de diciembre de 1888—escribe cartas que firma “Nietzsche-César”, en cuya grafología se aprecian rasgos patológicos y de las que el sentido autocrítico se halla ausente.

Ya en su vida de enfermo, el estado rudimentario—subliminal—de la componente de poderío se manifiesta por violentos accesos de rabia. Pero duran poco. Los diez años de su enfermedad lo muestran infantil, bueno y tierno. Y aunque, en ocasiones, aparece de otro modo, no hay que creer que sus frases se deban a megalomanía. Así, cuando al llegar al sanatorio de Basilea y exclama: “Yo haré que mañana tengáis un tiempo espléndido”, reviste su pensamiento de formas mágicoprimitivas, cuyo fondo y motivo se encuentran en una bondad infantil infinitamente emocionante. Experimenta lástima de las gentes por el mal tiempo reinante en Basilea. Saluda a su madre con las frases más afectuosas. Pero en el tren que le conduce a Frankfurt resurge su furia, dirigida, precisamente, contra la madre, que le acompaña. Indicio claro de la subsistencia de rasgos personales de su madurez. Las ideas persecutorias pueden relacionarse con los antiguos complejos de autopunición y con los efectos depresivos de la enfermedad. Por otra parte, se aprecia una regresión, cada vez más patente, hacia el pensamiento mágico. Su gusto por la música—ligado a la capa más profunda de su ser—permanece intacto. Una tercera tendencia que se manifiesta durante toda la vida de Nietzsche es la afición al formalismo y al brillante aparato. Deseo de ocultar su estado de ánimo. Deseo vivamente relacionado con la componente psíquica infantil. Ocultación de la sensibilidad hiperestésica de un espíritu demasiado vulnerable. Esta es, según Lou Andreas Salomé, el verdadero motivo de la inclinación de Nietzsche por la mascarada.

Cuestión inútil de suscitar la de si Nietzsche habría podido curarse con los métodos modernos. El alma de aquel hombre tenía bien ganado el reposo tras de haber dado a la humanidad su mensaje arrojando mil sufrimientos.

Creemos, pues, haber demostrado que su vida psíquica es comprensible hasta el final, y que la parálisis cerebral no nos oculta las fuerzas íntimas, permanentes, de su dinamismo interno, sino que, por el contrario, las pone de relieve. La relación, íntima y compleja, de una cierta fatalidad interior y los azares del medio, parece característica para la vida terrestre del hombre. La antropología filosófica debería precisar estas relaciones y el papel limitado de la libertad consciente. Ahí está el caso de Nietzsche como interesante estímulo.

NOTAS

REVISTA DE AMBOS MUNDOS

No tratar de *explicarse*: con esta condición, nadie, en cambio, como el compositor para intentar situar el sentido de la marcha de su arte contemporáneo. Ni esperar que la montaña venga, ni ir a la montaña: recibir al habitante de la montaña. Conocer un continente comunicado por sus pobladores—descubrimiento a la inversa—. La mirada del explorador está, en estricto rigor, sometida a larga discusión, y sólo después del contraste podrá aceptarse como una verdad inconcusa la observación coincidente de muchos viajeros. (Obsérvese, por otra parte, que los exploradores del Mundo Musical no se limitan, generalmente, a *ver*, sino que tratan de *interpretar*.) Frente a esta información de fuera a dentro, la del *nativo* ofrecerá innumerables ventajas. Bien entendido que éste procurará, como todo el que enseña su casa, mostrar sus aspectos más optimistas y hasta, por espejismo, transformar los arroyos en torrentes y los charcos en lagos, pero—aparte una buena fe que hay que suponerle—la presencia de quienes le acompañen hará muy difícil cualquier intento de prestidigitación. El escollo más grave será la presentación de sus coterráneos: el agigantamiento de sus preferidos y el desamor para con aquellos de sus vecinos con quienes se lleve menos bien. Será lo mejor visitar un paisaje despersonalizado—hasta donde esto sea posible: hasta donde el individuo no forme parte del paisaje o haya contribuido a crearlo. (Sutileza importantísima en este planeta creacionista donde conviven los dioses con sus criaturas y hasta con sus parásitos.)

Este Mundo fué inventado—entre 1685 y 1750—por Juan

Sebastián Bach¹. Como los demás Mundos, está en constante ebullición—y hasta en mayor ebullición, si se quiere—, y su materia—como en los otros—no se crea ni se destruye (contra lo que pudiera parecer): se transforma. Gira también eternamente—muy importante—sobre su propio eje, y describe una órbita, desde sus orígenes hasta su destino, que parte del “Clavecín bien temperado” y va a parar al “Clavecín bien temperado”. Como se trata de un Mundo cuya configuración física es modelada por fuerzas no providenciales, sus mutaciones son al propio tiempo naturales y políticas, y no interviene en ellas más fuerza cósmica que la fuerza cósmica de algunos de sus habitantes.

Sucedió que al entrar en el año 200 de su existencia (1900 de la Era Cristiana) abrieron los ojos en él los entonces más jóvenes de sus habitantes; su primer conocimiento les pudo hacer creer que su nacimiento acontecía en un arsenal de objetos de guardarropía: coturnos neoclásicos, peluquines empolvados, golpes del destino en trágico gesto petrificado, pálidas máscaras románticas y negras pelucas de cabellos azotados por la inspiración, conchas de peregrino, dragones de cartón, tarjetas postales policromadas—tan recientemente iluminadas algunas que todavía mancha su fresca acuarela—, y toda una zona del continente recientemente construída con cartón piedra procedente de las manufacturas alemanas—*made in Germany*—. De cada objeto pende un cartelito provocador del respeto y la atención del visitante—*camouflage* destinado a dar cierta verosimilitud al anacronismo—que, en letras de purpurina, dice: TRADICIÓN. Pero aún descubren algo más extraordinario: debajo de cada disfraz, tratando de moverlo con aspecto convincente, aparecen unos hombres con barba jugando a las máscaras con la mayor seriedad. La mayor parte ha sentido una especial debilidad por las enmarañadas pelucas de la inspiración, pero muchos de ellos se han metido en la tripa del dragón y, con su voz más grave, intentan imitar sus mugidos y hacer estremecer la tierra—vano empeño, porque si el dragón no llegó realmente a asustar a nadie cuando mugía a la voz de mando de su inventor, ahora no hace ya más que maullar.

¹ Parece innecesario advertir que se trata aquí de la Música tal como hoy la entendemos. Por lo demás, no he de tratar de explicar ni esta ni otras arbitrariedades que han de ir apareciendo, y para la justificación de las cuales me remito al sentido musical histórico y crítico del lector.

A una momentánea perplejidad va a suceder en seguida un tácito acuerdo y una reacción. Entre los recién llegados hay uno, originario de un lugar donde el tabú—TRADICIÓN—surte menos eficacia—por ausencia de precedentes milagrosos—, especialmente musculado y en quien una broma de tal especie sólo puede provocar la más terrible cólera¹. Tan terrible que, sin más aviso que el primer golpe, se lanza sobre las máscaras aterrorizadas. A su lado aparece en seguida un hombrecillo sonriente de barbas rojas que parece divertirse locamente². Y detrás, la figura gigantesca de un personaje que, oriundo de otros Mundos, se siente compelido—nuevo Santiago Providencial—a tomar parte—¡y qué parte!—y carta de naturaleza en un Mundo Musical al que, en puridad, no aportaba nada, pero en el que iba a hacer posible, de nuevo, nada menos que la razón misma de su existencia: la Música. (Y así, también, en otros Mundos: la Pintura, la Danza...) ³. Este hombre comprende que una batalla inorgánica, por valiente que sea, corre siempre a la derrota: máxime cuando el enemigo tiene para oponer la agotadora blandura de algodón maleable de la resistencia pasiva. Se erige a sí mismo, al propio tiempo, en Jefe del Estado Mayor, Servicio de Inteligencia y Ministro de la Propaganda, y haciendo entrar en la batalla el cálculo a un mismo tiempo fervoroso y frío del Mando Supremo, organiza los ejércitos empleando en cada ocasión la calidad más apta de cada uno de sus generales. Por de pronto pone al malhumorado bárbaro en condiciones de fabricarse su primera máquina de guerra: un mortífero artefacto al que da por nombre (simbólica preescencia de armas que se iban a realizar en otras luchas) “El pájaro de fuego”. Máscaras por máscaras, le ayuda a lanzar luego sobre el Carnaval el Carnaval fingido de “Petrouchka” (donde se usan también ya—otro precedente—las tropas coloniales, bajo el mando del Moro). El dragón, víctima propiciatoria contra quien van especialmente dirigidos los fuegos de esta división, deja pronto de maullar para contar, con ojos aterrados, las víctimas. Los barbudos ejércitos del dragón de Troya se baten por su parte con todas las armas a su alcance. Pero el diabólico adversario parece disponer de un inagotable arsenal de invenciones: día por día va sacándose de la cabeza nuevos, perfeccionados y cada vez más

¹ Igor Strawinsky.

² Erik Satie.

³ Sergio Diaghileff.

potentes artefactos guerreros, y así hasta uno tremebundo y teratológico dentro del cual trae en su ayuda, obedientes a la Magia del Sabio, a sus más terribles ascendientes del Mundo de las Ciudades Rivales, un Mundo cuya realidad está en el Principio del Cosmos y cuyo destino va a ser Consagrar sobre el Mundo Musical la Muerte y la Primavera.

Por el flanco más inesperado, con la más insospechada y estupenda estrategia, el pequeño hombrecillo de rojas barbas atacaba entretanto con unas extrañas armas a las que llamaba "Gymnopedias" o "Piezas en forma de Pera" y "Dúos para trombón y acróbata", desmoralizando al enemigo con sus formidables carcajadas.

Así los encuentra 1914. Los del otro Mundo—los de este Mundo—, contagiados, sin duda, comienzan también a pelearse; y tan violentamente, que sólo cuatro años después tienen ocasión de volver a ocuparse de sus precursores. La lucha dura todavía, ¡pero con qué diferente aspecto! El bárbaro, cubierto el pecho de condecoraciones, empuña ya el bastón de Mariscal y se ocupa en pacificar los últimos reductos: el "rey de la Risa" ha puesto en el Mundo seis hijos¹, que ríen como él y que abren la Corte de Honor del Gigantesco "Deus ex Machina", que sólo tiene ya que recibir los honores debidos a su Corona en una Mansión que le ha traído el "Hada del Beso", en cuyo jardín juegan los "Faunos", cantan los "Rui señores" y corren las "Corzas", y en cuya Corte tienen asiento "Molineras y Corregidores", "Marineros" y "Polichinelas", que escuchan todavía con gustos los mil y un cuentos de "Schehrezada". En las ciudades se abren "Tiendas Fantásticas", y por los campos corren con "paso de acero" "trenes azules"...².

La victoria les ha traído—como siempre—aliados convictos, y—como siempre, también—muchos enemigos, armas y bagajes, se han pasado al vencedor. El ejército, compuesto en un principio por francotiradores, se regulariza y—importantísimo—se "uniforma". Y durante diez años, en orden compacto, campea en el Mundo. Llega entonces para él el peligro mayor (tan mayor que no va a superarlo): va a convertirse—ya sin enemigo—

¹ Georges Auric, Louis Durey, Arthur Honnegger, Darius Milhaud, Francis Poulenc, Madeleine Tailleferre.

² "Ballets" de Strawinsky, Debussy, Pouleunc, Manuel de Falla, Auric, Strawinsky-Pergolese, Rimsky-Korsakoff, Rossini-Respighi, Prokofieff, Milhaud.

en un ejército de Parada. El uniforme abre todas las puertas: todos los habitantes se ponen el uniforme y, cubierto el contrabando por las glorias de la vieja guardia, pasan de matute muchos de los que estuvieron antes en la tripa del dragón. Los jefes van a darse cuenta: para su mayor gloria, dos de ellos, el Gran Lama y el Capitán Barbarroja, van a morir en su *climax* (de una muerte barroca como su destino, y—extraordinario fenómeno—justo cuando acaba de descubrir a uno de los soldados recién aparecidos¹, que va a ser muy poco más tarde uno de los primeros rebeldes a su disciplina, aquél, y sobre la mesa de café de su bohemia riente, éste). Pero con el sabor de la victoria todavía. Cuando todavía es posible cubrirles con una bandera que va pronto—desde la media asta de su duelo—a dejar el mástil a la negra bandera del alba anarquista.

Pero el bárbaro Mariscal sobrevive: se mira al espejo: el espejo le devuelve cien, cien mil imágenes de su imagen. Es él el primero en arrancarse el latón de sus cruces y las estrellas de su bocamanga. Se siente dentro de su uniforme tan disfrazado como los espectros contra quienes luchó: y ante el asombro de los ejércitos, de las dignidades creadas por él, de su corte, de sus heraldos, se lanza, en cabeza otra vez, contra su propio Mundo. Pronto le siguen sus capitanes. Pero esta vez, si la meta es la misma, sólo se puede llegar a ella por caminos distintos. Los recién llegados vienen ya aparejados para esta nueva batalla, en la que el enemigo es “quien marche en la misma dirección”. Muchos antiguos soldados comprenden la llamada: hay que romper con la última disciplina, con la cómoda postura conseguida, con el eco sentimental de antiguas—¡y tan cercanas aún!—victorias. La llamada es igual para todos: buscarse a sí mismos. Con un último abrazo—su primer cuerpo a cuerpo—son de los primeros en dejar las filas los seis hijos de Barbarroja. Esta vez no se volverán a encontrar. En el destino no hay sitio más que para uno. El vencedor será un vencedor con honores imposibles, puesto que reinará sobre los muertos. Y el Destino será: será, de nuevo, la Música.

* * *

España va a aportar, como siempre, su *genius loci*, hasta llegar a entroncarse con el final último. Si para los demás se abre

¹ Igor Markevitch.

el siglo—este siglo—sobre un Carnaval, se abre, al menos, sobre un Carnaval. Para quienes aquí se sientan destinados al Mundo de la Música Pura¹ el despertar acontece sobre un desierto. Un desierto de ruinas tan prestigiosas, tan nobles, tan viejas—como que su animación viviente, gloriosamente viviente, fué bien anterior a todas las glorias de Europa—, tan auténticas, que nadie se ha atrevido a meterse en ellas para intentar hacerse pasar por castellano de tales castillos. Ni siquiera a tomar ejemplo de ellas para reedificar un mundo que no tuvo igual, tomando de él el principio para realizarlo con nuevos materiales y darle un destino posible a las nuevas necesidades. Nadie podía sentirse en la de defender un patrimonio que—por auténtico (en la lucha se atacaban los disfraces, no la nobleza de la ruina muerta)—no era agredido. El abstencionismo, por otra parte —“España renuncia a la guerra como instrumento de política internacional”—, aleja todo peligro, no sólo para la población civil, sino, sobre todo, para quienes tienen la obligación—obligación vital y único riesgo sin el cual la vida no le es posible—de acudir al frente. España es, durante todo un siglo, neutral. Y, naturalmente, neutra: esto es, estéril.

Hasta que, de pronto, en una especie de germinación súbita, abre el chorro de su genialidad, y en una pirueta traza el arco que va a traerla, de la nada, a la vanguardia de la etapa actual. Pero con qué garbo, además. Ni un solo momento, ni en los tiempos de mayor rigidez disciplinaria en los ejércitos regulares, llega la división española a vestir íntegramente el uniforme. Sus generales y sus soldados aparecen, lo más, con el gorriño de cuartel. A la eficacia de su ataque no le es indispensable el uniforme. Practica, como siempre, la guerra de guerrillas y asiste a la batalla con espíritu anarquista. Así, cuando el espíritu anarquista tritura la disciplina de los ejércitos regulares, encuentra ya a la pintoresca división—también muy español—“de vuelta”.

Las almenas, los torreones, los arcos—intactos—de los viejos castillos, se mantienen en pie bajo los detritos de importa-

¹ Hemos de prescindir aquí de la música dramática, única—y nada despreciable—forma de la música española en el siglo XIX. Forma que, por otra parte, muestra una universalidad que nuestras apetencias casticistas se han resistido a tomar como cualidad. Me refiero al italianismo de nuestra zarzuela y hasta del género chico, tema sugestivo, pero fuera de lugar aquí.

ciones que diversas modas y distintos modos han ido arrastrando, acumulando, sedimentando, calcificando, primero a su pie, después hasta enterrarlos. Es Italia—como tantas veces lo hiciera ya antes—quien envía al hombre que, intuyendo la existencia de las ruinas, va a dejar preparado y expedito su descombro¹. En seguida, un noble Conde de Barcelona² va a entrar en ellos para sentirse en la casa de sus mayores: arcones, telas y viejos pergaminos le hacen pensar que los rastrillos hubieron de caer muchas veces sobre caminos que unieran el universo del solar con el Mundo Universal para traer mensajes y llevar mensajeros. Así parte él, cargado de su viejo bagaje, tanteando el destino de la sutil vereda. Nadie, a su alrededor, le sigue. Pero, desde Francia, oyen sus júbilos dos seguidores³. El “Conde Arnau”, acompañado de “Majas y Ruiseñores”, va caminando por los caminos de “Iberia”.

Así los encuentra quien⁴ va a llegar más lejos—al final mismo—por los verdes caminos españoles: hasta el último límite: allí donde todos los caminos se confunden en el gran destino: la Música. Sus precursores han ido cayendo atrás—¿acaso no los ha muerto él mismo, precursor también del Estado anarquista hacia el que, sabiéndolo o no, camina?—; pero realiza todas sus intuiciones. Hasta allí llega como el más noble general de España, y allí obtiene su asiento—cubierto, como un par entre los pares—en la Corte y Consejo de los grandes de aquel Mundo. El ha tendido el arco que renaciendo de entre los muertos de España, hendiendo, venciendo y realizando España, desde la fronda nocturna de sus jardines hasta las aristas de sus Retablos y el viñedo vendimiado de sarmientos quebradizos como cristales en que él ha transformado, con la resonancia de un viejo instrumento, la silueta de los castillos, va a podernos llevar a morir entre los muertos del Mundo o a presidir la imposible victoria de la Música.

Así hemos podido nosotros—los últimos llegados—encontrarnos, españoles, pero en el recinto de la Música universal, en formación para partir de la misma meta universal, a la misma señal universal, hacia el mismo destino universal.

¹ Francisco Asenjo Barbieri.

² Felipe Pedrell.

³ Isaac Albéniz, Enrique Granados.

⁴ Manuel de Falla.

Y una última advertencia: se puede explicar, más o menos agudamente, la Historia de la Música, o la Historia de los Músicos, y hasta la Teoría de una estética. Pero no se puede explicar la Música. (Si tiene *argumento*, malo. Cuando no lo tiene—esto es, cuando, en efecto, es tal música—, no es posible otra explicación que la que ella dé de sí misma.) Por eso la Música a quien pudiera corresponder este comentario no tiene—ni debe tener—nada que ver con lo que se ha dicho. Yo aconsejaría que se oyese olvidando lo que se ha dicho. Sólo, después de escucharla como si hubiese sido escrita por no importa quién, ni dónde, ni cuándo, y sus explicaciones—su claridad enviada por ella misma—resulten válidas, será llegado el momento de situarla y localizarla en el tiempo, en el espacio y en la estética.

GUSTAVO PITTALUGA.

¿NEOCONSTITUCIONALISMO

O SEUDOCONSTITUCIONALISMO?

Perecen y florecen las Constituciones como en los más agitados tiempos de transformación política. Ya sería ello síntoma elocuente de anomalía, pues si toda ley necesita una cierta perduración para poder lograr eficacia, con mayor motivo ha de ocurrir esto cuando se trata, no de una ley cualquiera, sino de aquellas leyes singulares y privilegiadas que se llaman “fundamentales”, y que aspiran nada menos que a servir de punto de arranque a todo ordenamiento jurídico.

El fenómeno, pues, de la mutación frecuente de Constituciones, como el fenómeno de su proliferación exuberante, es algo que estimula escepticismos, en vez de provocar esperanzas. La norma no adquiere valor sino cuando los años han ido revisitiéndola de aquel poder, misterioso y sugestionador, que determina el asentimiento prestado inconscientemente a lo remoto y consagrado.

Pero, además, si el primitivo movimiento constitucionalista se inspiró en sentimientos de individualismo, de fe en la razón,

de afirmación popular, de defensa de libertades, la tendencia actual parece regirse por principios enteramente opuestos. De ahí la preocupación inevitable ante recientes textos que se adornan con el pomposo dictado de "Constituciones", y que, sin embargo, vienen a significar la negación misma de lo que tradicionalmente evocara esta expresión.

Sirva de ejemplo concreto la Constitución austriaca de 1934, nacida en la fecha paradójica (aunque intencionalmente buscada) del 1.º de mayo, y entrada en vigor últimamente.

Sin hacer exposición prolija y detenida de la vida política en Austria desde la terminación de la última guerra, bastará recordar que el Código político votado en 1920 sufrió ya las reformas considerables operadas en 1925 y 1929; pero la modificación había de ser, por lo visto, más honda, y a realizarla se dirige la nueva Constitución fundamental, cuyo carácter revela claramente su preámbulo, donde se dice literalmente:

"En el nombre de Dios omnipotente, de quien emana todo Derecho, le pueblo austriaco recibe la siguiente Constitución, de base estamental, para su Estado federal, alemán y cristiano."

Ante todo, obsérvese que la invocación a la Divinidad no reviste el carácter que hubo de ostentar en tantos documentos del constitucionalismo patriarcal, ingenuo y generoso, de la primera época del nuevo sistema político. Antes al contrario, se arranca de esa misma invocación para dejar sentado un principio importantísimo: el de la fuente misma del Derecho (y del Estado), que se coloca fuera del área humana, en un plano superior. Con ello queda implícitamente negada la posibilidad de una explicación inmanente en lo jurídico y en lo político, y es forzoso acudir a una convicción religiosa para comprender el origen, o la justificación del fenómeno político.

Consecuencia obligada es la situación de pasividad en que se coloca al pueblo. No es éste ya el creador de su propia ordenación jurídica: lejos de asumir el poder constituyente, de encarnar la soberanía correspondiente a la colectividad, el pueblo se limita a *recibir* la norma, cuya elaboración debe estarle reservada (al menos en aquel momento inicial, de impulsión primaria, que es fuente de posibles heteronomías posteriores, democráticamente justificadas por la inserción en un orden precedente, autonómicamente establecido).

La fe en la razón, el convencimiento íntimo de que ciertas verdades se imponen por su propia fuerza apenas se enuncian,

la persuasión profunda de que a la comunidad toca organizarse, sin necesidad de apelar a fórmulas suprahumanas, todo ello se resquebraja o se derrumba, arrastrando consigo los cimientos del viejo constitucionalismo.

Pero, a su vez, arrancaba éste de una estimación sincera de la eminente dignidad del hombre, de una necesidad ineludible de respetar y mantener incólume, frente a cualesquiera dogmatismos, y contra ingerencias abusivas del Estado, una esfera de libertades en que el individuo actuaba como dueño y señor, en tanto no rebasara los límites de aquella misma hipótesis fundamental de libertad que era indispensable para la convivencia. Por eso, la preocupación que traslucen las Constituciones clásicas al trazar una Tabla de Derechos, y también la garantía, cuidadosamente definida, en punto a la propiedad privada, base económica para la debida actuación del individuo.

¿Cómo conciliar la tradición constitucional con los recientes Códigos políticos? ¿Cómo ensamblar, por ejemplo, el sentido estamental, corporativo y gremialista a que ahora se propende, con el clásico constitucionalismo, que veía en las formaciones asociacionales un enemigo peligroso para la libertad individual, presunta víctima de aquéllas?

Si se admite que la Constitución no entraña sino una cierta *forma* de regulación de la vida política, dentro de la cual caben por igual, y con análogo título, todos los contenidos, no cabe negar la legitimidad con que sigue empleándose el vocablo "Constitución". Pero si ésta exige un mínimo de instituciones cardinales y sin ellas no puede lícitamente hablarse de constitucionalismo, la conclusión a que habrá de llegarse es exactamente la contraria: bajo el rótulo de Constituciones vienen apareciendo documentos legales que no merecen realmente tal nombre, que, pulcramente entendido, ha de reservarse para aquellos Códigos políticos donde se respeten por lo menos las que fueron esencias insustituibles del movimiento constitucional.

NICOLÁS PÉREZ SERRANO.

LOS TESOROS DE INDIAS EN LOS PRECIOS DE ESPAÑA ¹

Entre los temas de nuestra Historia, reclama examen detenido la relación en que se encuentra la actitud dominadora del Imperio español, el brillo mismo y apogeo de nuestra espléndida cultura literaria y artística con las fuerzas propias de nuestra economía nacional. No faltan circunstancias y manifestaciones que permiten descubrir un flagrante desequilibrio, apuntado más de una vez, entre el grado de bienestar general y el porte de tanta empresa gigantesca como acomete España; pero importa mucho aplicar riguroso examen y el mayor equipo de pruebas para descubrir los cimientos materiales y la auténtica magnitud de nuestra economía durante el siglo xvi, así como apreciar hasta qué punto se corresponde con el monumento grandioso de la política exterior de los dos primeros Austrias y el prestigio y resonancia de la hegemonía española.

Las campañas militares de Flandes, Alemania, Italia, Francia y las Armadas del Mediterráneo, inexplicables sin enormes dispendios, no hubieran, desde luego, podido acometerse, dispersas y simultáneas, sin el oro y la plata de Indias; mas los mismos tesoros, no por estimular aquéllas, llegan a evitar catástrofes como las padecidas por la Hacienda Real en junio de 1557. La bancarrota ya la presentía, en sus últimos años de reinado, Carlos V; abiertamente la declaró su hijo, con todas las anuencias precisas, incluso las teológicas, en su "primer decreto", que no fué, por cierto, el único de este género. Siguen en bien corto plazo las de 1575 y 1607. Documentalmente, consta el papel que las remesas indianas tuvieron en los anticipos de los Fúcares, y en qué medida, tanto éstos como los banqueros genoveses, absorbían desde fuera, con ímpetu, los caudales que vertían sobre Sevilla. Resplandece una y otra vez la situación privilegiada que en momentos de tanta gravedad acapara a las más conocidas firmas de banqueros y mercaderes extranjeros. No deja de haber en ello testimonios de cómo la economía española, en momentos de supremacía política de nuestros monarcas, padecía la presencia de defectos consustanciales. Así

¹ Con motivo del libro de E. F. HAMILTON, *American Treasure and the Price Revolution in Spain (1501-1650)*, Harvard University, 1934.

se proclama de continuo una persistente incongruencia entre los laureles del Imperio y la dotación del erario; y no puede sorprender que, incluso dentro del marco del estilo cortesano propio de las comunicaciones diplomáticas, sus redactores, con tanto ingenio como indiscreción, pongan al descubierto preocupaciones y penurias. Si el mismo Sandoval no es muy reservado, ¿cómo extrañar que Tiépolo explique la solicitud pecuniaria de Felipe porque tiene "*impegnate le entrate sue per 35 millione d'oro*"; o que Soriano declare—al decir de un secretario suyo—al mismo rey "*senza prattica, senza soldati, senza donari*"? Del mismo tenor, Ranke aporta, sobre sus fuentes predilectas, numerosas referencias.

Mas hasta ahora, desgraciadamente, falta una interpretación de la Hacienda española de aquellos tiempos, que descansa sobre nuestros materiales fidedignos. Sólo sobre ellos pueden explorarse los que, dentro de España, continúan siendo parajes incógnitos. El material disponible, acumulado en su parte mayor en Simancas, es tan rico como numerosa la serie de interrogaciones que espera. En saber formularlas está la clave del acierto.

La importancia documental del conocimiento de la Hacienda radica en que el fisco opera sobre la vida misma de la economía. La naturaleza de los impuestos o exacciones y de los restantes ingresos, cualquiera sea la política que los inspire y las imperfecciones de la administración en un momento dado, dan ya por sí una imagen indirecta del tipo y grado de riqueza predominante de la organización social coetánea y de otros aspectos que constituyen buena parte del objetivo básico de la historia económica.

Con una buena tanda de averiguaciones fragmentarias, ceñidas a un aspecto circunscrito de la vida económica, se logrará que terminen las absorbentes generalizaciones cuya insistente e inválida reiteración no puede prevalecer, y cuya mejor crítica está en percibir su caducidad frente a la verdad precisa de un dato documental por mínimo que sea.

Ha precedido con frecuencia al examen y aun a la consulta detenida de las fuentes el propósito de mantener determinadas conclusiones, que enlazadas en su mayoría a criterios políticos, han pretendido derivar de ellas explicaciones concluyentes de nuestra economía. Así como es aventurado explicar nuestro apogeo político y cultural bajo los primeros Austrias con la orga-

nización económica y el grado de bienestar de la vida española, y no puede desconocerse que muchas de las empresas de aquellos monarcas en el continente contribuyeron a que grandes sumas de dinero salieran del país sin dejar en él rastro beneficioso en la economía peninsular, del mismo modo para conocer cuáles fueron sus características no cabe otro camino que la determinación de las modalidades de nuestra riqueza, el volumen de nuestra población, las actividades a que ésta se dedicó de preferencia, la participación que tuvo en la propiedad del suelo, las formas de aprovechamiento de éste, la representación de nuestra industria y las manifestaciones del comercio, dejando de lado otros problemas a que se ha atribuido una importancia decisiva para explicar la decadencia de España a partir de la segunda mitad del siglo xvi. En haberse mantenido dentro de la orientación que mira a la eficacia está uno de los méritos del libro que a continuación reseñamos, omitiendo deliberadamente el planteamiento de cuestiones que escapan al interés del lector no especializado.

La obra de E. J. Hamilton, *American Treasure and the price Revolution in Spain, 1501-1650* (1934), pertenece a una serie de trabajos emprendidos para esclarecer la historia de los precios. Al frente del proyecto actúa un Comité científico internacional integrado por autoridades en la materia. El enorme esfuerzo, palpable en las investigaciones, reconocidas como clásicas, de Thorold Rogers, Took-Newmark, Avenel, etc., ha sido utilizado y su fruto enriquecido con nuevas enseñanzas y aportaciones. Mucho de aquel inmenso material viene dando hoy una cosecha ubérrima.

Pueblos, como España, sin tradición sostenida en este campo de su historia, falto para la investigación de exploradores de aquel temple, guardan inéditos los testimonios y exigen, en quien hubiese de rescatar el tiempo perdido, fuerzas titánicas. Buenas pruebas da de poseerlas y de haberlas utilizado con perseverancia y con destreza, el joven profesor norteamericano. Se percibe pronto, aunque él no llegase a cifrarla, la suma de horas de tarea. El autor la registra con sencillez en algunos pasajes del libro. La magnitud del trabajo asombra. No olvidará quien le conoció, buscándole al intento, en Simancas, el cuadro de aquella primera entrevista. Con justicia dedica el autor su libro a su hija. Si ésta pudiera guardar memoria de los primeros meses de su vida, que comenzó en Castilla, Andalucía o Va-

lencia, se daría cuenta de hasta qué punto nace dentro de estas tierras y por este libro, "*on the trail of old paper*". Viejos papeles han guiado las andanzas peninsulares de este peregrino fuera de las grandes rutas, más metido, por lo mismo, en lo íntimo de los secretos de España, sin parar, mientras quedase un dato por leer y anotar, recogido de documentos ocultos en pequeños archivos locales, remotos e inexplorados.

El autor fué anticipando heraldos de lo que ahora aparece en diversos artículos durante los primeros años de su creación. Fué la buena acogida que tuvieron su mejor recreo ocioso. Su estancia aquí ha sido de seis años. Apenas hace medio que manejamos, en ajustado enlace, el libro que dedica al tema. Una vez más pasajes de nuestra historia económica comparecen en los estudios de las prensas de la Universidad de Harvard.

El problema acometido por Hamilton no es otro que la fijación numérica rigurosa del volumen total de los metales preciosos que fueron importados de las Indias desde 1503 a 1660, a fin de apreciar sus efectos en precios y salarios. Confirman sus averiguaciones en España una tesis clásica. Mediante el enorme material revisado y recogido resulta clara la efectiva dependencia causal entre el volumen de la circulación enriquecida en su caudal y el nivel que alcanzan los precios, cuya alza se propaga en los mercados peninsulares a medida que los metales importados van insinuándose por los repliegues de nuestra tierra. Ratifícase así la vigencia de la teoría cuantitativa del dinero. Ajustándose, por lo que a los precios se refiere, a observaciones recogidas en diferentes comarcas como otras tantas unidades económicas, y sumando, en cuanto al número de mercancías registradas, una cifra superior a ciento cincuenta, analiza el alcance y las diferentes fases de nuestra revolución de los precios.

España no dispone de interpretación alguna estimable en la bibliografía precedente, exigua e inválida. Es impugnable la que existe por falta de contacto con fuentes básicas, tanto como por estar privada de una visión penetrante del asunto.

Si grande es la sugestión evocadora para el lector español al ver llegar al puerto de Sevilla los galeones repletos de oro y plata y en la Lonja apilados los lingotes, el interés de ese espectáculo se magnifica con la certidumbre de que durante siglo y medio, por allí pasaron todo el oro y la plata sin excepción—salvo el contrabando y el botín de los piratas—, que después bien pronto, demasiado pronto, irrumpe en la circulación

europea. De la presencia del acontecimiento recibió Sevilla, más que España entera, como lo acreditan instituciones singulares de su vida económica, sus mejores monumentos civiles y repetidos testimonios de las letras coetáneas. En no haber contado nuestra economía con criterios políticos eficaces para fomentar, a base de las abundantes minas americanas, la organización y rendimiento del trabajo nacional, hallamos una explicación de la huida de los metales.

La determinación de la cuantía de los tesoros importados de Indias va hecha sobre la escena en que actuaron como protagonistas de un proceso revolucionario, precisamente en la misma Casa Lonja que entonces los acogía, y hoy es Registro civil de aquellos tesoros; sobre los documentos allí conservados, y no en otro sitio, tienen que hacerse las exploraciones para el posible recuento de aquellos caudales. Por lo mismo, si, en cuanto a precios se refiere, a nuestros precios—que lógicamente experimentan aquí un alza anterior a ninguna otra—el porte del trabajo de Hamilton se mide sobre la bibliografía consagrada a ese tema nacional, por lo que al recuento de los tesoros concierne. Lo que el autor averigua no desmerece comparado con intentos precedentes de autoridades que apoyan sus cálculos en la producción de los metales y no en su llegada a Occidente.

Las tablas en que el autor cifra en pesos (450 maravedises) el volumen de las importaciones de metales preciosos durante el período que observa, las establece a base de cantidades correspondientes a otros tantos quinquenios. Distingue las importaciones pertenecientes al Estado de las hechas por particulares; menciona su diferente origen; apunta la relación en que se encuentran las remesas privadas y la importación en Indias de mercaderías procedentes de España; observa que los artículos ultramarinos (cochinilla, pieles, índigo) representan una cifra tan exigua, que el oro y la plata introducidos el año 1594—que cuenta en uno de los quinquenios de mayores entradas metálicas—representan una parte no menor del 95,62 por 100.

El índice de cuestiones que entre líneas surge, reclamaría obras de exigencias parecidas a la de Hamilton. Sus atinadas observaciones acerca de la política económica de los Austrias, sus reservas sobre el sentido de la literatura legal y el valor de la dogmática, deben tenerse en cuenta. Inclinado siempre a estimaciones expresivas, hace de paso la siguiente: “dada la cuota de salarios predominante en Andalucía, el promedio anual

de las entradas de 1591-1595 hubiera bastado para pagar, durante unos treinta y un días, el trabajo de los jornaleros y asalariados de todo el país" (p. 35). Con el margen de error inherente a semejante cálculo, no deja de ser gráfico imaginar cuáles hubieran sido las consecuencias para nuestra economía de haber fertilizado, con los caudales de Indias, las fuentes de riqueza dentro de la Península. Al obtener con ellos productos que comprábamos fuera, hubiéramos conseguido fomentar la población, vincularla al cultivo del suelo y al desarrollo de la industria y, en recíproca retribución, proveer, en mayor escala, de abastecimientos a las Indias, productos de marca española, emancipándonos así de la dependencia en que estuvimos de quienes tan caro nos cobraron sus servicios.

Durante el siglo y medio sometido a observación, en los años a partir de los cuales las importaciones comienzan su rápido ascenso, en torno a 1535, demuestra el autor la estrecha correlación que guarda con la curva que representan las importaciones la del incremento de los precios. Ratifica la tesis clásica, ya que durante el resto del siglo xvi operan las minas de Indias como causa principal de la carrera ascendente de los precios. La explicación del ritmo de las importaciones daría, a su vez, cuenta cabal de buen número de problemas ajenos a la esencia del tema de Hamilton, pero fundamentales en la economía de las colonias y de la metrópoli.

Si las fuentes utilizadas por el autor, con las salvedades que reseña, le han permitido sobre el material del Archivo de Indias obtener el volumen total de los tesoros en la inmensa mayoría de los casos a base de observación directa de las cifras (p. 32), no ha contado con la misma riqueza de información para establecer las magnitudes respectivas del oro y la plata. Recurre a procedimientos indirectos para fijar la relación existente entre las cantidades importadas de uno y otro metal, que tanta importancia tiene para el estudio de la circulación monetaria y para interpretarla con acierto. Cuando se han recorrido con tal perseverancia las fuentes disponibles, incluso ampliando el área de las utilizadas en cuanto al volumen de información se refiere, no puede exigirse otra cosa a un investigador. Y nada habría que reprochar al libro de Hamilton si hubiese facilitado, además, la posible comprobación, y con ello medios de aquilatar el rigor de algunos datos, dejando constancia precisa, en cada caso, de su origen, ya que en mu-

chos otros, además, juegan indistintamente las cifras directamente recogidas y las elaboradas; que es lo que ocurre en lo concerniente al volumen de los tesoros, y más aún en las listas y series de los precios y salarios que el autor reseña y utiliza.

El material relativo a los precios, dada la dispersión del mismo en el área extensa de las regiones que el autor recorre, a diferencia del utilizado en el recuento de las importaciones de metales preciosos, concentrado en Sevilla, ha impuesto al autor buen número de correrías. Esta parte de la obra es, en cambio, la más lograda. Recia es su fuerza probatoria, tanto por haber seguido de cerca y continuamente la marcha del proceso, como por haber apoyado su tesis en un número crecido de observaciones.

Así como algunos investigadores se han servido para el examen del mismo tema, de la documentación disponible en archivos municipales—material utilizado, entre otros, por Amintore Fanfani en su reciente estudio sobre los precios del Milanesado durante la misma época—, muestra Hamilton declarada predilección por los libros de cuentas de nuestros hospitales de caridad en primer término. Ha sabido vencer en ellos los inconvenientes de su desorganización, prolongando la jornada de trabajo hasta no menos de “siete días en semana” y once a trece horas por día. Facilidades para su empeño, reconoce que tuvo siempre; la perseverancia en éste se desprende de las siguientes palabras: “the lack of heat in winter and the deficiency of light all the year often made one wonder whether the game was worth the candle” (p. 140). El índice de las fuentes utilizadas dice bien claro lo poco que las circunstancias le arredraron. En Andalucía, Valencia y las dos Castillas, persigue los precios que tuvieron durante siglo y medio 158 mercancías. Que documentos municipales le hubieran ofrecido tanta variedad, es problemático. Por otra parte, acredita la obra que no prescinde de estos materiales ni, en más de un caso, de visitar archivos de catedrales, así como maneja la documentación centralizada en los archivos generales procedente de Monasterios, Colegios mayores y Casa Real. Del riesgo posible de que los precios de la primera procedencia pudiesen estar intencionadamente desfigurados por administradores infieles, indica el autor cómo ha querido librarse (p. 144); y la exigua discrepancia entre los precios observados, que comprueba siempre, hace presumir que

no fuese grande la ingerencia de factores espúreos de este tipo. Identifica, además, en un detenido estudio de la metristica de cada región, las unidades de peso y medida. Constituye este capítulo un utilísimo resumen, obtenido con ayuda de los mejores testimonios. Tanto en el examen de las fases que el alza de los precios recorre como en la determinación de la influencia que en el proceso tuvo el envilecimiento monetario que opera a partir ya de los primeros años del siglo xvii, cuando el vellón circula desplazando a la plata en masas enormes, se encuentran los mayores aciertos de exégesis y de exposición.

La discriminación del material en ocho grupos de precios de otras tantas especies, descubre situaciones y circunstancias que atentamente estudiadas pudieran servir para conocer manifestaciones muy expresivas de la economía española en aquella época. Las diferencias que ofrece el ritmo de incremento, de los precios de cada uno de los grupos de mercancías, hacen pensar a la vez en otras causas determinantes del fenómeno que corrigen, con la masa de artículos disponibles, la influencia del volumen de la circulación. La investigación emprendida por Hamilton necesita de éste y otros complementos, tan decisivos algunos como los referentes a la velocidad de la circulación y al uso del crédito. No deja de observarlo así el autor mismo.

Por último, con todas las limitaciones que el material impone, el capítulo referente a salarios nominales y reales ofrece punto de partida para una investigación fecunda.

Si al comenzar se ha insistido en la urgencia de plantear y acometer el estudio de la economía española de este período, ha sido con el convencimiento de que esta obra, que se ciñe a un tema concreto y sin duda lo vence, ofrece, además, campo propicio para observar el enlace del mismo con muchas cuestiones de interés máximo para el conocimiento de nuestra vida económica. Por el estímulo que representa, debemos los españoles gratitud a este infatigable Earl F. Hamilton. Merece también uno de sus abnegados auxiliares, Miguel Bordonau, los plácemes que el autor le otorga.

RAMÓN CARANDE.

WERNER JAEGER: *Paideia. Die Formung des griechischen Menschen*. Erster Band. Berlin und Leipzig, Walter de Gruyter, 1934.

El nuevo libro de Werner Jaeger intenta seguir la gran curva ascendente de la cultura griega, desde la mañana heroica hasta el mediodía ático. Y lo consigue, articulando la historia cultural del pueblo griego sobre el tema de la formación del hombre griego, y obteniendo así no sólo un estudio de esto, que ya sería mucho, sino además una densa organización de todo el vivir cultural griego alrededor de un firme eje de propio pensamiento personal. Tal es la única manera de hacer revivir una historia: incorporársela, repensarla.

En este nuevo libro, Jaeger sigue su camino y acerca a nuestro pensar actual el pensamiento clásico. Y, con toda la experiencia histórica a la espalda, levanta con el pensamiento clásico el actual. Su *Aristóteles* (1923) es una magistral prueba.

La *paideia*, la formación del hombre griego considerada como "expresión de una voluntad suprema de resistir al destino", llena de dramatismo el vuelo histórico de la cultura griega tal como en este libro es considerado. Esta idea de *paideia* es la que empapa de conciencia al sentir del griego, y la que le hace el primero deshacer sus ataduras con el mundo y enfrentársele. La *paideia*, entendida como "preparación para la vida", llenaría ésta de agudizado sentido de dependencia—y tal es el valor de nuestra "Cultura"—; pero no es éste el caso de la *paideia* griega, que vale prístinamente como forma de una vida hecha ascua, maleable, sin enfriarse bajo ningún molde dado, forma de una vida que sobre todos los historicismos y por encima de todas las distancias conserva en muchas mentes inaccesible idealidad.

Desde esta idea de la formación del hombre, asiste Jaeger a la historia griega. "Forma de una vida hecha ascua" es la *areté*, el valor, la virtud, en un sentido no plenamente moral, sino como ideal humano. Así entendida la *areté*, nos hallamos con un concepto que tiene sus paralelos en la historia: la *virtù* del cortesano renacentista, el *valor* del caballero ideal. Pero no es cosa de insistir en la morfología de estos conceptos, bastante conocida ya.

Precisamente Jaeger acerca al ideal caballeresco medieval el homérico. Y así se nos hace comprensible la tragedia de Aquiles en la *Ilíada*: "estar situado más alto que todos los griegos, y

negar su ayuda a los suyos, no es honroso para el exaltado sentimiento del honor en el héroe" (p. 32). Semejantes paralelos podrán hacer más palpable la idea griega de la *areté*, que se presenta en las más diversas formas. Pues este principio de *areté* que la *paideia* cuida de formar, si informa el ideal del noble de la época prehomérica, informa también el de la mujer, cuya *areté* es la belleza, el del filósofo, aun en ese algo excesivo que el filósofo tiene para la mente griega en su plenitud, el de la tragedia de Sófocles, el de la poesía aristocrática de Teognis y de Píndaro.

Esta consideración presta a Jaeger nuevos e insospechados puntos de vista. Desde la apreciación de la época homérica, en que se forma el modo griego de premisas generales, de mitos y ejemplos, la *paideia* se va tiñendo de los distintos colores de la evolución histórica. Y de una evolución contenida ya en germen en el principio, como Jaeger hace notar, y no consistente en sobreañadidos extraños. Por eso el discurso de Fénix a Aquiles, síntesis de la educación homérica, es evocado a lo largo de todo el libro, incluso en los momentos en que la historia aparentemente toma una dirección insospechada. La *areté* que Fénix enseñó a Aquiles es como la tónica de la *paideia*, sobre la que a veces se modula, mas para volver siempre.

Si a Homero le sigue Hesiodo, con su pesimista mito campesino de las cinco edades, de las que "le ha tocado la peor", Esparta afirma en plenario acorde la *areté* que en todo el mundo griego eleva a la esfera de las estrellas la poesía homérica.

Si la poesía jónica y eólica va a perderse momentáneamente en estremecimientos apasionados, en ligereza y en intimidad, en besos y en ternura recién ganada para el mundo, Solón va a abrir la gran vía religiosa que verá pasar a la tragedia.

La aparición de la filosofía viene a complicarle la vida a la cultura griega. La filosofía es en ella lo excesivo. El gran impulso filosófico jónico viene a llenar de superior densidad a un siglo. Cruzan por el libro de Jaeger las sombras de Anaximandro y de Heráclito, de Pitágoras y del orfismo. "Lo que salta a la vista—dice nuestro autor (p. 210)—en los hombres que se lanzaron los primeros a la filosofía es su posición genuinamente intelectual, su entrega completa a la tarea del conocer, su sumersión en el Ser absolutamente desinteresada, todo lo cual a los griegos posteriores y seguramente a sus mismos contem-



poráneos les parecía algo absolutamente paradójico, sin dejar al mismo tiempo de sentir la mayor admiración... El filósofo es el gran raro, algo incómodo, pero también admirable, que se levanta o se aparta de los demás hombres para vivir en sus estudios." La cultura griega se ha llenado de novedad. Pero viene luego la poesía de Teognis y de Píndaro a restablecer y afirmar la vieja *areté* del discurso de Fénix, la *areté* que ensalza por igual la palabra y la obra, la mente y el cuerpo, contra el atrevido Jenófanes, que critica a la vez a los dioses y el atletismo.

Jaeger, sobreponiéndose a la tradición, descubre todo lo que de amable pudo haber en la vida bajo la tiranía. La gracia de las estatuas de las cores en la Acrópolis, la amable sombra de Anacreonte, embellecen este instante.

Y luego, lo ático: tragedia, sofística, comedia, historia política de Tucídides. Con el mismo juego, animado aquí por la radicalmente nueva educación de la sofística. La *paideia* llega a una difícil crisis de lucha de lo nuevo con lo tradicional.

El libro de Werner Jaeger llena de sentido la historia cultural griega. Ordenar toda la vida—y toda la desbordante y oscura vida que corre de Homero a la tragedia—bajo el signo de la *paideia*, rodear al hombre griego del aire que respiraba y presentarle bajo la misma luz que iluminaba su espíritu, proyectarle en la pantalla de su propio ideal, es lo que Jaeger hace en su libro.

Jaeger promete un segundo tomo. Termina el primero con el esplendoroso mediodía. El segundo abarcará la decadencia de Grecia. Su cielo, que el crepúsculo hace palidecer, dará cobijo al vuelo de la sublime lechuza de Minerva.

A. TOVAR.

Dos libros de historia del arte.—CHANDLER RUTHFON POST, *A history of Spanish painting*. Harvard University Press.—MANUEL GÓMEZ-MORENO, *El arte románico español, esquema de un libro*. Madrid. Centro de Estudios Históricos, 1934.

La densidad de nuestra vida artística es escasa, pero además, como en casi todos los aspectos de nuestra cultura, el medio

español, en lugar de actuar como caja de resonancia de las voces estimables, muchas o pocas, que dejan oírse de vez en vez, apaga más bien que aumenta el eco de lo que debe conocerse. En España sólo alcanza amplitud de vibración lo que llega al periódico diario, que sigue dictando la ley no sólo en lo que a la reputación de los hombres políticos se refiere, sino aun en esferas más ajenas a la improvisación del comentario cotidiano. Y la selección de lo que al diario llega es por lo menos casual y caprichosa, cuando no es franca selección al revés. Falta en la cultura hispana un apretado círculo de revistas que cumplan esta misión de acoger, seleccionando e informando los acontecimientos que surgen en el ámbito de la vida espiritual española. Así sucede que vemos caer libros y hechos en un pozo de silencio y de olvido injusto e indebido; algo llega al periódico, pero lo que en él se gana en posible difusión, se pierde en adecuada intensidad estimativa, y así las cosas dignas de aplauso o merecedoras de corrección suelen quedar, en nuestro ambiente irresponsable, sin premio ni castigo. Ciertamente existen entre nosotros revistas especializadas, pero éstas tienen una onda de corto alcance, y lo que interesa precisamente es sacar a la plaza de la atención media las notas culturales que deben rebasar el estrecho círculo del especialismo. Me refiero concretamente al arte, una de las facetas de menos suerte en nuestro mundo cultural. De arte se habla abundantemente en las columnas de los diarios, pero se entiende, casi siempre, del tráfago contemporáneo y personal de los artistas, de las exposiciones y de los concursos. Se suele establecer una tajante separación entre esto que es *Arte*, con mayúscula, y las antiguallas de ayer o anteayer. La actividad de los que a la historia de nuestro arte se dedican cae bajo el epígrafe desdeñoso de *erudición*, y con ello ya se quiere dar a entender que esto es algo de menor cuantía, indigno de codearse con temas como las medallas bien o mal repartidas de una exposición o las genialidades de un artista de hoy. No es éste el lugar de combatir adecuadamente por la desaparición de este erróneo punto de vista, que tiene, seguramente, sus causas hondas. Mas baste recordar que esta absurda separación—y aun divorcio—no existe en otros países, y que si la consideración del arte exige una sensibilidad adecuada, *especializada*, la historia artística requiere, además de esta sensibilidad, un sentido histórico y una información copiosa y nada fácil de adquirir en España. Rechazando como *erudición* todo

lo referente al arte del ayer, lo que se hace muchas veces es confesar una carencia de interés y de conocimiento. Y si por erudición se entiende un recrearse en lo superfluo de la historia sin atender al nervio y a las ideas rectoras, ¿acaso no allanaríamos esta falla—¡tantas veces!—en la crítica de arte contemporáneo de las columnas de nuestros periódicos?

Viene esto a cuento de querer hacer resonar aquí, en la cocina de una revista no especial—no hay lugar para más, ni es ocasión para otra cosa—, los títulos de dos libros cuya aparición supone acontecimiento señalado en la historia de nuestro arte. Es el uno el volumen V de la obra de un hispanista norteamericano, Chandler Ruthfon Post; el otro es la obra sobre el románico español, de D. Manuel Gómez-Moreno. Dos casos verdaderamente ejemplares, más que dos libros; dos obras que rebasan por su importancia el círculo del especialismo y que merecen ser sometidas a la consideración reflexiva de los españoles que se interesan por los problemas de su patria. Post es un caso más del sabio que viene a estudiar y a darnos a conocer lo nuestro. Su obra, de un escrúpulo y de un detalle que sorprende, trata de estudiar, ordenándola, la producción española en pintura; baste decir que los cinco volúmenes aparecidos no han agotado aún nuestros primitivos... El esfuerzo es admirable, alentador y decepcionante a la vez. ¡Qué asombrosa riqueza la de España en arte medieval, ingenuo y primerizo!, ¡qué pasmo todavía en hallar *in situ* aún, esperando descubridores, tanta linda tabla primitiva! En esta España inagotable y olvidadiza, rica y pobre a la vez, las viejas reliquias de este arte sobreviven todavía a la incuria y a la barbarie en un número aún fabuloso. Como en tantos casos, un extranjero viene a publicar nuestros tesoros; la gratitud se mezcla en agridulce con el sonrojo. En España se ha realizado en los últimos veinticinco años un esfuerzo notabilísimo por conocer y catalogar nuestro arte; después de la vacua garrulería dominante en el siglo pasado—en el que no faltaron, justo es consignarlo, estudiosos beneméritos—un grupo de sabios, con labor menos valorada de lo que debiera serlo, ha puesto los jalones fundamentales para una historia de nuestro arte. España no es tierra desconocida ya para nuestros estudiosos, mas este tipo de trabajo necesita tanto o más que otro alguno, y suele tenerlo menos que ninguno, la atención y la ayuda de un Estado preocupado de no dejar enterrar las glorias del pasado. Conocidas y fichadas en su mayor

parte nuestras viejas tablas, ha aguardado, en muchos casos, un último esfuerzo que permitiese fotografiar y estudiar adecuadamente estas venerables y encantadoras producciones. El Estado no ha pensado nunca en ello; los Institutos de arte que de iniciativa pública o privada mantienen todos los países, no existen en el nuestro. Es lastimoso; los maestros pasan y no se dan, por ley, en todas las generaciones. Entre tanto nuestra riqueza artística va siendo dada a luz por extranjeros. ¡Que todos sean como el profesor Post en su afán de estudio, en su copiosa información y su valoración justa y calurosa de nuestras tablas primitivas!

Entre tanto celebramos como un acontecimiento la aparición de un libro de Gómez-Moreno, lo que no es manejar de todos los días. He aquí un español que hará época en los estudios de nuestra historia artística y que en cualquier país de sensibilidad para el pasado hubiera sido pródicamente dotado de medios para el trabajo. Todavía siguen estando más lejos de Madrid un rincón de la provincia de Salamanca o una aldea sanabresa que París o Londres, y sin embargo, el que conoce las campañas de Gómez-Moreno hace treinta años corriendo Castilla a pie o en mulo con el encargo míseramente retribuido de formar catálogos de las obras de arte en las yermas e inhóspitas regiones de las serranías de Avila o de los páramos de León, sabe que existen muy varias suertes de heroísmos. No es el menor continuar en la brecha renovando y rectificando las nociones propias y ajenas; en su nuevo libro sobre el arte románico español, continuando en cierto modo sus *Iglesias mozárabes*, Gómez-Moreno ataca con apretada concisión, sobrio lenguaje y condensada riqueza de datos los problemas de los comienzos del románico en nuestro país. A la curiosidad romántica del siglo pasado por el gótico y sus formas ha sucedido hoy el interés por el estudio de este arte fuerte, rico e internacional que significa, con la extensión del monacato, uno de los primeros triunfos de la disciplina y de la cultura en el ámbito geográfico de la cristiandad europea. Se pone hoy pasión en el estudio del románico y sus orígenes porque en este esfuerzo artístico se cimenta una enérgica solidaridad cultural en nuestro mundo occidental y porque en auscultar los latidos de sus comienzos mucho prurito nacionalista se cree satisfecho al encontrar precedentes en su propia tierra. Gómez-Moreno hace oír la voz de España en este tema de actualidad científica; sin apasionamiento, con objetividad serena

y pormenor irrefutable plantea los términos del problema en nuestro país y contribuye de modo definitivo a la edificación de un capítulo de nuestro arte. También en él se nos aparece España abundante en ejemplos primerizos, fecunda en acoger las novedades y en desarrollarlas con genio propio... Nos asombra de nuevo la riqueza de nuestra tierra, de pobre economía siempre y tachada de infecunda para el esfuerzo cultural... Habría necesidad de animar en nuestro país los estudios de arte, tan poco favorecidos hasta el presente, aunque no fuera más que como un fermento posible de optimismo nacional.

E. L.

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

DIRECTOR: R. MENÉNDEZ PIDAL

REDACTORES: A. ALONSO, DÁMASO ALONSO, A. CASTRO, V. GARCÍA DE DIEGO,
T. NAVARRO TOMÁS, F. DE ONÍS, B. SÁNCHEZ ALONSO, A. G. SOLALINDE.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: J. F. MONTESINOS.

ENCARGADOS DE LA BIBLIOGRAFÍA: H. SERÍS, E. A. VILLOLDO.

Se publica en cuadernos trimestrales, formando cada año un tomo de unas 450 páginas. Comprende estudios de bibliografía, historia de la civilización, lengua, literatura y folklore, y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros, españoles y extranjeros, referente a la filología española.

PRECIOS:

SUSCRIPCIÓN:

España	20 pesetas al año.
Extranjero	22 —

NÚMERO SUELTO:

España	5,00 pesetas.
Extranjero.....	5,50 —

Suscripción a la tirada aparte de la *Bibliografía*: 4 pesetas al año.

Esta tirada aparte se imprime sólo por un lado, para facilitar la incorporación individual de las papeletas o fichas en los catálogos bibliográficos. Están agotadas las tiradas correspondientes a los años de 1914 a 1917. Se admiten pedidos de las de 1918 a 1931.

COLECCIONES COMPLETAS

Pueden adquirirse colecciones completas de la Revista al mismo precio de suscripción, es decir, los diez y ocho volúmenes publicados (1914-1931): España, a razón de 20 pesetas volumen, 360 pesetas; extranjero, a 22 pesetas volumen, 396 pesetas. Se hallan también a la venta tomos y cuadernos sueltos de toda la serie, con excepción de los tomos correspondientes a los años 1915, 1923 y 1924, que sólo se pueden servir en colección completa.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

MEDINACELI, 4.—MADRID.

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL
DE LAS SECCIONES DE ARQUEOLOGÍA Y DE ARTE
DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

DIRECTOR:

F. J. SÁNCHEZ CANTÓN

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA AL SEÑOR ADMINISTRADOR
DEL ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA:

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

MEDINACELI, 4.—MADRID.

PRECIOS:

España, un año, 30 ptas. Portugal y América, 35 ptas. Otros países, 40 ptas. Número suelto, 15 ptas.

ANUARIO DE HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL

Este Anuario, dirigido por los discípulos de don Eduardo de Hinojosa, y en el que colaboran reputados especialistas de Europa y América, constituye la primera publicación periodística dedicada al estudio de la Historia del Derecho Español.

Se ha publicado el tomo X, 1933, 4.º, 551 páginas.

En prensa el tomo XI.

Precio de suscripción: 22 pesetas; número suelto: 25 pesetas.

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA A D. CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

MEDINACELI, 4.—MADRID.

POLÍTICA

es el título de una revista de Ciencias Sociales redactada y publicada, por ahora dos veces al año, por la *London School of Economics and Political Science*, Universidad de Londres.

POLÍTICA publica investigaciones originales e incluye críticas sobre los libros más importantes en cuanto a las Ciencias Políticas, Administración Pública, Sociología, Derecho Público y Relaciones Internacionales, incluso sus fases legales.

ARTÍCULOS YA PUBLICADOS:

Recent Tendencies in American Political Science, by W. J. Shephard.

German Sociology, 1918-1933, by K. Mannheim.

Lord Palmerston at Work, 1830-41, by C. K. Webster.

Revision of the Constitution in France, by B. Mirkine-Geutzevitch.

The Basis of Kelsen's Theory of Law, by C. H. Wilson.

Locke and the Separation of Power, by H. R. G. Greaves.

Representation and the Majority Principle, by O. Prausnitz.

Los siguientes serán incluidos en la edición de febrero, 1935.

The Spanish Sea Consulate, by R. S. Smith.

A Forgotten Worthy Philip Hunton; and the Sovereignty of King in Parliament,
by C. H. McIlwain.

Executive Discretion, by H. J. Laski.

The Ideas of Charles Maurras, by D. W. Brogan.

Números sueltos de POLÍTICA y de su publicación complementaria trimestral ECONÓMICA (tratando de la Economía Política, Operaciones de Banco y Moneda corriente, Estadística e Historia Económica), cuestan 4 chelines y 6 peniques (7 shillings and 6 pence).

ABONOS ANUALES:

Por POLÍTICA: 7 chelines 6 peniques (7 shillings and 6 pence), dos números.

Por ECONÓMICA: 15 chelines (15 shillings), cuatro números.

Por los dos: 21 chelines (21 shillings), seis números.

Abonos (moneda inglesa) y comunicaciones editoriales deben dirigirse al

**Departamento de Publicaciones, THE LONDON SCHOOL
OF ECONOMICS & POLITICAL SCIENCE, Houghton
Street, London, W. C. 2, Inglaterra.**

EMERITA

BOLETÍN ESPAÑOL DE LINGÜÍSTICA Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

Acaba de aparecer el segundo número de este Boletín semestral, que aspira a estimular y coordinar los estudios de lingüística y de filología clásicas en España.

He aquí el sumario:

J. M. PABÓN, *Sobre la tradición del texto de Salustio*, II. — C. HERNANDO BALMORI, *Observaciones para el estudio de los verbos deponentes* (continuación). — G. BONFANTE, *Más sobre λίτρα y algunos problemas afines*. — A. MAGARIÑOS, «*Obtineo*». — G. BONFANTE, *Nota a «Emerita»*, I, pp. 102 y sigs. — *Reseñas de revistas*. — *Reseñas de libros*. — *Muerte de Joseph Loth*.

**Suscripción: España, 24 ptas. Extranjero, 26 ptas.
Fascículo suelto, 14 ptas.**

ADMINISTRACIÓN:

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

MEDINACELI, 4.—MADRID.

ARCHIVOS DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA

ÍNDICE LITERARIO

Revista mensual. Publica al año diez cuadernos, correspondientes a los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, agosto, octubre, noviembre y diciembre. Informa sobre la producción literaria española contemporánea, dando reseñas o análisis sumarios de libros de reciente aparición.

Precios de suscripción:

España, 10 pesetas al año.—Extranjero, 12 pesetas al año.

Número suelto: España, 1 peseta.—Extranjero, 1,25 pesetas.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS, SECCIÓN DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA, MEDINACELI, 4, MADRID